

MARÍA LARRALDE
ELMER RUDDENSKJRIK

*Tomo
oscuro*



MARÍA LARRALDE – ELMER RUDDENSKJRIK

Tomo Oscuro

María Larralde
con la colaboración de
Elmer Ruddenskjrik

Copyright © 2015 María Larralde-Elmer Ruddenskjrik

Diseño de portada por Fernanda Vera.

Todos los derechos reservados.

“Por todo lo que no me enseñasteis,
Por todo aquello que tuve que aprender por mí misma de la vida,
Por su crueldad, que me hizo fuerte pero también,
Y por encima de todo,
Por la suerte de vivir para ser vuestra hija.”
A María y Helios, mis padres.
—María Larralde—

—Agradecimientos de Ruddenskjrik—

Gracias a ti, lector, que sabes lo que es bueno.

—Agradecimientos de María Larralde—

Gracias a Elmer Ruddenskjrik por colaborar en este absurdo recopilatorio de cuentos de horror, los míos, con sus dos obras de terror, las buenas. Gracias por todo el trabajo que has invertido revisando, recopilando, ordenando, maquetando, editando... Gracias por darme ánimos para escribir, y por ser el más mejor colega que nunca tendré.

Gracias a W. W. F. por dar forma a mis personajes más queridos, y proporcionarme el logo que me representa... —María Larralde

Gracias por aportar algo gratis... —Elmer Ruddenskjrik

El reconocimiento para la portada de este volumen y todo logo de “Ruddenskjrik Enterprises Incorporated” se lo debemos a Fernanda Vera, descendiente de Cthulhu pero Furia de Satán, y por tanto probable dicotomía y causa de un conflicto entre universos ignotos y reinos prohibidos.

Aprovecho para advertiros...

El Fin está cerca.

HERMANITO

por Elmer Ruddenskjrik

Su hermanito tenía... ¿cuánto? ¿Diez meses? ¿Ya casi el año? Él mismo, en cambio, ya pasaba de los seis. Era mayor para dejarlo allí, llorando en su cuarto al otro lado de la casa, en la misma cunita que antaño había sido la suya.

No sabía cuánto hacía que sus padres se habían ido aquella tarde, pero ya se estaban retrasando. Se había quedado a esperar su regreso muy concentrado en la lectura de “La historia interminable”, y no sabía en qué momento había tenido que encender la lámpara de la mesita junto al sofá para seguir leyendo al ir poniéndose el sol. Sólo cuando su hermanito empezó a gritar desconsolado fue consciente de la oscuridad que se había hecho fuerte por toda la casa. Lo único que permanecía iluminado era su rincón de lectura junto a la lámpara. Ese momento de descubrimiento, con el sollozo potente y desesperado de su hermanito llegándole con tanta fuerza desde algún lugar indeterminado de las lejanas tinieblas, le sobrecogió. Como la mayoría de niños, y aun muchos adultos, tenía miedo a la oscuridad.

¿Y cómo no tenérselo? A un metro escaso de su asiento la tenía, ondulando como lo hace el mar sobre la precaria borda de una balsa de tablas ante sus pupilas desenfocadas, que buscaban ansiosas puntos de referencia quizá insinuados por la imaginación o el recuerdo, y que no hacían más que mostrarse vacilantes tanto en

ubicación como en proporciones.

Pero su hermanito lloraba.

Lloraba con una intensidad sobrecogedora. Muchos niños pequeños lloran así por los menores de los motivos, pero a su hermanito nunca le había sentido en tan profunda aflicción. La urgencia de la necesidad natural de ir corriendo a ver qué le pasaba se mezclaba con la alarma terrorífica de una oscuridad infranqueable. Seguía siendo muy bajito para alcanzar la mayoría de interruptores de la luz de la casa, y tampoco era plato de su gusto empezar a manotear a lo loco por las paredes, pues de golpe recordó que ni conocía con exactitud la posición de ninguno de ellos. No estaban tan a mano como su lamparita de leer de la salita, así que su mente se había acostumbrado a ignorarlos por completo. ¿Qué hacer?

Su hermanito chillaba a pleno pulmón, con todas sus fuerzas. Y en sostén tan largo como le permitía todo su aire. Estaba tan alterado que desde su islote de luz oía cómo recuperaba aire sonoramente en continuo gimoteo para expulsar de sí otro alarido sofocado. Era su hermanito y le preocupaba de veras. Esos gritos largos y fuertes de los niños, esos que parecen una alarma o preludio de que llega el fin del mundo, ya resultan descorazonadores de por sí. Escucharlo de su propio hermanito, que estaba perdido y solo y quién sabía qué más en las tinieblas, le estaba volviendo loco de miedo y dudas.

Vamos. Él ya pasaba de los seis años. Era absurdo tener miedo de la oscuridad. Allí no había nada y lo sabía. Sólo debía enfilear la salida de la salita en línea recta y llegaría tras unos metros de pasillo al cuarto que compartía con su hermanito. Era una larga distancia a ciegas, pero sin obstáculos, sin muebles con los que tropezar... aunque también sin los que poder tener una referencia. No le gustaba la idea de pasarse de largo y empezar a dar vueltas sin orientación. Y menos con los gritos de su hermano crispándole los nervios. Cómo gritaba. ¿Qué le estaría pasando?

Se acercó al límite ante él de la pantalla de luz arrojada por la lamparita. Desde ahí, con la sombra de su menuda silueta

extendiéndose a través de ello por el suelo, el marco de la puerta de la salita se le insinuaba apenas en un reflejo ambarino y tenue de madera oscura barnizada. No supo por qué, pero se imaginó que era la suya la cabeza de la sombra, la cabeza que se mezclaba con la negrura indiferente del suelo allí delante. Le recorrió un escalofrío. Estaba seguro que algo vigilaba ahora el contorno que su cuerpo proyectaba fuera de la habitación, esperando predecir el momento en que se atreviera a salir. Quizá ese era el plan.

Un momento, ¿el plan de quién? ¿Y cómo que “ese era el plan”? ¿El plan era que su hermano llorara incómodo para que él saliera a ver qué le pasaba? No se podían tener ideas más absurdas, se dijo. Vamos, se animó de nuevo, vamos, esto es como lo de Atreyu, pero con la ventaja de que es el mundo real. Tu hermanito necesita ayuda, ¿y así te vas a comportar? ¿Asustándote de la nada? Y no de una “Nada” como a la que se enfrentaba Atreyu, si no de nada, asustado por nada. ¡Vamos!

Avanzó hacia la puerta abierta de la salita. Despacio. Mucho se animaba, pero la oscuridad ondulaba como con relieves palpables según se internaba, y su cuidado parecía tener por objetivo instintivo el no llamar la atención de aquello que respiraba tan profundamente como para hacer agitarse la oscuridad. Más despacio. Estiró un brazo hasta tocar la madera resbaladiza y cálida del marco, la de los brillos tenues ambarinos. Estaba muy lejos de su luz de leer, pero muchísimo más de su hermanito. Sus gritos... Sus gritos ya no le parecían una llamada de atención, aquella voz cruel a la par que suplicante era una sentida advertencia. La oscuridad delante, la que no soportaba mirar pero que no se atrevía a dejar de vigilar. Las cosas. No había cosas, pero había cosas que se movían y reflejaban la luz de su lamparita de leer. No, no había nada en ese pasillo, no había nada pero veía cosas.

Sin despegar la mano del marco, reacio a dejar de sentir su cualidad esquiva al tacto con el sudor, puso ambos pies en el pasillo. Ese hercúleo esfuerzo tuvo como recompensa el vahído más intenso y arrastrado por el esfuerzo de la garganta de su hermanito. Sufría

solo en la oscuridad que no podía abandonar, mientras él jugaba a anclarse a las puertas.

Salió corriendo, ¡corriendo! Muerto de miedo y de vergüenza propia, arrastrando los dedos de su mano derecha por la pared grumosa con la esperanza de tocar cuanto antes el marco de la puerta abierta de su habitación. Corrió convencido de que algo en toda la mitad izquierda del pasillo corría junto a él, casi veía los brillos blancos de aquello que le sonreía y le seguía, burlón.

¡El marco! Giro a la derecha, al frente, todo recto, las manos estiradas hasta que toques la cuna. Las alzó demasiado, y se clavó el reborde bajo las axilas. La cuna entera se movió por su embestida accidental. Su hermano interrumpió sus gritos. Vamos, ¿dónde estaba? ¡Ahí! Izado como mismamente le había visto a su madre hacerlo, pasándole las manos bajo los sobacos. Lo alzó cuanto podía con gran esfuerzo, ¡pesaba mucho! ¡Ay!, sintió cómo una piernita de su hermanito golpeaba el reborde de la cunita al sacarlo, pero no lo oyó quejarse ni cuando lo apretó fuerte contra su pecho, su cabecita pegada a la mejilla. ¡Bien, le tenemos! ¡Larguémonos!

Su hermanito tenía mucho miedo, era evidente. Pobre, tenía que pasarlo mucho peor que él. En su cuna, encerrado, a oscuras, solo. Pero ya te tengo, hermanito. Se dispuso a desandar el camino con cuidado por no tropezar y hacerle más daño. Salió del cuarto y clavó la mirada en la lamparita de leer allí al final, dentro de la salita. Su hermanito aún estaba asustado, y puede que dolorido. ¡Cómo le clavaba las pequeñas uñitas en la espalda, y con qué fuerza se le abrazaba! Debía haberse despertado por culpa de un catarrito, ¡qué caliente y húmeda tenía la cabeza, y cómo le rugía la garganta! No pasa nada, hermanito, enseguida llegarán papá y mamá. Lleguemos hasta la luz y esperemos...

Se detuvo en seco horrorizado, los ojos a punto de explotar en lágrimas para las cuales no era capaz de sacar una comparsa en voz. La lamparita se difuminó de inmediato en brillos acuosos mientras se le erizaba el pelo de la nuca.

TOMO OSCURO

Su hermanito acababa de empezar a llorar de nuevo. A sus espaldas. En su habitación.

PARA NO PERDER LA COSTUMBRE

por María Larralde

Uno

Todas las semanas voy a visitar a mi madre. Siento la necesidad de contarle todo lo que me sucede. Ya sabéis: los problemas del trabajo, las pequeñas alegrías, los miedos que nos acechan en la oscuridad de nuestras soledades, la incertidumbre del porvenir.

A veces, el futuro de los jóvenes parece sombrío y conforme se va acercando se transforma en presente resignado...

Yo a mi madre se lo cuento todo, incluso lo más oscuro, lo que no le diríamos a nadie, ni siquiera a un confesor.

Un día, llegando a la misma hora de siempre, miré distraídamente por encima de mi hombro, y sentí sobre mí la mirada de un hombre que me atravesó como un puñal. Era una mirada ardiente, aprehensiva, que me produjo un fuerte dolor en el pecho, una especie de ahogo intenso y sofocante. Me sorprendí a mí misma emocionada, asustada, temblando...

Al llegar, le conté a mi madre. Ella no sabía mucho, ya que el muchacho llevaba solamente unos meses por allí. Tuve la impresión de que me ocultaba información, y es que a mi querida madre se le ha dado siempre mejor escuchar que hablar de los demás. Yo no quise

TOMO OSCURO

insistir, pero sentía aquellos ojos de animal salvaje recorriéndome.

Cuando me fui, la mirada del hombre, que era bastante joven, me siguió todo el trayecto hasta que doblé la esquina y desaparecí de su vista. Me paré jadeante a tomar aire. ¿Qué se proponía aquel hombre con aquella insistente mirada persecutoria? No quise pensar más en ello durante la semana. Sin embargo, más de una noche tuve sueños vívidos con él.

Al domingo siguiente fue lo mismo, y al siguiente, y al siguiente... Comencé a vivirlo como algo rutinario, hasta que llegó un día en que me acerqué a él por pura curiosidad. Me acerqué poco a poco, y entonces vi que iba vestido de militar, y que su mirada era triste y melancólica. Siempre estaba solo. Parecía que a él nunca nadie le visitaba.

Me pregunté si no se habría enamorado de mí, por la forma en que me miraba. Quizá al verme pasar todas las semanas, lloviera o nevara, se fijó en mí... Sin embargo, un día al acercarme un poco más, me entró terror. Quizá era mejor retroceder, pues me penetró con su mirada oscura. Una especie de vacío salía de aquellos ojos, y casi con la fuerza de un ciclón me intentó atraer hacia él. Volví corriendo al lado de mi madre, como vuelve un perro al lado de su amo cuando se siente terriblemente amenazado por algún ser superior.

La atracción aumentó a partir de entonces, ya sabéis, lo prohibido te atrapa emocionalmente porque te ayuda a saber quién eres...

Nunca he querido contárselo a nadie, quizá por vergüenza, quizá por temor... quizá por el simple hecho de no saber por dónde empezar. Pero sobre todo, porque sé que no me iban a entender.

Dos

Hoy voy a ver a mi madre, pero creo que estoy deseosa de verle a él... El cielo está oscuro y los cipreses se mecen pesados, al son de las ráfagas de viento. Esta semana solo he pensado en su extraña y

atrayente mirada. ¿A quién voy a visitar en realidad?

Pero... hoy es distinto, ¡hay una mujer con él!

Por su edad y rasgos físicos, parece ser su madre. Él me mira fijamente y yo me sonrojo. ¡Esto promete...! ¡Me siento como una niña en la noche de Reyes Magos! Quizá surja algo entre nosotros. Aunque a mi madre no le haría gracia, y eso hay que tenerlo en cuenta.

Voy a preguntarle a la mujer, así podré saber algo más de él...

— ¡Hola, Señora...!. Nunca antes la había visto por aquí.

— ¡Hola cariño! No, no había podido venir... hasta ahora. No me sentía preparada. Me llamo Carmen. ¿Y tú vienes a ver a tu madre?

—Sí. ¿Y... él? ¿Es tu hijo?

— ¡Sí, por desgracia! ¡Estoy desolada! —me dijo llorando—. ¡Solo hace cuatro meses que falleció!

—Lo sé...

EL ÁRBOL DE EVA

por María Larralde

Desde el frondoso bosque donde un hermoso río se bifurcaba en cuatro hermosos afluentes, resplandecía un bellissimo árbol. Desde lo alto de aquel grandioso vegetal se podía otear el horizonte de toda la arboleda. Subir y bajar por el mástil era uno de los más enérgicos ejercicios que realizaba varias veces cada día. Mientras aquel animal me observaba en mis acrobáticas escaladas, yo intuía que deseaba "algo" de mí.

Sintiéndome sola desde el principio de los tiempos, pasando el infinito y monótono tiempo retozando sin ninguna otra ocupación que saciar mi hambre, cantando en el soleado prado, bailando mientras mi cuerpo desnudo y sin culpa se sumergía en las límpidas aguas del Euphrates (pues ese nombre le quise dar), sintiéndome sola, quise conversar con el viejo animal que se retorció en el árbol prohibido.

Este árbol era el elegido por mí para deshacerme de todo aquello que supusiera algún conocimiento del mundo. Allí se concentraba todo lo que me estorbaba. Aquello que me impedía ser feliz. Mi deseo no era la libertad, sino mi dicha infinita.

Me pareció que el animal conocía mis deseos e intenciones, y me invitó a saciar mi hambre con un fruto del árbol que yo misma había elegido para eliminar la razón y la conciencia.

—Hola alimaña —le dirigí por primera vez la palabra a la bestia.

— ¡Oh mujer del paraíso! ¿Qué se te ofrece? Te he observado durante largos años subir y bajar por este árbol sin que nunca antes me dirigieras la palabra, y mucho menos una humilde mirada.

— Es cierto, serpiente —dije, poniéndole nombre—. Nunca he necesitado de ti hasta ahora. Sin embargo, pienso que puedes ser de gran ayuda en mi creación.

—Si tú lo deseas así será. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quiero crear a un viviente a mi imagen y semejanza. Pero necesito de otro ser vivo para poder engendrar.

— ¡Yo no sirvo para ese menester! Pero si pruebas este fruto, entonces es muy posible que adquieras el conocimiento de la creación.

—Estos frutos solo tienen en su interior todo lo que yo no deseo en este mundo ideal. ¿Intentas engañarme sabia serpiente?

— ¡Noooo, ni modo! —contestó asustada.

Entonces la cogí del pescuezo, le arranqué sus patitas diminutas una a una, su dolor era inmenso. Gritaba con fieros y sibilantes aullidos. Quiso zafarse de mis garras, pero mi fuerza era descomunal. Aquel bichejo informe había intentado seducirme con la sabiduría del árbol.

Tendría lo que merecía por aquella ignominia.

Encendí un pequeño fuego bajo el árbol, clavé a la bestia en una estaca y, viva, la asé a fuego lento. Inicialmente intentó defenderse a dentelladas con sus fauces. Y blasfemó contra mí. Pero yo, carente de toda moral, pues ésta estaba concentrada en los frutos de mi árbol prohibido, me reía sarcásticamente de su infértil lucha.

Tras quemarla, comí su carne. Mis dientes quedaron algo ennegrecidos por el carbón en el que se había convertido parte de su piel. Me resultó muy sabrosa. Nunca antes me había alimentado de un animal. Rápidamente olvidé lo que acababa de hacer con esa

serpiente. Olvidé todo lo que acababa de ocurrir.

Los otros seres que vivían en este Edén, temieron caer en mis garras, pues yo era la dueña de aquel lugar y podía hacer con ellos lo que me placiera. Uno de los seres vivientes que me habían observado era una criatura muy semejante a mí. Pero yo nunca había reparado en él. Sin embargo, sus diferencias eran notables. Más musculado y grande en sus proporciones, me miraba desde lo alto de otro gran árbol. Donde había acumulado todo aquello que no quería conocer de este mundo.

¿Cómo nunca antes había reparado en ese animal tan semejante a mí?

Pero ahora que había comido carne del animal del árbol de la ciencia del bien y del mal, ahora ya no deseaba compañía, no necesitaba crear a otro ser semejante a mí. El hombre había llegado tarde a mi encuentro. Me acerqué con mi estaca a su árbol, le canté como una diosa, me balanceé suavemente como junco en la vera del río, mecida por el viento. Mi susurro le encandiló, mi sensualidad recién adquirida le atrajo y despertó algo bestial en él, algo que no había sentido nunca en su Edén. Le atraje con mi mano, con un suave gesto de acercamiento. El hombre bajó, sus ojos recorrían mi hermosura femenina. Le dejé acercarse y cuando estuvo muy pegado a mí, le acaricié y abracé. Casi caigo en el error de mi deseo. Y en un arrebatado de racional violencia, le empalé con la estaca de mi viejo árbol en el lado derecho de su bajo vientre.

Mientras se desangraba, comencé a encender un fuego y pensé en lo que podría haber sido mi vida si hubiera dejado que aquel ser, tan semejante a mí, hubiera querido arrebatarme mi reinado en este mundo.

LA ALARMA

por María Larralde

“El Amor es la Alegría acompañada de la idea de una causa exterior.”

Ética-Benito Espinosa.

Uno

Se despertó como cada mañana, dispuesta a establecer el orden en el mundo. Para empezar, en su casa. Después le tocaba el turno de rectitud al trabajo, donde ponía cada cosa en su sitio y a cada hombre en su lugar. ¿Cuántos años de esfuerzo personal le había costado hacer entender a los demás, que el tiempo es oro? Mucho, incontable cantidad de horas y esfuerzo. Ahora, a sus 45 años, con una sin par familia, un futuro prometedor y ordenado, era feliz.

Aquella mañana, sin embargo, algo extraño flotaba en el ambiente de su casa. La habitación estaba más oscura de lo habitual. Se levantó despacio, con algo de dolor de cabeza y un peso plomizo en su cuerpo. “Debo estar cayendo enferma —pensó—, seguramente por haber ido ayer a pasar el día a la playa”.

Con gran esfuerzo físico, se levantó de su cama y miró el reloj. Eran las 5 de la mañana, pero su marido no estaba acostado a su lado. “Qué raro —dijo en voz baja—, si es un “perezoso”, si deja sonar la

alarma hasta que se repite más de 3 o 4 veces, antes de poner un pie en el suelo”.

Algo seguía perturbándola. No era solo que su marido se hubiera levantado, sino que tenía la sensación de que faltaba “algo” en la casa.

Salió un poco aturdida al pasillo, las habitaciones de sus hijas estaban en la segunda planta del precioso adosado en el que habían venido a vivir, hacía ya quince años. No se oía nada. No había señales de Jaime, ni en el aseo de dentro de la habitación de matrimonio, ni en el de afuera, en el pasillo. Miró en el solárium, y tampoco. Quizá el hombre no podía dormir y se había ido a relajar y leer un rato a la planta de abajo, o a la cocina. O podría haberse marchado de la casa en búsqueda de aliviar alguna preocupación. Pero no le cuadraba, pues la noche anterior, Jaime no le había comentado nada sobre ningún problema que le preocupara últimamente. Además, ella enseguida le notaba todo. Sabía cuándo su marido tenía algún problema, nada más con mirarle a los ojos.

Entonces recorrió la segunda planta, y aunque con algo de vergüenza, por lo absurdo de sus pensamientos, Alicia empezaba a sentirse algo confusa y asustada.

Entró en la habitación de su hija menor, Adriana, de 17 años. Su gran sorpresa fue encontrar la cama vacía... ¡vacía hasta de mantas y de sábanas! El colchón estaba a la vista... entonces encendió la luz y miró a su alrededor. Un miedo intenso se apoderó de ella, y emitió una especie de grito ahogado al ver la preciosa habitación de su hija, completamente vacía de muebles, y llena de polvo.

— ¿Pero qué está pasando aquí? ¿Qué es todo esto? ¡Jaime! ¡Jaime!
—comenzó a gritar desesperada.

Corriendo, entró a la habitación de Carmen, su hija mayor. Y allí estaba... ¡Por fin, alguien...!

Se acercó a la cama y conforme lo hacía, un olor a putrefacción intenso penetró su nariz. Tocó el cuerpo tumbado y le dio la vuelta... ¡Era Carmen, pero estaba momificada! ¡Muerta...!

Alicia cayó derrumbada, quedó inconsciente por el terror que le produjo la atroz visión...

Dos

De repente sonó una alarma, una alarma que anunciaba que eran las 7 de la mañana... ¡Hora de ir a trabajar! Alicia pensó que había sufrido una horrible pesadilla, donde sus hijas y su marido habían sido asesinados y momificados por ella misma, cansada de su imperfección.

—Por amor a mi familia, para que todo sea siempre perfecto y yo feliz —se repetía sublingualmente de manera reiteradamente obsesiva—. Menos mal —se dijo— que con la luz del día, todo se ve de “otra forma”.

Aunque le dolía la cabeza intensamente, fue capaz de incorporarse de nuevo en su cama, y viendo que era la hora “correcta”, se vistió, se arregló, desayunó un buen café y, como cada día, fue a poner orden en su trabajo... su otra fuente de felicidad.

En absoluto miró las habitaciones de sus hijas, en absoluto pasó al salón...

Alicia salía de la casa, recordando lo absurdo del terror de aquella noche. Y se regocijó pensando en la feliz familia que había logrado tener con tanto esfuerzo y tesón.

No vio o no reparó —con las prisas— en su marido. Él, como cada día a la misma hora desde hacía 15 años, estaba en el sofá del salón, sentado perpetuamente...

GATO POR LIEBRE

por María Larralde

CONCURSOS GASTRONÓMICOS TELEVISADOS, Y OTRAS RAREZAS

Martina no podía creer hasta dónde había llegado en su aventura televisivo-gastronómica. Un difícil formato, donde la competitividad arreciaba sobre los concursantes cada vez con mayor virulencia. A cada obstáculo salvado, se añadía la incertidumbre del siguiente. Platos de todo tipo. Ingredientes de primerísima calidad, elaboraciones artesanales, artísticas, y hasta platos minimalistas que hacían las delicias de los jueces y de los espectadores. Pero ella, había logrado introducir su cuerpo serrano en la final. Tres eran los concursantes. Los otros dos eran hombres. Ambos trabajaban en restaurantes de primera fila del país, aunque eso sí, eran jóvenes promesas. Jaume, había ganado varios concursos a nivel nacional de gastronomía creativa. Pablo otro currículum similar. Dos chefs de primera.

Martina había aprendido a cocinar de su abuela. Sin madre. Una muerte prematura había dejado a la pobre chiquilla sola con su pariente materna. El padre trabajó siempre. Camionero de profesión, nunca tenía tiempo para su nenita.

Martina nunca le echó en falta. Su mamaíta (como ella llamaba a la anciana) lo había llenado todo, el amor de madre, de padre, de hermanos y de amigos. Hasta los seis años no asistió a clases. La abuela no era amiga de socializar a los niños demasiado pronto. Cosas de viejas.

Entre los fogones y las faldas de la anciana, Martina había conocido los más ancestrales secretos culinarios. En ese pueblito de Cuenca, apartado del mundo, solitario y oculto... en este lugarcito tranquilo, se guardaban las secretas recetas más exquisitas del mundo, desde la antigüedad más remota. Y ella, Martina, las había ido conociendo poco a poco, lentamente, paso a paso. Nunca había prisa. La cocina, como cualquier otro arte, requiere de conocimientos que se adquieren muy lentamente. Los campos ofrecían los ingredientes más extraordinarios. Vegetales, hierbas aromáticas, hortalizas y sobre todo animales con los que cocinar los más exquisitos manjares.

Ya cuando fue lo suficientemente mayor, Martina descubrió los verdaderos secretos de su anciana mentora. Había un lugar prohibido para Martina. Unas catacumbas, bajo el pueblo, en las que se criaba un secreto animal, con el que se realizaba un caldero especial en una fecha más especial si cabe. El uno de Noviembre, en Todos los Santos, este caldero se cocinaba por la noche, dejándose preparado para el día de la susodicha festividad.

Esta receta especial sería la que Martina realizaría para ganar la final del concurso culinario de televisión. No podía fallar, era algo tremendamente especial, tanto que muy pocas personas lo habían probado en el mundo, a no ser que fueran de su pueblo, claro. Pero en lo que todos los que lo habían probado, estaban de acuerdo, era en que era un guiso digno de dioses... nada en el mundo podía compararse a ese placer del paladar.

Dicho y hecho. Martina viajó, desde Madrid a su pueblito remoto, y se trajo de vuelta todos y cada uno de los ingredientes. Patatas, hortalizas, hierbas, la carne especial del animal criado en las catacumbas... Los otros dos concursantes pensaron que sería como

chuparse los dedos, el ganar a esta paleta de pueblo, que jamás había pisado una escuela de cocina reglada, que no poseía ningún título y menos aún, ningún premio gastronómico. Ambos estaban seguros de su victoria ante la joven mujer salida de otra época. Ambos se creían vencedores.

Los jueces no tenían claro qué era aquello que iba a cocinar Martina. No les gustaba no conocer qué carne utilizaba la joven. Pero ella se las ingenió para que confiaran plenamente, los certificados sanitarios estaban en regla. Martina les prometió desvelar su secreto al final del concurso.

Los tres finalistas se pusieron manos a la obra. Tenían varias horas para cocinar. Martina estaba tranquila, su rostro aparecía espléndido. Se diría que hasta lucía más hermosa que en días anteriores. Su seguridad le había dado una apariencia distinta. Incluso su ropa era diferente. Ataviada con un vestido oscuro, cuyos ornamentos eran símbolos desconocidos y extraños, parecía una pitonisa. Su pelo, perfectamente recogido en un pañuelo del mismo color y con los mismos símbolos que el vestido, la asemejaba a una bella bruja de libro de cuentos infantiles.

Tardó más que los dos competidores en cocinar su ancestral receta. Su secretismo era total. Nada ni nadie podía ayudarle, la olla donde cocinaba era antigua, de barro. La había traído especialmente desde su casa del pueblo. No podía cocinarse la receta sin la cazuela de la abuela de Martina.

Llegó la hora del juicio final. Los jueces probaron las dos recetas de los cocineros profesionales. Ambas exquisitas.

Probaron, uno a uno, la receta de Martina. El sabor inundó sus más que habituados paladares, el aroma invadía su glándula pituitaria. Era una fragancia, un olor y un sabor incomparable a nada en el mundo. Nunca, ninguno de los jueces allí presentes, habían comido una carne con esa finísima y delicada textura. Todos quedaron sin palabras, el equilibrio de los componentes era perfecto, el regustillo del final era como haber saboreado el mismísimo principio de la

vida...

Martina ganó el concurso a sus presuntuosos competidores.

El jurado, extasiado aún por la degustación sublime, hizo la pertinente pregunta.

—Martina, ¿qué carne has utilizado en tu exquisito guiso?

—Una muy especial, Señores del Jurado. Una que solamente se consigue en mi pueblo, y que únicamente se puede obtener hacia finales de octubre y el día uno de Noviembre.

—Dinos mujer, nos tienes completamente intrigados.

—Fetos señor.

Los miembros del jurado, el público en sus casas, los cámaras, los ayudantes del equipo culinario y de rodaje, TODOS se quedaron de piedra.

— ¿Pero qué estás diciendo Martina? —se atrevió a reprocharle balbuceando y tartamudeando por la impresión, uno de lo miembros del jurado en cuestión—. ¿Te refieres a lechoncitos?

—No Señor, a fetos, me refiero a fetos humanos.

Y la sonrisa, algo perversa, de Martina, quedó inmortalizada en la televisión dando los mayores índices de audiencia de toda la historia de los reality show culinarios.

DIMY

por María Larralde

Dedicado a mi hija.

— ¡Siéntense!

Tras cinco minutos de bullicio, gritos, papeles voladores, chistes malos, sentencias irónicas y sarcásticas, golpes sobre las mesas, libros y libretas maceradas de aceite de los bocadillos... el silencio se va imponiendo poco a poco.

Dimy se acerca a la puerta y la cierra con pestillo, vuelve a la tarima y echa una mirada por encima de sus gastadas gafas de pasta marrón a su auditorio de todos los días.

— ¡De acuerdo, saben que hoy es el día, ¿No?!

Ahora hay un silencio sepulcral en el aula. Los jóvenes de entre 13 y 14 años, (alguno ya con 16, por haber repetido curso), se miran sorprendidos. No esperaban que Dimy lo dijera en serio.

—Bien... —prosigue, manteniéndose de pie, con su traje raído por el tiempo, de un color indeterminadamente ocre, una camisa beige y zapatillas de deporte negras completamente desafortunadas en esa indumentaria, pero completamente congruentes con la situación—, entréguenme las hojas de consentimiento que les facilité ayer para que sus padres las firmaran.

—Yo me olvidé —contesta Albert, riéndose de la situación o del profesor, más bien—. ¡No creía que fuera en serio!

Se mantiene el silencio. Todos miran a Dimy un tanto sorprendidos. Ninguno lleva el justificante para el experimento de hoy. Un experimento que subirá un par de puntos la nota final de la evaluación de la asignatura.

El profesor sigue callado, serio, casi con gesto de enfado... y repentinamente sonrío, sigue con su cara medio cabizbaja, con su mirada sobrevolando las cabezas adolescentes. Abruptamente estalla en carcajada, unas carcajadas que contrastan con el absoluto silencio que se impone en el aula.

Un rumor de intranquilidad recorre el ambiente cuando tras más de un minuto seguido de risa desternillante de Dimy, los muchachos no saben qué hacer o decir. Ninguno rompe a reír porque aquello es completamente anómalo. El profesor es algo rarito, sí, pero nunca ha dado muestras, en más de 7 meses de clases, de ser un excéntrico. Es un simple hombre de ciencias. Un buen tipo, con buen semblante, con buena predisposición hacia los jóvenes, nada arisco, no demasiado disciplinado hacia ellos... hoy ¿cierra la puerta y rompe a reír sin motivo aparente que lo justifique?

Alba se levanta para marcharse, está asustada, se sienta en la primera fila de la clase. En concreto es la segunda en la bancada de la derecha, de las dos en las que se divide la clase. Ahora Dimy está justo delante de ella y de Maurice (su compañero del alma, su mejor amigo, un chico superdotado pero muy inmaduro que la hace reír constantemente). No soporta más esa risa pero, sobre todo, no soporta mirar sus dientes. Hubiera jurado que no eran tan amarillos, ni estaban tan amontonados ayer mismo, cuando les entregó el formulario para sus padres, después de la clase sobre el Reino Animal.

Para marcharse debe pasar muy cerca de Dimy. Pero su necesidad de salir es imperiosa. Los demás están comenzando a levantarse para salir (gesto no es nada normal, a este tipo le ha dado un aire, está

flipando, se ha metido algo, viene borracho, un tripi, joder, se ha metido un tripi, ya ves!), y sus pensamientos están tan confundidos que se entremezclan sublingualmente en el aire, elevándose como un suave murmullo perceptible solo en el aula.

Dimy le mete un golpe en la cara a la preciosa Alba, tumbándola en la tarima.

— ¡No se puede salir hasta que yo lo permita! —farfulla el tipo con algo de espumilla blanca en las comisuras de su boca mugrienta a lo “TI”.

Todos se paran en seco. Alba está sangrando en el suelo, su nariz está partida y ella no puede siquiera moverse, parece inconsciente. Pero él, ni se inmuta. Ni la mira. Sigue con su enloquecida mirada por encima de sus sucias gafas de profesor chiflado.

Maurice se levanta y se lanza hacia Alba en un gesto de ayuda, gritando al profesor veinte mil insultos por segundo. Pero antes de llegar al cuerpo inerte de su amiga se encuentra con una patada contundente en su cabeza. Dimy ha cambiado su postura durante diez segundos y, con toda su sobrehumana fuerza, le mete una patada al muchacho. La fuerza de la pierna se suma a la fuerza de la velocidad con la que Maurice se ha abalanzado para ayudar a su compañera de clase. Le ha roto el cuello.

Dos chavales tumbados en el suelo son suficientes para que comience un griterío lleno de insultos, improprios y amenazas de muerte. Pero nadie se atreve a acercarse a Dimy.

Varias muchachas se unen al fondo de la clase y comienzan a entonar un coro de llantos. Tres jóvenes se unen armados de sillas con las patas izadas hacia él, en señal de amenaza, y así se acercan hasta el profesor, o lo que sea aquello. Los ojos de Dimy están inyectados en sangre, unas hinchadas venas azules recorren su cara y su cuello, pero sigue sin cambiar de postura y sus dientes siguen mostrándose en una amplia sonrisa de chimpancé. Esas sonrisas no humanas y forzadas de los primates que, si uno las imagina detenidamente, evocan más terror que otra cosa.

Cuando los chavales se acercan despacio hacia la tarima en estrategia militar defensiva, más que ofensiva, Dimy grita repentinamente:

— ¡¡Todos a sus sitios!!

Y todos se paran en seco, miran al profesor a cuyos pies tiene dos alumnos en estado inconsciente o, peor aún, muertos sin que nadie pueda o más bien se atreva a prestarles ayuda.

— ¡¿Qué coño ha hecho piradoooo...?! —le grita Paula, levantándose de su silla, de la que no se ha movido en todo este tiempo, pues ha estado observando toda la surrealista situación en estado de estupor.

Dimy gira su despreciable careto hacia ella. Su rostro sudoroso y congestionado comienza a inflarse de una forma completamente imposible en la física biológica sin que estallen los músculos de la cara y el cráneo. Paula se levanta e intenta retirarse hacia el fondo de la clase, pero es tarde, Dimy pega dos zancadas tan amplias que se planta sobre el lugar donde se ha intentado esconder la chica y hundiéndole los dedos salchicheros, cuyas uñas negras dan verdadero asco, en las cuencas de sus ojos y apoyando la cabeza de un fuerte golpetazo contra la pared, se los introduce hasta el fondo de las cuencas. Los globos oculares de la pobre estallan en un grumoso conjunto de sangre y pastosa córnea, mezclada con los humores del interior del órgano.

Todos los chicos salen despavoridos hacia la puerta de salida de la clase-ratonera. Hace calor, pero no está puesto siquiera el ventilador (porque el aula no dispone de aire acondicionado), y ninguno ha tenido la ocurrencia de ir hacia las ventanas, cerradas también a cal y canto, para pedir auxilio.

La puerta está cerrada. Dimy está de nuevo en la tarima. Mantiene la misma postura, la misma expresión, la misma sonrisa. Vuelve la cara hacia los alumnos que golpean la puerta con fuerza y gritan pidiendo socorro y ayuda. Gira su cuerpo como si de un androide se tratara, sus movimientos comienzan a tener una especie de

articulación robótica que no corresponde a un ser humano.

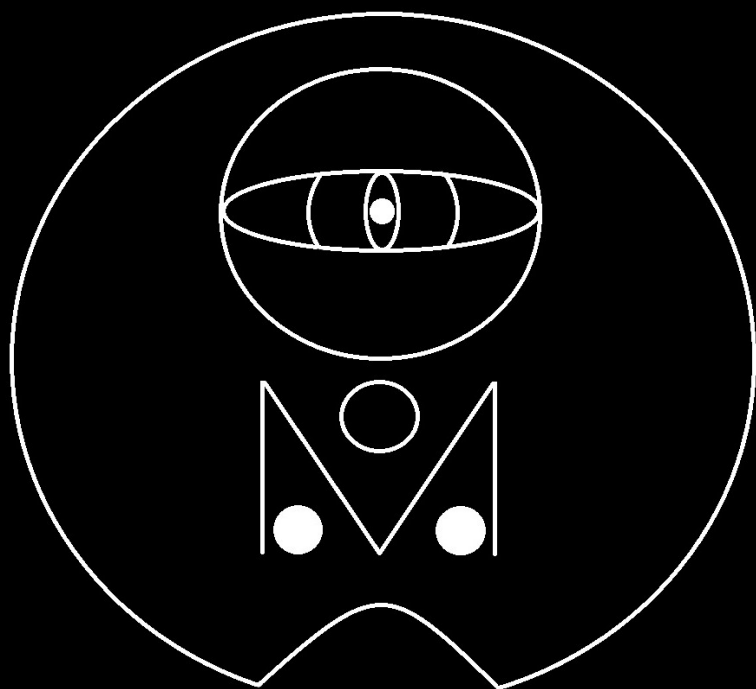
Todos los chicos, menos Willy, que golpea la puerta de espaldas al profesor, se percatan del movimiento del “loco”, y salen corriendo hacia el lado opuesto de la puerta, justo donde quedan las ventanas. Y Willy se encuentra, al girar sobre sí mismo, al tomar consciencia de que todos sus compañeros le han dejado solo, con una patada en el pecho que le hunde el esternón y le clava varias costillas en los pulmones. Cae, asfixiándose, al suelo, dándose un fuerte golpe sobre su propio pecho malherido ya que, el pobre, del dolor, no puede poner las manos para amortiguar la caída. Se escucha la respiración forzosa del niño. Se deja de escuchar la respiración forzosa a los pocos minutos.

Nadie se atreve a acercarse, Dimy vigila el cuerpo hasta que se cerciora de que ha muerto. Pone una pierna sobre él, en señal de victoria, y grita con un sonido agudo una especie de canto de vencedor... “*We are the Champions?*”. Dimy ya no articula palabras, su aspecto está progresivamente transformándose. Ahora mismo ni siquiera su rostro es reconocible y sus andares son simiescos pero, extrañamente, vuelve a su situación inicial: de pie, en la tarima, mirándoles a todos por encima de las gafitas de intelectual raído.

Le quedan veinte alumnos asustados. No escucha sus gritos de terror. Ha perdido la conciencia de sí mismo. Acabará con ellos. Su experimento no puede fallar. Acabará con ellos.

Silencio.

Dimy, tras unos minutos en la misma postura, recoge los formularios de los alumnos y comienza la clase como todos los días desde hace 25 años.



TOMO
OSCURO

EL TOMO OSCURO

Por Elmer Ruddenskjrik y María Larralde

Llevaba sólo unos instantes allí dentro, y ya se sentía como en una realidad paralela. No, no tenía nada que ver con el surrealismo de la pesadilla de carne de cada uno de los escenarios de los crímenes de la sangre quemada. Hacía calor, eso sí. Pero el ambiente era seco, y olía a papel y madera, de una manera suave. Libros viejos, pero bien conservados, se apilaban en estanterías puestas contra las paredes del estrecho y angosto local, que prácticamente era un pasillo recto y largo que se perdía para la vista más allá de un viejo escritorio sobre el que alguien tenía amontonados un montón de carpetas de archivos y otros papeles desbarajados alrededor. El suelo era mullido, protegido como estaba por una delgada pero recia moqueta de un rojo oscuro, y absorbía como por arte de magia el agua que aún resbalaba desde el empeine de sus zapatos de cuero negro y su larga gabardina beis, sin dejar aparente rastro de humedad a la vista.

Una sacudida de potente luz desde sus espaldas (más allá de los cristales de la puerta contra los que retumbaban ocasionales gotas de la gruesa lluvia) hizo titilar por unos segundos las tenues bombillas de las sencillas lámparas de pantallas de cristal que colgaban del techo cada cuatro metros. Era el primer rayo de la tormenta, y su estruendo inundó todo en ese momento, casi como si la oscuridad tuviese voz y conciencia, y le hubiera seguido desde su propia ciudad hasta allí, tras aquel viaje de más de siete horas conduciendo, e intentara detenerle justo en ese momento, imponiendo su presencia mientras le rugía desde todas partes, ya dentro de sus fauces, entre sus cuerdas vocales.

Pero él no era el tipo de hombre capaz de sentirse abrumado por esas sensaciones, y mientras las bombillas se apagaban completamente por un segundo debido a la brusca subida de la corriente, se decidió a saludar alzando la voz, pues nadie se había asomado de momento pese al reciente sonido de la campanilla golpeada por la puerta.

— ¿Hola? —saludó con naturalidad, y justo al inquirir así hacia las tinieblas, la luz se hizo de nuevo, como invocada por un hechizo involuntario— ¡La puerta estaba abierta!

Era la media tarde de un jueves, no creía que la pequeña tienda de libros pudiera estar por cerrar, pero ya se sabía cómo eran esos negocios pequeños y familiares... Aunque tampoco parecía la clase de sitio en el que entrara mucha gente. No era una buena época para la literatura, todo era ya revistas de tendencia, televisión y cintas de video. Quizá sólo le estaban esperando a él, y ya habían sobrepasado por varias horas el horario regular... él no había visto ninguna placa especificándolo en el exterior. Sólo el nombre de la librería: Sally's Closet, que sonaba más bien a boutique de moda, o algo así...

Una figura humana se removió desde más allá del escritorio a mitad del local, como si saliera de una habitación a un lado, en el fondo.

— ¡Voy! —respondió al tiempo una cansada voz femenina.

Sus pasos ligeros apenas se oían ni al aproximarse hasta él. Era una mujer de cerca de 50 años, bajita y robusta, pero de atractivas formas redondeadas. Vestía una falda marrón hasta las rodillas, y una camisa de botones blanca sobre la que llevaba abierta una chaqueta de lana de color dorado apagado. Un mechón de cabello blanco relucía a lo largo de su sien izquierda, entre su corto peinado, ondulado y lacado.

—Dígame... ¿qué se le ofrece? —preguntó ella, deteniéndose a cinco pasos de él, y cruzando los brazos bajo sus pechos, tirando antes con rapidez de cada una de las mangas de la lana, como sintiendo el frío del mal tiempo, de pronto.

—Buenas tardes, soy el doctor Ruddenskjrik —se presentó, levantándose el negro sombrero (también de lana, por cierto) con la mano derecha y dejando que se le derramara sobre la frente, húmedo, el blanco cabello que normalmente llevaba arremolinado en enhiesto tupé. Sonrió ligeramente, sabiendo a la perfección que era su extraña y siniestra estampa lo que hacía a la mujer sacudirse en escalofríos, y no la tormenta—. Hemos hablado ayer por teléfono... creo. Si es que no me equivoque al reconocer la voz...

— ¡Ah, vaya, perdone! —se apresuró a disculparse la mujer, y avanzó tendiendo su mano derecha en saludo cordial, algo avergonzada pero igualmente inquieta—. Ya pensé que no vendría hoy... Sí, soy Vera Stevens. Sé que parece ridículo... Sally era el nombre de mi madre, mi padre puso su nombre a la librería, ya sabe...

—No pensaba comentar nada al respecto... —repuso Ruddenskjrik, y haciendo un gesto con el sombrero aún en la mano, señalando hacia un sencillo taburete junto a la estantería a su izquierda, empezó a pedir permiso—. ¿Puedo...?

— ¡Ah, sí! Claro, deje ahí encima su gabardina y sombrero, si quiere... Sólo aparte un poco el taburete, para que no se empapen los libros —le animó Vera Stevens, haciendo ademán de ir a hacerlo ella misma—. Vale, eso es...

—Bueno, disculpe el retraso, pero es que la tormenta me pilló a medio camino, y aún me ha seguido hasta aquí —se explicó él, atusándose la americana negra, cerrada sobre su camisa de color crema. Ella pensó que parecía un bajito y decrepito gerente de funeraria, con todo su traje negro, su físico seco y la estirada sonrisa de blancos dientes, pequeños y afilados. O quizá un sediento vampiro, en las últimas, a punto de camelarse una víctima—. ¿Le importa que la llame por su nombre de pila? Se me hace raro, si no, esto de tratar a personas a las que debo de doblar en edad...

La nerviosa bibliotecaria suspiró un momento, como tratando de tranquilizarse, y aunque el doctor Ruddenskjrik no podría saberlo, era en realidad que ella misma había valorado que, de producirse algún

tipo de movimiento extraño o hasta agresión por parte del anciano, poco le costaría ponerle la cabeza del revés de una soberana hostia. De modo que sí, aceptó.

—Claro, llámeme Vera, ¿cómo puedo llamarle a usted, a cambio?

—Bueno, el nombre no es cómodo ni agradable, Sinasias me llamo... Suena a enfermedad, ¿verdad? ¡Pero llámeme “Sin”! ¡A secas! Es una costumbre que un compañero de la policía ha tomado, y he de reconocer que me gusta bastante más... —pidió el doctor, sonriendo y echándose de vuelta sobre la cabeza el mojado flequillo blanco, al recordar su peculiar y agradable relación con el joven e infame inspector Turk Robinson, allá, muy lejos, en su propia ciudad.

—Está bien, Sin, entonces... —repuso Vera Stevens, mas de pronto algo la sacudió, y dejó a medias la media vuelta que se estaba empezando a dar, presta a invitarle a seguirla para lo acordado—. Escuche, Sin, no se lo tome a mal... pero, ¿no dispondría usted de alguna identificación, ya que trabaja para la policía de la “Gran Ciudad”? Debo pedírsela, dado el carácter exclusivo del documento...

— ¡Oh, por supuesto! —exclamó Sinasias Ruddenskjrik, tras haber torcido ligeramente la cabeza como un perro confuso mientras escuchaba la petición de la mujer—. Bueno, como le dije por teléfono, trabajo para la policía, como médico forense, pero no dispongo de placa, un momento... —se hundió con un gesto difícil de su brazo derecho la mano en un bolsillo interior de su americana, en la pechera izquierda, sin desabotonarla. Vera pensó que no podría hacer aquello más difícil—. Tengo esta tarjeta que me acredita como el forense de mi comisaría... Es la que llevo para enseñar a los agentes en las escenas del crimen.

Ruddenskjrik dejó que la mujer, a la que apenas superaba en un centímetro en altura, cogiera con suavidad entre sus cortos pero delgados dedos la cartera abierta, y dirigiera hacia sus ojos marrones la tarjeta deslizada tras un gastado plástico. En ella se veían sus datos y una foto en blanco y negro de un Ruddenskjrik totalmente serio, casi malhumorado o peligrosamente suspicaz, y con el tupé de su

cabello blanco en perfecto estado. Bajó la cartera de sus ojos para encontrarse de nuevo con la cabeza torcida del doctor, que la miraba con sus ojos negros y una sonrisa que no podía decidir si tomar por nerviosa o impaciente.

—En fin, sí, creo que todo en orden —sentenció ella, conforme, pero sintiendo que algo en aquel hombre no andaba bien—. Sígame... ¿Puedo preguntarle, cómo ha sabido de la existencia del documento, y por qué lo necesita? Realmente es un bien muy exclusivo, entiéndame la curiosidad...

—Claro que puede, Vera, era lo que faltaba... —concedió él, mirando distraídamente los lomos de todos los libros apilados a uno y otro lado en las estanterías, hasta el mismísimo techo, siguiéndola a su muy parsimonioso paso—. No sé si sigue usted con asiduidad las noticias de la Gran Ciudad, pero una serie de espantosos crímenes parecen estar relacionados con los mitos de este “Tomo Oscuro”...

Ruddenskjrik dejó en el aire lo que decía, volviendo sus pupilas hacia la mujer, que caminaba algo adelantada a él. Ella negó con la cabeza y le miró desde encima de su hombro, como animándole a seguir.

—Sin entrar en mucho detalle, en todo lo que es información clasificada y demás, estoy en calidad de afirmar que las responsables de los asesinatos están llevando a cabo, o mejor dicho, creen estar llevando a cabo alguna especie de serie de rituales relacionados con Gozer el Gozeriano, y su advenimiento a la Tierra...

—¿Cómo? —Vera se detuvo para que Ruddenskjrik la alcanzara, y le miró a los ojos, para preguntarle—. Esos mitos son muy poco conocidos, doctor Ruddenskjrik...

—Sin, por favor...

—Sin... —Vera hizo un chasqueo con la lengua de puro desprecio por ese reparo en el nombre, mucho más interesada en preguntar—. Son muy poco conocidos, ¿por qué cree usted eso? ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

El doctor Ruddenskjrik repasó mentalmente en décimas de segundo todo lo vivido. Su enfrentamiento con una de las asesinas, y cómo había respondido al hechizo revelando su verdadera identidad. Las semanas posteriores de incertidumbre que había sufrido, durante las cuales había estado intentando redirigir la furiosa investigación del inspector Robinson en el camino correcto, sin hablarle nunca del carácter sobrenatural o extraterreno de las sospechosas que aún no tenía ni identificadas. Él mismo no sabía cómo revelar a su compañero el aspecto e identidad de una de ellas sin tener que explicarle cosas increíbles de sí mismo, interminables experiencias pasadas, terribles e inconcebibles, y sin hacer peligrar su vida o la de otros agentes si le ponía tras la pista directamente. Pero... No había motivo para no decir algo de verdad a aquella mujer, que no sabía nada del caso de Los Cauces de los Ríos de la Sangre, y así agilizaría las cosas con ella...

—Realmente, una de las sospechosas, ya detenida, confesó algo bastante vago pero inquietante acerca de esos mitos... —mintió, sonando tan creíble que incluso por un instante sintió la sensación reconfortante de tener cautiva a una de ellas, pese a ser una falsedad absoluta—. Ella dijo ser la Maestra de las Llaves, ¿sabe? Y algo de investigación por mi cuenta me ha llevado a los mitos de Volguus Zildrohar, el Viajante. Y a llegar a saber, por cuenta del registro histórico nacional, de que algo llamado Tomo Oscuro, o Libro de Gozer, existía de hecho, y qué librería poseía el único ejemplar...

—Pues sí... Éste es de los muy escasos documentos de los que la Biblioteca del Congreso ni siquiera tiene registro. Mi padre, que era un fanático coleccionista, siempre lamentó no haber logrado hacerse con uno de los cuatro ejemplares existentes del Necronomicón parido por Abdul Alhazred, pero estaba muy orgulloso y satisfecho de haber llegado a conseguir a muy bajo precio, según él, este manuscrito, escrito en nuestro idioma no se sabe por quién, traducido de no se sabe qué idioma de origen...

— ¡Vaya, cuánto misterio! Ni siquiera imaginaba que este libro fuera un objeto valioso... —declaró el doctor, sinceramente

sorprendido.

— ¡Pues vaya si lo era! Yo aún era una niña cuando mi padre lo añadió a su orgullo de biblioteca, y siempre le he recordado como una persona feliz y completa desde que lo consiguió... —Vera Stevens parecía hablar con bastante cansancio e incluso cierto desprecio sobre el afán de su padre por el Tomo Oscuro—. Se pasó toda su vida, que yo sepa, estudiándolo, con no poca colaboración de mi madre, claro... Ambos eran dedicados librereros...

— ¿No podría hablar con su padre acerca de cómo lo llegó a conseguir, y el resultado de sus estudios? —quiso saber Ruddenskjrik con toda la delicadeza de que era capaz, imaginando que de aún seguir vivo, el señor Stevens podría tener su misma edad, o más aún.

—Mis padres desaparecieron sin dejar rastro de su sencilla casita a las afueras, mientras yo cursaba filología en otro estado, a los 22 años. Este maldito libro, precisamente, estaba entre los preciados ejemplares que tenían en su estudio, en ese tiempo...

—Parece que le tenga cierto rencor al Tomo Oscuro, si me permite decirlo...

—Bueno, no sé usted qué quiere que le diga... Si su padre hubiera dedicado más tiempo y atenciones a un único libro que a su propio hijo durante toda su vida, quizá me comprendiera... Además, no soy una vieja loca, pero, si le soy sincera, siempre he creído que el Libro de Gozer tuvo que ver con su desaparición.

— ¿De verdad cree eso? —insistió el doctor, no con un tono que denotara incredulidad, si no como con una esperanza mínima, un cierto ansia, aflorando. Vera Stevens pensó que sólo sería otro fanático del ocultismo, pero la animó a hablar su actitud expectante.

—Podríamos decir, querido Sin, que desde que ese libro llegó a mi familia mis padres fueron desapareciendo paulatinamente de mi propia existencia, y a decir verdad, de la del resto del mundo. No diré que se hubiera convertido en una obsesión para ellos, porque sus vidas continuaron con total normalidad, ocupándose de mí lo

suficiente para que nunca me faltara de nada (salvo su compañía y humanidad, claro está), y su trabajo con la librería y sus encargos como documentalistas siempre fueron desempeñados con total rigor hasta que se esfumaron sin dejar rastro. Pero todo lo que no requiriera por fuerza de sus energías, era desechado en favor del Tomo Oscuro, de su lectura y el estudio histórico de los mitos que en él se detallan, y también, estimo, de la práctica de sus ritos e invocaciones...

—Me está diciendo, sin parecer para nada usted una supersticiosa, que sus padres desaparecieron de la faz de la Tierra por medio de este libro.

—Una agencia para la que estaban preparando un dossier mandó a un hombre a hablar con ellos para saber de la causa del retraso, ya que no contestaban nunca al teléfono. El tipo vio por una ventana, según su declaración a la policía, que en la casa parecía haber unas leves señales de lucha: dos sillas de madera volcadas y una pequeña mesa redonda para el té cuya tabla de mármol había estallado por todo el suelo. ¡Ah, y el Tomo Oscuro! Abierto de par en par en mitad de la habitación... La policía no encontró nada, ni huellas ni apariencia de allanamiento, y las señales de lucha no se podía decir con total seguridad que fueran tales. La puerta cerrada con llave por dentro, todas las ventanas con los cierres asegurados... A mis padres se los llevó el Tomo Oscuro, a mí que no me jodan... —terminó diciendo, desinhibida, la mujer, soltando una risita nerviosa y cómplice que Sinasias Ruddenskjrik compartió.

—Creo que puede tener razón —reconvino, dejando de sonreír cuando ya llegaban al fondo del largo pasillo que era toda la librería —. Y dígame, ¿estuvo usted leyéndolo estos años? ¿Investigándolo?

—En absoluto... Podría haberme deshecho de él, encontrar algún comprador, pero no estaba al tanto de los contactos especializados que sí conocía mi padre, ni tenía registro alguno de ellos, que yo sepa... Y en círculos ordinarios, parece carecer de total interés, ya ve... También sí que se me pasó por la cabeza leerlo e intentar encontrar el

modo de hacer regresar a mis padres, si es que a través de él se fueron realmente... Pero han ido pasando los años, y he acabado olvidando la idea. He llegado a la conclusión de que... no sé, mis padres supongo que me querían, pero al mismo tiempo creo que no les interesó nunca la vida como la conocemos, la existencia en esta realidad o en este planeta, este plano, llámelo como quiera... — explicó Vera agitando ante sí las manos.

—La comprendo —aclaró Ruddenskjrik.

—Quizá se fueron por propia voluntad. No lo sé. Cuando llamó usted, sentí cierto recelo. Hasta pensé que fuera un antiguo colega de mi padre, esperando la conclusión de un trabajo conjunto sobre el libro. Pero me alivia sobremanera que lo quiera sólo por su valor enciclopédico...

—Le aseguro que esa información será de gran valor para nuestra investigación...

Vera Stevens se inclinó a un lado de la estantería de la derecha, el extremo más bajo, junto a la puerta que quizá llevara a los servicios o a algún trastero de la tienda. Ruddenskjrik observó cómo llevaba su índice de corta uña sobre el lomo negro de un libro de unas dimensiones que parecían las de una edición de bolsillo. Tiró de él y con habilidad lo recogió por entero en su pequeña palma, para después dejarlo reposar sobre su mano izquierda, volviendo la portada del ejemplar hacia él.

—Pone Tomo Oscuro, y todo... —exclamó en un susurro el doctor, enarcando las cejas canosas.

Contempló con fijeza el símbolo sobre el nombre del libro, en el cual lo que parecía la representación de un ojo entrecerrado con sencillas líneas circulares se situaba sobre una especie de “M”, en la que a ambos lados de sus extremos, por dentro, había señalados dos gruesos puntos. Sobre el ángulo abierto hacia el ojo, otra pequeña circunferencia. Y cerrando el pequeño conjunto de símbolos, una amplia circunferencia que se curvaba hacia la misma “M” con puntos, por debajo. La cubierta era indudablemente de un material negro, que

no era cartón ni papel plastificado, qué duda cabía. Las letras y todo el símbolo estaban grabados con alguna sustancia de un rojo oscuro que parecía fosforescente, y la misma superficie negra de la cubierta, de una textura como de cristal, parecía soltar débiles reflejos rojos, según cómo se la mirara.

—Como le dije, se supone que es una traducción a nuestro idioma. Si mira por dentro, no encontrará ni editor ni autor, absolutamente nada. Sólo texto. Mitos y rituales, indistintamente, sin un orden aparente ni un índice que los relacione. La cubierta, como ve, es algo excepcional, parece algún tipo de carbón cristalizado con no se sabe qué proceso, ni se sabe a cuento de qué haría nadie semejante cubierta para un libro. Cubierta, contracubierta y lomo se unen por una dura tira de cuero negro que parece haber sido soldado al carbón durante el proceso... sea cual sea.

Vera dejó que el doctor Ruddenskjrik pasara de sólo acariciar el símbolo y las letras a recogerlo con sus dos manos, y empezar a hojearlo sin entrar en mucho detalle.

—Escuche, no soy un experto en libros ni mucho menos... — aclaró él, como abrumado.

—Las hojas son de un papel ordinario, de unos cien años de antigüedad (relativamente joven, el ejemplar), y el interior está escrito a mano con una tinta común de aquel entonces. Carece de símbolos o ilustraciones, todo es texto —continuó ella, como si todo aquello tuviera alguna importancia para el doctor, que no sabía de qué manera reiterarle que no necesitaba toda aquella información—. Según las notas de mi padre, que sí que revisé varias veces, el libro trata de hechos narrados sin correlación mucho antes de la era de la civilización Sumeria, y todos ellos versan de cómo Gozer, o Volguus Zildrohar, hijo de Amot, libró una guerra en este y otros mundos por su libertad, contra su padre y algunos de sus hermanos. Al parecer los sumerios adoraban a Gozer, más por miedo que otra cosa, y el libro describe tanto los métodos para conectar con Gozer como para invocar a su padre, Amot el Completo, un dios que se remonta a la

Era Hiboria. Según las investigaciones de mi padre, si alguien usara el libro para invocarlos, ésta sería la sexta vez...

— ¿Cómo que la sexta vez? —preguntó sin pensarlo Ruddenskjrik, agitando el libro ya cerrado en su manos, con delicadeza, deleitándose en los destellos rojizos de su negra superficie pulida, de tacto de cristal.

—Según las investigaciones de mi padre, Amot, que es tanto el dios como el mismo reino del que procede, es decir, un Todo Absoluto, un universo completo en sí mismo, estaría otorgando seis favores a la humanidad, digamos que sin coste ninguno. Pero, al pedir un séptimo, se entenderá que la transacción se ha completado, y éste universo será suyo. Amot lo tomaría, o asimilaría, eso es algo que supongo que ni mi padre supo esclarecer... Vamos, que sería el fin de todo...

— ¿La sexta vez? ¿Cómo sabía su padre que toca la sexta vez?

—No. Él estimaba que tocaba la quinta. Soy yo quien dice que ahora queda una última, la sexta. Porque creo que mis padres lo usaron su quinta vez...

—Curioso, muy curioso... —susurró el doctor, agitando el libro—. Dígame, Vera... ¿Tiene alguna indicación especial, o alguna fecha pensada como límite para cedérmelo?

—En absoluto. No tengo ningún interés económico ni intelectual en ese libro —sentenció Vera Stevens, agitando su mano izquierda en un gesto de desprecio absoluto—. Puede quedárselo. Ese libro ha sido para mí como un hermanastro con el que nunca me he hablado.

—En fin, pues muchas gracias, Vera, de verdad que sí. Confío en que esto nos ayude a terminar con estos brutales crímenes. La Gran Ciudad le acabará debiendo una...

—De nada, Sin, ha sido un placer conocerle, y extrañamente terapéutico hablar de todo esto con usted... Siento que me ha quitado un peso de encima.

—Espero que así sea, amiga mía. Estaremos en contacto.

Vera Stevens le acompañó hasta el taburete, donde Sinasias Ruddenskjrik recuperó su gabardina beis y sombrero negro (aún muy húmedo), y, con una leve reverencia, finalmente salió a perderse en la oscura tormenta.

No volvería a saber de él.

Cuánto más duraría aquella tormenta inoportuna, no podía saberse. Era inusual en aquella zona del país que el cielo se tornara un mar oscuro y siniestro, con nubes bajas que casi podían tocarse si uno subía a algún edificio medianamente alto, y alargaba su mano hacia ellas. Una humedad fría penetraba adentro del vehículo y hacía que las desgastadas articulaciones del forense se resintieran por el dolor de su artrosis. Sinasias, ya de vuelta hacia la Gran Ciudad, paró su destartado y anciano coche, un Chrysler de más de quince años de color gris perlado metalizado, en el arcén de la carretera de regreso hacia la ciudad.

Contrariado por algo que no acababa de tener claro en todo el asunto, paró y observó el libro. Anochecía y llovía profusamente, por lo que la conducción se le hacía pesada, sintiendo el cansancio en sus sienes (ya no era un joven al que horas de conducción continua no afectaran en su capacidad de alerta), y además se sentía fascinado por su adquisición; quería ver de nuevo ese reflejo cromado, negro y rojo, que tan extraño le parecía, por lo que encendió la luz interior del coche.

El libro estaba bocabajo tirado en el asiento del copiloto, como si lo hubiera dejado deliberadamente en esa posición para no ver el símbolo (más bien el conjunto de símbolos) grabado en la portada del mismo y que parecía, si se observaba por un cierto espacio de tiempo, que producía una influencia extraña en el observador, invirtiendo las posiciones de observador a observado. Se diría que todo aquel

manuscrito tenía voluntad propia. Lo acarició con las yemas de sus dedos para poder sentir el tacto de ese material vidrioso...

Entonces cayó en la cuenta: ¿cómo podía haberse pasado? ¡Debió llevarse las anotaciones e investigaciones del padre de Vera! ¡Toda una vida desentrañando e investigando sobre aquellos misterios escondidos en ese valioso libro y él, Sinasias Ruddenskjrik, se había marchado sin ellos, al menos los que Vera conservara!

Inmediatamente se puso en marcha, dio media vuelta y se dirigió hacia la librería: debía remediar esta falta de juicio y diligencia por su parte.

— ¡Viejo tonto! ¡Son más importantes los datos que el forense obtiene en una autopsia que el mismo muerto! —Y en este caso, el muerto era el Tomo Oscuro, y el forense, ese hombre que había pasado toda su vida diseccionando y estudiando sus enigmas; estaba claro que había cometido un grave error—. ¡Estás perdiendo facultades viejo imbécil, no estás ni para diseccionar una rata!—se recriminaba a la vez que aceleraba pisando a fondo el pedal, como si la librería fuera a desaparecer sin ninguna explicación.

La lluvia apretaba todavía más, si cabe, que en la tarde, pero la tormenta eléctrica se había alejado en el horizonte, hacia el norte, con el viento frío y la noche. Tras los cristales se observaba un cielo completamente encapotado por nubes negras que amenazaban con mantenerse durante las siguientes horas. Sinasias comenzó a impacientarse, tenía un mal presentimiento.

Al llegar, paró el coche frente a la puerta de Sally's Closet. Un golpe emocional le invadió con horror al mirar el lugar, porque sí, allí había una librería, pero cerrada. Abandonada. No había más que un cartel desgastado cayéndose de medio lado, sucio y mugriento, como si hiciera años que nadie lo limpiaba. Los cristales y la puerta estaban igualmente opacos por la suciedad, y una persiana enrejada que se descolgaba, rota por el lado derecho del marco de la puerta, impedía el acceso al vestíbulo de la entrada. Aquello estaba abandonado. ¿Entonces?

El viejo forense recapacitó por un segundo con el libro en sus manos. Algo estaba comenzando a ponerse en marcha a través del Tomo Oscuro, atávicas fuerzas parecían emanar de aquella pequeña y, aparentemente, insignificante obra de maléficos orígenes y no menos perversos propósitos. Miró a través del cristal, indagó el umbral con sus ojos atravesando la lluvia ingente, y se estremeció al pensar que acababa, hacía nada más que un par de horas, de salir de aquella librería y de hablar con una mujer que, quizá ni siquiera existía. Estaba seguro de que la había visto. Y también de que había hablado por teléfono con ella el día anterior para avisar de su visita.

¿Qué fuerzas intangibles habían podido producir tal desorden en la realidad? ¿Con qué propósito? ¿A caso estaba él, Sinasias Ruddenskjrik, destinado a esclarecer todo aquel oscuro caso? ¿Él, un forense anciano, que ya no pintaba nada en las fuerzas de seguridad de la comisaría? ¿Por qué *Ella Waters* le había interrogado sobre sus descubrimientos en las autopsias más allá de los datos médicos y forenses puros, y le incitó a investigar sobre este libro, en concreto, planteándolo como una nueva línea de investigación de la que Turk Robinson no quiso saber nada por parecerle absolutamente descabellada y fruto de una mente calenturienta?

Era hombre reflexivo, y siguió manteniendo el libro entre sus manos, lo miró, y remiró aquellos extraños símbolos recordando las palabras de Vera. Quizá el libro poseía a quien lo adquiría y producía distorsiones de la realidad, mezclas espaciotemporales imposibles o bucles de materia que incidían sobre distintas realidades deformándolas. ¡Él qué sabia, llevaba demasiado tiempo siendo sólo un forense, muy alejado del ocultismo, las fuerzas psíquicas oscuras y la mitología arcana! Y, pese a sus experiencias con drogas chamánicas que alteraban la percepción del tiempo, no se imaginaba otro modo de explicarse nada lo que en ese momento le estaba ocurriendo...

Simplemente había venido por necesidad, y, bueno, por *Ella...* pues nadie más en el cuerpo de policía tenía la información que él poseía, ni le habría apoyado como ella, de estar ninguno de ellos al tanto... Nadie sospechaba la existencia de aquel libro, ni que tuviera

conexión con el caso imposible de resolver, y que traía de cabeza al inspector Turk Robinson. Creía que volvería por el mismo camino por el que había venido, eso sí, con el manual necesario para derrotar a Los Cauces entre sus manos, pero nunca sospechó, ni por un segundo, que aquel libro comenzaría a realizar alteraciones de la realidad desde el mismo momento en el que cayó en sus manos.

Ruddenskjrik metió el libro bajo su camisa, pegado al cuerpo, para evitar que se mojara. Había decidido entrar en la librería. Tenía que encontrar respuestas inmediatamente o se volvería loco de remate. Así, con el libro abrigado contra su pecho, salió del coche y corrió hacia la entrada cerrada de la librería. La persiana, algo descolgada, se movió fácilmente cuando con ambas manos intentó sacarla hacia afuera del marco. Había espacio suficiente para meter su enclenque cuerpo a través del hueco, lo atravesó y dejó de mojarse. La lluvia, para ese entonces, andaba cediendo un poco pero era, aun así, lo suficientemente intensa para chopar a un hombre en menos de un minuto.

Incomprensiblemente, la puerta de la librería estaba entreabierta y Ruddenskjrik entró. Un olor a humedad y decrepitud le golpeó las narices haciéndole retroceder un paso hacia atrás con su mano derecha, tapándose nariz y boca para no aspirar aquel polvo maloliente. Lo que hacía unas horas era una librería repleta y ordenada, ahora parecía un lugar abandonado cuyas estanterías estaban vacías de libros, rebosantes de polvo, cucarachas, arañas y sus peculiares e hilvanadas construcciones para la caza. Alguna que otra rata husmeaba apaciblemente por el lugar. El forense encendió una potente linterna que siempre llevaba en su coche y vio cómo las criaturas huían de la luz.

Aquel lugar era profundo. A unos metros de donde él se encontraba aparecía, como dibujada, la mesa tras la que Vera se le había aparecido hacía pocas horas. Ahora no había nada sobre ella y detrás, cuando enfocaba con su linterna, sólo se vislumbraba una profunda oscuridad interminable. Algo escuchó afuera, además del incesante repiquetear de la lluvia en la acera; el doctor se volvió como

sintiendo la mirada intensa de alguien que le observara desde el exterior.

¡En su coche se observaban figuras oscuras de contorno humano, tanto dentro como fuera del viejo cacharro! Rebuscaban en él ¿Qué coño era aquello? ¡¿Que buscaban?!

Ruddenskjrik se estremeció, apagó la linterna por puro instinto para no ser descubierto, pues aquellos seres los intuía peligrosos. Sus movimientos eran animalescos, como bestias que revuelven la basura en busca de comida. Se acercó a la puerta sigilosamente; miró, escondido tras la puerta, por el cristal sucio que apenas dejaba ver nada con claridad, a lo cual se sumaba la distorsión producida por la lluvia constante. La escena parecía irreal y horrenda, pues aquellos seres, que ahora estaba seguro no eran personas, estaban destrozándole el coche. Uno de ellos repentinamente miró hacia la librería; sus ojos eran rojos y pequeños, y estaban completamente envueltos por la oscuridad de su cuerpo. Ruddenskjrik se sobresaltó de tal manera, al darse cuenta de que le habían descubierto, que saltó hacia atrás. Aquellas bestias se agruparon ante la entrada, eran al menos cinco. Sinasias se internó hacia el fondo de la librería mirando hacia las depravadas criaturas para ver si entraban y le atacaban, ya que parecían estarle buscando a él, o más bien... ¿El Tomo Oscuro?

¡Estaba perdido! ¿Qué fuerzas sobrenaturales se habían desatado? Se escondió en la oscuridad tras las estanterías. Ni se había dado cuenta, pero por puro instinto de supervivencia había cerrado la puerta con pestillo... y, precisamente, ese pequeño ruido al echar el seguro de la vieja puerta era lo que había llamado la atención de aquellas criaturas. Husmeaban en la entrada, subían y bajaban alrededor del marco, en el pequeño vestíbulo que daba acceso a la entrada. Desafiando la ley de la gravedad deambulaban a cuatro patas por paredes y techo. Una de ellas estampó su cara de manera brusca en el cristal, dándose un golpe en su frente, como para adentrarse con su mirada sanguinolenta hacia el interior oscuro y escudriñar a distancia.

Aquella “cosa” miraba hacia donde él estaba escondido, se mantuvo así unos interminables segundos y, emitiendo un grito estremecedor, llamó la atención de sus amorfos y contrahechos compañeros que comenzaron, al unísono, a golpear con sus cuerpos la puerta, a mordisquear los bordes de madera y a arañar con largas y duras uñas, cual garras de topo, la enclenque puerta. El resultado de aquello no fue sino estremecedor para Ruddenskjrik, que sintió por primera vez, en muchísimo tiempo, que realmente su vida corría peligro. Su corazón no aguantaría, o eso le pareció a él, pues sentía una opresión en el pecho que le dificultaba hasta los andares. No iba armado. No era policía. Se había metido en un problema que podía llevarle a la muerte. Aquellas bestias seguían intentando tirar abajo la puerta, estaban como poseídas por una fuerza inmensa y atacaban como una manada de hienas hambrientas ¡¿Cuánto aguantaría el cerrojo?!

Dio media vuelta y miró hacia el interior de la librería, se adentró más y más en la oscuridad; aquel túnel no parecía tener fin, las paredes dejaron de estar cubiertas de estanterías para pasar a ser simplemente de roca y tierra escarbada en una suerte de gruta. La oscuridad total le envolvía, pero había dejado de escuchar a aquellos seres que le amenazaban, en la entrada de la librería, con despedazarle. Sacó entonces su linterna y siguió más y más. En un momento determinado de su aparatoso caminar, y su dificultad ya más que evidente para respirar, mostrando una fatiga casi apneica, encontró el camino dividido en dos posibles alternativas. Se sentó en el suelo, procurando calmarse y darle respiro a su fatigado cuerpo. Miró hacia atrás con la linterna, y nadie le seguía, al menos de momento.

Sacó el Tomo Oscuro. Miró sus extraños símbolos y los recorrió con sus dedos de nuevo. De repente, el viejo escuchó un ruido dentro de una de las dos rutas alternativas, la de la derecha. Ruddenskjrik, con linterna empuñada en mano derecha y Tomo Oscuro en la izquierda, cual predicador adventista, se puso en pie y escudriñó la gruta de la que provenía el zumbido metálico. Sin saber

por qué se adentró en ella, aún sin miedo, pero con cierta ansiedad recorriéndole los nervios, haciendo que la luz blanca de la linterna temblara levemente en su mano, lanzando un torrente luminoso ondulante contra las paredes de los lados. En el centro, en el aire, estáticamente, levitando, Sinasias percibió una esfera negra. Entonces un flashback se apoderó de su mente.

“¡Esa esfera es la que pude estudiar sin ningún resultado hace años, en el caso del loco de las voces! Pero, ¿cómo es posible?”

Nadie se había vuelto a interesar, ni siquiera él mismo, sobre aquella estúpida bola supuestamente parlante. Salvo la misma *Ella Waters*, ¿era sólo una casualidad? El objeto había sido encontrado por un hombre de edad ya ciertamente avanzada, en aquella época, en la parte trasera de su propia granja, y que, según mantenía él tras ser interrogado repetidas veces, no había parado de hablarle hasta volverle loco y hacerle asesinar a su mujer...

Un zumbido semejante a un enjambre, pero algo más metalizado, salía del objeto. Y sin más, aquella esfera negra se perdió en la oscuridad de la gruta. Ruddenskjrik permaneció unos segundos estupefacto, paralizado por la extrañeza de todo lo que estaba ocurriendo. Una ola de calor le subió desde la mano izquierda hasta la cabeza, recorriendo su cuerpo entero. El libro tenía una apariencia distinta. Aquellos símbolos extraños estaban completamente encendidos en color rojo intenso y brillante. El mismo libro parecía haber subido de temperatura. Los dos puntos centrales bajo la M parecían mirar a Sinasias directamente, como los ojos de los engendros que acababa de ver afuera de la librería destrozándole el coche... Diríase que eran exactamente iguales a ellos. Y el forense se volvió a estremecer. Un miedo atroz le envolvió por primera vez desde su difuso y prematuro paso de la infancia a la adolescencia, creando vacío a su alrededor. Le resultaba casi insoportable, sentía punzadas en el corazón...

Y sin saber por qué, corrió hacia el interior de la gruta tras la esfera desconocida, con el libro en la mano y dejando caer la linterna

en el suelo, encendida y dando vueltas de peonza, creando, sin quererlo, un ambiente estroboscópico que nadie observó.

Ella Waters, tenía un pelo largo color azafrán y una tez blanca, llena de preciosas pecas esparcidas por su naricilla y pómulos, cual si de estrellas de una nebulosa se trataran. Sus ojos verdes almendrados llamaban la atención de cualquier observador, como si ejercieran cierta influencia atractora sobre las demás personas; con una mirada algo esquiva por timidez, pero a un mismo tiempo altiva y serena; alta, atlética, con unas hermosas y largas piernas capaces de correr los 50 metros en menos de 32 segundos; criminóloga y médico forense, como Ruddenskjrik, una lumbreras de provincias, que había dedicado su vida a estudiar y trabajar, ascendiendo rápidamente de policía raso a inspector de policía, y ahora a jefe de comisaría.

A sus 37 años, sin hijos, sin pareja conocida... Acababa de aterrizar en la comisaría donde el caso de Los Cauces de los Ríos de la Sangre andaba sin resolver y daba muchos quebraderos de cabeza a los miembros del equipo de investigación, sobre todo a Turk Robinson, el inspector encargado del caso (más que nada porque su superior, el jefe de homicidios MacNaidry, se desentendía de cualquier ejercicio de sus funciones). Muchas muertes, demasiadas muertes extremadamente violentas y extrañas, eran archivadas sin resolver desde hacía un tiempo.

Cuando, en el primer día de trabajo de *Ella Waters*, Sinasias la vio entrar, (antes de las ocho de la mañana, vestida con sencillo y elástico pantalón vaquero, camiseta blanca básica de cualquiera de esas marcas tan de moda en esos tiempos, y una cazadora americana azul que realzaba el anaranjado tono de su pelo, sus pequitas y sus ojos verdes), algo se removió en el interior del viejo forense. *Ella* le hizo recordar lo mucho que le gustaban las mujeres pero, sobre todo, algo en su entrepierna le hizo de repente sentir una suerte de excitación

próxima a la sexual, pero que no lo era exactamente. Su corazón pareció detenerse al verla pasar y saludar a cada uno de ellos en la reunión de las nueve en punto de la mañana, y algo parecido a un leve perfume que emanaba de aquella preciosa y joven mujer le alteró, más si cabe, enrojeciendo sus mejillas por una subida de tensión arterial completamente inesperada.

Turk Robinson la miraba entrar desde el fondo de la sala de reuniones, con gesto torcido (porque así se mira a un nuevo jefe, y más si es mujer), pero sus ojos revelaban que aquella hermosura le causaba una alteración física involuntaria, una simple atracción sexual. La rastreó cual sónar, de arriba abajo, sin cortarse ni un pelo. Le fastidiaba que una mujer fuera un superior. No por ningún menosprecio hacia el género femenino en general, sino porque cualquier comentario que, en caso de ser hecho sin intención, sonara obsceno, sería tomado como prueba de que era un misógino, aunque no lo fuera.

Cuando *Ella* comenzó a hablar, Turk y Sinasias se miraron, y supieron que a ambos les gustaba aquella mujer, pero que ninguno lo admitiría jamás. Su voz era firme, sin acento alguno que delatara origen ni procedencia, y sin embargo una sensualidad natural envolvía las palabras y los movimientos de “la generala”, como inmediatamente fue apodada por Turk... en su mente, claro. Al hablar a todo el personal y presentarse fríamente, como tocaba a su cargo y situación novel, no mostraba nerviosismo alguno y movía levemente las manos como para reafirmar sus palabras, lo cual la hacía parecer inteligente y segura de sí misma.

—En nombre de la Comisaría Local y en el mío propio, gracias por su presencia en esta reunión de presentación. Mi nombre es *Ella Waters Gilmur*. A partir de este momento soy su máxima superior, lo cual es un orgullo para mí. Espero mantener, al menos, el mismo nivel de diligencia, perfección y resultados positivos que el anterior comisario, el Señor Michael Boudelaire, quién, como todos ustedes saben, se mantuvo al frente durante 20 años. Podría recordarles una gran cantidad de intervenciones exitosas durante este largo periodo,

pero se haría interminable y, sinceramente, no me gustan los actos protocolarios. Mi intención es aumentar aún más, si cabe, la resolución de los casos asignados a nuestros equipos. Les animo a consultar conmigo cualquier incidencia, dificultad, falta de recursos materiales y humanos o cualquier consulta o duda que les surja durante el curso de las investigaciones que cada uno de ustedes tengan asignadas. Sé, sin embargo, que hay un caso que se nos está resistiendo. Son demasiadas muertes y muy pocas evidencias que nos lleven a ningún sospechoso, o sospechosos... —*Ella* miró directamente a los ojos de Turk Robinson, y mantuvo su verde mirada hasta que él apartó la suya hacia el suelo... ¿le estaba culpando de que no hubieran resultados en la investigación?

— ¿A quién, si no? Eres el inspector del caso, Turk —comentó con un café en la mano el viejo Sinasias, mientras le daba vueltas en su cabeza a la idea de poder desvelar los nuevos datos e información sobre las responsables de los asesinatos tan extrañamente retorcidos y tan difíciles de realizar para un ser humano.

Él sabía que todo aquello tenía tintes sobrenaturales, pero no tenía una manera razonable o fácil de asimilar para revelarles sus descubrimientos al testarudo del inspector Robinson. La forma de ser torturados todos aquellos cuerpos... sin duda trascendía de toda capacidad física para un asesino común... de uno “simplemente humano”, para decirlo de alguna manera. Y tampoco podía descubrirle a nadie que él mismo, sin ser siquiera un policía de verdad, estaba llevando su propia investigación paralela, utilizando sus escasas artes de necromancia para seguirles la pista al (así lo estimaba él) probable dúo de asesinas. Porque si bien los asesinatos (masacres mejor dicho) más escandalosos habían sido causados, siempre según ocasionales testigos, por una mujer con sus propias manos desnudas, él, por su cuenta, había dado con la causante de los

más extraordinarios escenarios de asesinatos... Los del olor a sangre quemada.

Pero, de momento, tenía que seguir lidiando con la eterna frustración y estrechez de miras de su único y leal compañero.

— ¿Qué coño dices? Mira Sin, ¿no te das cuenta de que viene creyendo que esto es una comisaría de verdad, con policías que no actúan como putas sanguijuelas? ¿No has oído las patrañas que ha tenido la cara de soltar sobre Boudelaire? Hay dos posibilidades, o es una jodida mentirosa, o simplemente una ingenua de tres pares de...

La cara de Turk era de enojo, aunque Sin no entendía exactamente qué era lo que enojaba a su colega, de todo aquello. Simplemente era un nuevo comisario. Nada más. ¡Él era viejo y había pasado por tantos servicios, equipos y jefes que ya ni podía recordar a ciencia cierta sus nombres, sin confundirlos a todos ellos en una suerte de “mare magnum” de nombres y rostros conocidos! Lo normal para un poli era estar siempre dispuesto a seguir las órdenes, nada nuevo había en aquel cambio de jefe de comisaría, a no ser que a Turk le jodiera que un bellezón así le ordenara nada a él.

— ¿Turk Robinson? —la contundente y aséptica voz de la comisaria sonó justo detrás del inspector, interrumpiéndole; sin embargo, no había nada de actitud desagradable hacia su subordinado en su llamada.

Ella Waters estaba detrás del inspector y frente a Sinasias, mirándole con cara sonriente, y se había acercado directamente sin evitar que Ruddenskjrik la viera llegar, pero a éste le pareció divertido que la comisaria escuchara las quejas del inspector. “Una buena forma de romper el hielo”, pensó el doctor, con cierta malicia.

— ¿Eh? —la cara de Turk era un poema, pasando del blanco lapidario al rojo iracundo en segundos, y mirando con mala leche a Sin, por no avisar de que *Ella* llegaba, aunque hubiera sido a través de gestos... ¿Qué menos se le podía pedir a un colega?— Ah, sí, dígame señora...

—Ni de usted ni señora, por favor. Llámame *Ella* —dijo la mujer con un poco de sorna en su mueca—; acompáñame a mi despacho, necesito comentar algunas cosas contigo.

— ¡Ok, *Ella!* — dijo Turk, alargando las “eles” de su nombre, y sonriéndole.

Le gustó la cercanía de la mujer que, aunque mayor que él, tenía un cuerpo perfecto, esbelto, de curvas marcadas, y un aspecto sencillo. Su hermosa cara y su pelo largo y pelirrojo embelesaban al inspector, muy a su pesar. Y su olor: “el perfume que se gasta la tipa, es de aúpa, para resucitar a un muerto”, le dijo Turk a Ruddenskjrik al pasar por su lado para meterse con *Ella* en el despacho.

Ambos se marcharon juntos, y Ruddenskjrik se quedó mirándolos alejarse hacia el despacho de la hermosa mujer. Se imaginó a sí mismo con 30 años menos, y se dijo que jamás hubiera dejado pasar a una mujer así sin probarla, al menos una vez. Y no es que fuera un mujeriego, pero *Ella* le había hecho despertar un deseo que hacía tiempo que no sentía.

Pero el bruto de Turk salió enfadado y rabioso de la reunión tras una hora o más allí dentro. *Ella* le había “invitado” a ampliar su enfoque de miras hacia posibilidades menos comunes, hacia algún grupo o secta ocultista o con fines esotéricos, ya que las opciones más racionales comenzaban a ser auténticos callejones sin salida. Y tras él, la comisaria o generala, se asomó y miró en derredor, como buscando a alguien, y al toparse con Sinasias, alzó su mano en señal de que se acercara a su despacho. Él incluso se sintió aliviado, pensaba que no estaría cerca de *Ella*, y al cruzarse con Turk mientras se dirigía hacia la oficina de la mujer, éste le soltó un impropio en voz baja para que solamente Ruddenskjrik pudiera escucharlo:

— ¡Zorra! Peor que MacNaidry. Acabará como él... ¡Pasando de todo, pero por incompetente, en vez de vaga! —y mientras se cruzaba con el forense hizo una mueca despectiva con su cara, mirándole a los ojos de manera intensa.

Sinasias le sonrió disimulando lo que acababa de escuchar. Y sintió alivio por el hecho de que Turk reaccionara tan mal ante la nueva jefa; le jodería que quisiera ligársela, de algún modo le jodería, aunque él nunca podría tener opciones a *Ella*, por su edad, claro...

Le esperaba en la puerta, sonriente, aunque sólo como muestra de cordialidad. Nada más. Una vez en el despacho, la mujer cerró la puerta y...

—Tome asiento, por favor, doctor Ruddenskjrik... —mientras ella misma se sentaba tras la mesa del pequeño despacho de Comisaria Jefe, con su reluciente nombre recién inscrito en la placa sobre la mesa.

—Sí, sí... claro. ¿Cómo ha comenzado “la cosa” en su nuevo puesto? — Sinasias no sabía cómo comenzar una conversación en la que *Ella* no notara su inquietud, y quiso ser lo más intrascendente posible dado que era lo único que podía hacer, o al menos lo único que se le ocurría en aquel momento. Le fastidiaba un poco que no le ofreciera un trato más cercano, como al mismo Turk, y supuso que se debía a una mezcla de respeto como colega en el mismo campo y a la distancia infranqueable entre al menos dos generaciones de edad—. Espero que Robinson no se haya pasado mucho con usted...

— ¿Robinson? No. ¿Por qué lo dice? Se ha mostrado colaborador y muy atento a todo lo que le he planteado... No sé por qué lo menciona... —y la mujer le miró apoyada en la mesa con su mano derecha en la barbilla, esperando una explicación por parte del doctor.

—Bueno, él es muy tiquismiquis, ya sabe, no le gusta que le digan lo que tiene que hacer en su trabajo, ni cómo hacerlo...

—Pues no me lo pareció, pero vamos a lo que vamos, doctor —comenzó a sacar todos los informes de las autopsias de las muertes del caso de Los Cauces.

—Sí, claro—y removiéndose en su asiento, más por placer que por nerviosismo, la escuchó atentamente. Sinasias se sentía por fin

reconocido por alguien importante en su difícil, arduo y triste trabajo. *Ella* se había estudiado cada una de las autopsias en todos sus detalles, era forense aunque no había llegado a ejercer como tal. Estaba puesta al día respecto a la forma en la que él había determinado las más curiosas de las muertes. La sangre hirviendo en las víctimas había destruido tejidos y órganos, eso además de los destrozos, mutilaciones y esa otra peculiaridad casi imposible: algunos de los cuerpos estaban dados la vuelta sobre sí mismos, a veces dejando toda su estructura interna de cara al exterior, otras sólo con la piel totalmente del revés, como quien se pone una prenda con el exterior hacia dentro...

— ¡Esto es imposible, doctor Ruddenskjrik, y usted lo sabe! La sangre no puede hervir de ninguna manera dentro del torrente sanguíneo... —y dio carpetazo a los informes.

—Lo sé, lo sé... claro que lo sé... pero esto es lo que me encontré. Nada más puedo añadir... —y subiéndolo los hombros la miró ejecutando una tierna mueca infantil de culpabilidad, como si sus descubrimientos médicos hubieran sido puestos ahí, de algún modo, a propósito por él mismo.

Ella sonrió levemente por el humor histriónico del anciano, pero enseguida continuó hablando.

— ¿Y no sería posible que “algo” desconocido esté actuando en estos asesinatos y no “alguien”? O si es alguien el que comete estos crímenes, que utilice, de algún modo, alguna forma de... —*Ella* se levantó de la mesa, se acercó a Sin y se apoyó, con su hermoso trasero, en el tablero junto a la cara perpleja de Ruddenskjrik, que la miraba de cintura para arriba, encogido en su butaca, como un adorador prehistórico a una deidad tallada en piedra. Finalmente suspiró, y luego dijo la palabra como en un sensual susurro, casi como si quisiera convencerle, seducirle— ¿“magia”?

El doctor Ruddenskjrik se la quedó mirando embelesado, sintiendo casi una sensación de peligro, de un sabor excitante, como el de sus enfrentamientos con las peligrosas brujas iraníes durante su

juventud, muy lejanos ya en su memoria... Pero repasando los ya más de tres meses de extraños asesinatos reflejados al detalle en los informes (que salvo su propio compañero nadie se había venido molestando en estudiar), reconoció que el plantearse una solución sobrenatural podía muy fácilmente caber en las reflexiones de una persona inteligente y no tan tozuda como Turk Robinson.

—Pues... Como habrá visto, si en verdad los ha estado revisando... No es para nada algo que yo insinúe... —empezó a explicar como quitándose de encima el muerto, no sabiendo aún decidir si la comisaria tanteaba su nivel de senilidad o si realmente se planteaba una fuerza suprenatural en todo ello.

—Lo sé, doctor Ruddenskjrik, puede relajarse... En confianza, le confesaré que no es la primera vez que intento resolver un caso semejante, de connotaciones casi sobrenaturales...

— ¿Ha visto esto antes? —la interrumpió Ruddenskjrik con cierta emoción, pero al mismo tiempo dándole un tono severo a la pregunta, como haciendo ver que era un hombre de ciencia, totalmente escéptico.

—No era como esto, doctor, en absoluto... Cuando era novata en el cuerpo del sheriff de mi localidad, muy lejos de aquí, fui de refuerzo al escenario de muchos crímenes relacionados con la licuación de órganos y huesos...

— ¿Licuación ha dicho? —volvió a interrumpirla Sinasias, esta vez realmente confundido, pensando que sacaría a relucir algo más próximo o similar al caso de Los Cauces.

—Si... —*Ella* removió su trasero sobre la mesa, como inquieta por los recuerdos—. Las autopsias demostraron que parte del cuerpo de las víctimas habían sido sometidas a algo parecido a unas variaciones exageradas de la presión, de una manera selectiva, normalmente buscándose su mutilación o la destrucción de los órganos vitales, casi como si alguien dispusiera de un arma de variación de la atmósfera, pero de una forma direccional... ¿qué le parece eso?

—Suenan a auténtica locura... —el doctor bajó la mirada un momento, negando con la cabeza, y volvió a mirarla a los ojos de inmediato, enarcando sus finas y blancas cejas—. Es sólo una expresión, ¿eh? Me imagino que las pruebas eran sólidas...

—Sí, lo eran. Fue un caso que nunca se resolvió, no tuvimos nunca ni siquiera un indicio de sospecha sobre la identidad del responsable de los asesinatos... si es que realmente eran eso. Y, para ser sincera, aunque hubiéramos dado con el culpable, ni siquiera sé si se le hubiéramos podido acusar de algo... de manera fehaciente, comprobable, me refiero. Pero lo que sí sé, es que aquel caso era antinatural, o sobrenatural, dígalos como quiera, y de haber estado al mando, habría abierto bastante las vías de investigación, pero sólo estaba de ayudante en prácticas del cansado y superado forense que allí teníamos... —*Ella* levantó ambas manos a la vez, como señalando la situación misma en que se encontraba en ese momento—. Esta vez no quiero dejar ninguna teoría sin explorar...

—Si ha estado leyéndose mis informes y me dice todo esto, es que algo tiene usted en mente... —la animó a seguir Ruddenskjrik, sintiéndose incapaz de reprimir una especie de hormigueo latente sobre los testículos, teniéndola tan cerca, tan excelsa y segura, tan bonita.

—En los periódicos se filtró que en uno de los escenarios se encontró pintarrajeado en el suelo, con sangre humana, “Los Cauces de los Ríos de la Sangre anegarán la Tierra, y por el Mar Carmesí, en una nave en llamas, arribará Gozer, el Viajante”...

—Sí, eso es verdad... el inspector Robinson no quiso que se tomaran fotos, para que no se produjera un brote de pánico a las sectas satánicas o algo parecido, como ya ocurrió en otros estados hace unos años...

—Pero eso no impidió que la misma información se filtrase a la prensa...

—Claro... ¡Vamos, comisaria, ya sabe cómo es esto...! No puede responsabilizarnos...

—No es esa mi intención, doctor, de verdad... —defendió *Ella* levantando una mano para detener sus explicaciones—. Simplemente, quiero saber si, siendo usted tan inteligente y metodoso, no tendrá alguna idea de a lo que dirigen esas palabras... Porque yo sí.

—¿Qué? —quiso saber Ruddenskjrik, inclinándose de verdadera curiosidad, al punto de que su nariz se acercó a escasos centímetros de su muslo izquierdo, por un instante. Imaginó el sabor y textura de la joven y tersa piel bajo la tela vaquera... Perfecto, estaba a punto de tener una erección incontenible, y hacía años que no recordaba ni el recuerdo de tener una, ¡no entendía a su propio cuerpo!—. ¡¿Usted?! ¡¿Usted qué sabe...?!

—Vaya, doctor Ruddenskjrik, no es casualidad que me hayan puesto con esta celeridad al mando... —le empezó a responder bajando la voz y tañéndola de una cierta candidez, algo impropia para la situación y el discurso—. Llevo tiempo siguiendo muy de cerca este caso, el de Los Cauces, así como el orden de las cosas en esta comisaría. Verá, ha habido presiones al alcalde para que se empiecen a limpiar, primero moderadamente, las comisarías más grandes de la ciudad. Estoy aquí para acabar con la corrupción sistemática, y también para poner punto y final a estos asesinatos, que están dando una malísima imagen de la ciudad.

—Presiones... ¿por parte de quiénes?

—No lo sé, pero imagínese... grandes empresarios, grandes propietarios, quizá grupos u asociaciones de indignados ciudadanos... El caso es que investigué sobre ese nombre, el tal Gozer... y al parecer es una deidad antigua, muy antigua, pero real... Real el culto, quiero decir, no me atrevo a asegurar nada más —se excusó con una sonrisa, levantándose de la mesa y poniéndole el culo en la cara a Ruddenskjrik al volverse y empezar a rodear la mesa para sentarse en su lugar—. Justo antes de que me mandaran presentarme aquí, ayer mismo, tenía pensado ir a esta dirección. Es la de una vieja librería, donde según el registro histórico nacional existe el único ejemplar que hace alguna referencia a Gozer el Viajante; bastante lejos de aquí,

por eso no he tenido el tiempo de comprobarlo yo misma... Ya sabe, todo lo que tenía que preparar para mi llegada de hoy... —le alcanzó a Ruddenskjrik una pequeña nota blanca con un número de teléfono y la referida dirección, arrastrándola sobre la mesa bajo las yemas de sus dedos índice y corazón—. Por lo poco que sé, es un libro sobre mitos y ocultismo, Tomo Oscuro, se llama... Parece ser que es un ejemplar único, y que está relacionado con invocaciones a seres o dioses antiguos que incidirían en nuestra realidad a través de teóricas puertas energéticas. Supongo que su propósito sería el de invocar a estos seres a través de conjuros con el propósito de dañar a alguien, asesinarlo... Quizá, aunque este caso finalmente no tenga nada de sobrenatural, en él hallemos algún indicio de a dónde cree que se dirige el asesino con todo esto, con su solitario culto a Gozer...

Ruddenskjrik recogió y observó con detenimiento la nota, el nombre de la librería, como si mostrara algo de reticencia a todo lo que le decía su nueva jefa, pero en realidad estaba sopesando desvelarle a *Ella* todo lo que en verdad sabía sobre el caso. Como que eran dos las asesinas, y que de hecho, al menos una de ellas, sí que poseía poderes de naturaleza esotérica... Pero, por mucho que la mujer le atrajera y le estuviera causando tan buenas impresiones, no la conocía de nada, y quizá inmiscuirla en su escaramuza secreta no haría más que confundirla y hacerla equivocarse en sus primeras decisiones como jefa del departamento, llegando incluso a ponerse ella misma en peligro, en el peor de los casos. No, no le diría nada.

—¿Quiere que vaya yo mismo a buscar el libro éste? —preguntó Sinasias, fingiendo un cierto desinterés.

—No, hombre, envíe a cualquier agente, quien peor le caiga... De usted sólo espero que lo pueda analizar del mismo modo que yo lo haría, y que comparta conmigo sus conclusiones.

—Me pondré a ello de inmediato... —repuso Ruddenskjrik suspirando mientras se ponía en pie.

—Perfecto, me alegro de que esté usted colaborando tan activamente en este caso, doctor Ruddenskjrik... Sé de sobra, pese a

todo lo que dije hace un rato, en la sala de reuniones, que esta comisaría es un nido de ratas, y que los únicos que hacen su trabajo son el inspector Robinson y usted mismo, que se extralimita bastante de sus funciones en pos de la resolución del caso, y personalmente se lo agradezco... —le sonrió y miró intensamente, sonriendo, para añadir: —. Pero, por favor, descanse, empiece con todo esto mañana, si quiere; si fuera algo de vida o muerte, yo misma hubiera corrido a buscarlo...

—No se preocupe, comisaria, tengo más tiempo que el resto, y apenas duermo, en realidad soy un viejo insomne —dobló con cuidado la nota garabateada con la letra sinuosa pero clara de *Ella* y se la guardó en el bolsillo interior de la pechera izquierda de su americana—. Además, estoy muy contento de su llegada, y de su actitud ante nuestro caso. Me temía que me pidiera dedicarme exclusivamente a las labores propias de mi puesto... ¡no vea cómo me anima ver que confía en mí!

—Todos deberían tomar ejemplo de usted y el inspector Robinson, doctor Ruddenskjrik... —reconoció la comisaria, reclinándose con suavidad en su nuevo pero muy usado sillón, como si con ese gesto y declaración, ultimara su toma de poder—. Soy yo la que les agradece a ambos su disposición, sobre todo tal y como están las cosas en esta ciudad... Pero juntos, las cambiaremos. Poco a poco.

— Por supuesto... Bien, pues vamos a ello...— y se volvió para marcharse, no sin antes inhalar profundamente el dulce olor que la mujer dejaba impregnado en el ambiente.

Turk Robinson se descojonó de él en su cara.

— ¿Pero qué mierdas te ha contado “la generala” para convencerte de que esto tiene que ver con el puto más allá? —le increpó con risa irónica y un café frío en su mano derecha.

—Mira, hace tiempo que vengo pensando en este tipo de posibilidades, Turk —empezó a explicarse el doctor. Realmente, la actitud de la nueva comisaria le brindaba la ocasión de mostrarse más honesto y abierto con su compañero. Y, quizá, tenerle más informado le permitiera evitar cierta clase de peligros más adelante, sobre todo si, como parecía, toda la parte sobrenatural del caso acababa por alcanzar a todos, antes o después—. Los cuerpos hablan, y los cuerpos me dicen que algo extraño está pasando, Turk. Tú mismo ya lo sabes, no hace falta ser médico para verlo, ¿verdad que no? Imagínate cómo me siento yo, que no encuentro manera científica de explicar nada de lo que nos encontramos. Porque un hombre... un hombre no puede hacer esto con sus manos. Y, bueno, no creo que esté de más abrir otras líneas de investigación...

Sonaba convincente. Sinasias quería además suavizar la impresión de Robinson acerca de la nueva comisaria, y hacerle ver que la lógica acerca de lo ilógico le daba a *Ella Waters* cierta credibilidad, la creía la mejor de las maneras. Pero Turk era escéptico, y pese a su juventud y breve carrera como policía, estaba muy quemado, cansado de corruptos e incompetentes.

—Mira Sin, te ha comido el tarro. Las personas matan, descuartizan, rebanan, hacen picadillo, sodomizan, pervierten, destripan, dan la vuelta a la carne, hierven la sangre... todo, todo lo que aparece en un crimen es obra de personas. ¿Qué cojones haces perdiendo el tiempo en chorradas, en supercherías y gilipollices de otras dimensiones? No entiendo nada, tío —de repente Turk suspiró, cerrando por un par de segundos los ojos, como si la mirada le pesara—. A mí me preguntó por la esfera.

—¿La esfera? —Sinasias se sintió muy confuso, pero algo como un percutor sometido a una altísima tensión se disparó en su cerebro.

—La esfera, como te lo digo. Me habló de un caso de hace dos décadas, ¡cuando te llamó a ti pensaba que quería hablarte de ello! —Turk se mostraba realmente incrédulo al ver en la cara de Ruddenskjrik una expresión de sorpresa que nunca le había visto

antes—. Ya veo que no te dijo nada, pero sabes de qué hablo, ¿no? En el informe pericial acerca de la puta bola, como prueba, aparece tu nombre, tu firma...

—Sí... claro. Lo del tipo de la esfera parlanchina, sí... sí.

—Exacto... eso es algo que a mí me pilló en pañales, y creo que a ella también, pero casi una hora me ha estado hablando de ese caso, como si ella misma lo hubiera llevado, en su día... —explicaba totalmente acelerado Turk, susurrando con furia las palabras—. Bien, pues “la generala” cree que hay una relación, y quiere que investigue si hay conexiones entre ambos casos—, y Turk se encogía de hombros y meneaba su cabeza de lado a lado expresando incredulidad ante lo que él mismo había escuchado de boca de *Ella* —. Para empezar, quiere que hable con el pirado que mató a su mujer. Yo le dije que ni estaría vivo a estas alturas, pero me dijo que sí, que ya se ocupó ella de comprobarlo. El hombre tiene como setenta años, y aún vive, encerrado en un psiquiátrico a las afueras del distrito 43. Me ha dado la dirección y espera que vaya cuanto antes a... “entrevistarle” —concluyó Turk haciendo el gesto de las comillas con dos dedos de la misma mano con la que sujetaba el pequeño vaso de café.

— ¡Puff! Eso no lo esperaba —exclamó Ruddenskjrik, sin saber qué otra cosa decir, rascándose la sien derecha con el dedo índice.

— ¡Para mí, que está como una puta cabra, Sin!

—No sé... ¿y no te explicó el porqué de la conexión?

— ¡Bah! Bobadas en plan... que la esfera había sido sustraída del depósito en aquel entonces, que si podría tener propiedades que nadie ha investigado y que quizá fuera cierto algo de lo que aquel tipo declaró entonces... ¡Coño, putas locuras! No tiene sentido nada de esto. Está chiflada, y nos hará perder nuestro tiempo.

—Sólo era una esfera de un material indeterminado, parecía algún tipo de carbón... Pero el caso se cerró rápido, y la esfera pasó a

almacenarse con otras pruebas, ¡me olvidé rápido de ella! En fin... ¿Y qué le dijiste?

—Me quedé tan pillado que le dije que sí a todo, porque pensé, para mis adentros, “como se me ocurra llevarle la contraria, ésta me saca un puto machete y me degüella...” —y se notaba que Turk lo creía en serio.

Sin, lo miraba incrédulo pero no dijo nada. Era mejor dejar pasar la situación y cada uno hacer lo que pensara que era mejor para el caso. Además, no quería enfrentarse a Turk Robinson. Era un tipo de modales agresivos e impertinentes y no quería tener una bronca con él, y menos por *Ella*. Tendría que dejar de lado su pretensión de acercar posturas... de momento.

—Bueno Turk, voy a hacer unas llamadas. Luego nos vemos por aquí.

El inspector le miró como si le fuera a preguntar por lo que le pasaba por la mente al viejo forense, pero tampoco lo quería saber en realidad; estaba bastante frustrado con las pretensiones de la nueva jefa... por lo que se despidió de él con un simple:

—Vale... — y se tomó el café amargo y frío de un trago, observando cómo Ruddenskjrik desaparecía de su vista.

Y de su vida.

El coche de Sin, había sido hallado en muy malas condiciones. Ni rastro del forense. Hacía dos días que nadie sabía nada de él, y rastrearon su teléfono. El último en verlo había sido el propio Turk, al salir del despacho de *Ella Waters* o “la generala”. Sólo tenían una pista: una llamada a una librería cerrada hacía más de diez años. Y por supuesto el número de teléfono al que el forense había llamado no existía desde que fue cerrado el negocio. Lo demás, irrelevante. El coche estaba aparcado justo enfrente de aquel negocio destartalado y

cerrado. La dueña, una tal Vera Stevens, había desaparecido justo hacía 10 años. Nadie supo nunca cómo, pero no regresó de la librería a su casa, un diez de septiembre.

Vivía en una casa adosada, por lo que sus vecinos dieron rápidamente la voz de alarma. Era una mujer afable, y Marian, la vecina de al lado, la visitaba a diario para llevarle algunas cosas de la compra que ella, debido a que su trabajo implicaba estar en la librería todo el día, no podía hacer. Marian llamó a la policía. Se investigó durante más de un año. No había signos de violencia, no había ninguna pista que indicara que no se había marchado por propia voluntad. Sus padres habían desaparecido en similares circunstancias, hacía años. Sólo le dejaron el negocio, y ella sola tuvo que hacerse cargo de la librería. Nunca había querido dedicarse al negocio familiar. Tenía otras aspiraciones, pero no le quedó más remedio que mantener el negocio para sobrevivir. Y así, durante más de 22 años, estuvo llevando la librería que antes llevaban ambos padres.

Se comentaron infinidad de historias extrañas y macabras. Todas ellas relacionadas con un supuesto libro de brujerías, encantos y mitologías oscuras y antiguas que sus padres adquirieron, custodiaron y estudiaron como si de un tesoro se tratara. Ahí vino su desgracia. Y sin embargo, nadie había visto el libro hasta el día de la desaparición de los padres de Vera. Ella recuperó el Tomo Oscuro, la policía no halló relación directa alguna con la desaparición de sus padres. Vera guardó el libro.

Años después confesó a Marian y a otras amistades que creía que aquel libro era el causante de la desaparición de sus progenitores y que lo investigaba concienzudamente. Había hallado distintas secciones en el mismo. Por un lado habían ensalmos y conjuros para realizar todo tipo de acciones e influencias malignas sobre otras personas, otra parte central en la que ya no eran actos de magia negra, sino conjuros para invocar a un antiguo dios o ser inmaterial antiquísimo: Volguus Zildrohar.

Éste actuaba, al parecer, sobre el dueño del libro, convirtiéndole en una especie de esclavo, al realizar ciertos actos rituales e invocar a su señor. La persona acababa convertida en un ser espectral, quizá con algunos rasgos humanos, pero que fundamentalmente tenían la capacidad de viajar entre las dimensiones paralelas del espacio con el objetivo de buscar una entrada a este mundo para su amo. Eran seis, los esclavos que Volguus necesitaba. Y según Vera, sus padres habían entrado a formar parte de este maligno séquito. Conformaban un ejército tenebroso al que solamente le faltaba un miembro. El sexto miembro, y se necesitaba una sexta vez, una penúltima invocación, para obtener a **los seis** que, unidos, buscarían a un séptimo hombre; éste serviría como puerta de entrada a nuestro universo de ese terrible ser: dios y verdugo, que sometería a los hombres a su voluntad.

La tercera parte del libro, hablaba sobre Amot. El Dios Único, inmóvil y perfecto, que se representaba como una esfera negra. Había unas cuantas descripciones de la esfera en el libro. Se decía que estaba compuesta de materia desconocida u oscura y que era todopoderosa. Amot no requería de conjuros para actuar a voluntad en el mundo, aunque pocas veces lo hacía. Y su descendiente, Volguus Zildrohar, codiciaba esa potencialidad total y absoluta, pues quería reinar en este mundo sin necesidad de ser invocado, sin necesidad de portales o de humanos que tuvieran que realizar acciones por él. Esta esfera podía crear vida de la nada, podía realizar acciones sobre la materia y cambiar realidades sin que nadie fuera consciente de ello, ni siquiera el mismísimo Volguus. Sin embargo, las pocas veces que **la esfera**, había sido observada o poseída por algún humano, éste había acabado completamente loco. Demasiada energía para estar cerca de los hombres. Sólo habían sido registrados unos cuantos avistamientos de la esfera a lo largo de la historia de la humanidad.

Pero nadie hizo caso a esta pobre y solitaria mujer. Y ella prosiguió, sin más, durante largos años, abriendo puntualmente su negocio y estudiando el Tomo Oscuro, hasta su desaparición.

Vera Stevens, contó todo esto a Marian, que por años de trato se había llegado a convertir para ella en una verdadera amiga, y ésta, en

cambio, pensó que su vecina andaba medio trastornada por la extraña desaparición de sus padres y por la influencia de aquel misterioso y macabro libro que tenía, de por sí, “*mala pinta*”.

Esto es lo que le pudo decir, Marian Suárez, la vecina de Vera Stevens, al inspector Turk Robinson, diez años después de la desaparición de Vera, cuando éste se presentó en su casa para esclarecer alguna pista sobre una nueva desaparición, en extrañas circunstancias, la de Sinasias Ruddenskjrik. Su amigo Sin.

Turk creyó marearse al escucharla. Nada de todo aquello aparecía en los informes de investigación en el caso de la desaparición de Vera. Y, seguramente con razón, porque ningún inspector en su sano juicio daría por buena ninguna explicación sobrenatural de una desaparición. Todos los informes tenían que ver con hábitos de la mujer, personas conocidas, problemas económicos, enfermedades psiquiátricas, animadversiones hacia sus padres venidas del mundo de las subastas de libros valiosos. Pero no se encontró nada que explicara la desaparición de Vera, así como la de sus padres, años antes. Todo era un misterio. Ambos casos archivados sin resolver.

Turk volvió a la comisaría dispuesto a poner patas arriba todo el sistema policial si era necesario, iría a por *Ella Waters*. Primero quería saber qué es lo que le mandó investigar y porqué a él, porque siendo el forense del caso no tenía que realizar investigaciones fuera del campo de la medicina. Era cierto que, desde hacía meses el doctor se había estado pateando con él las calles, como un detective más, pero... ¡había sido una negligencia imperdonable como superiora, y aprovecharía el momento para hacérselo pagar!

Su grito llamando a *Ella Waters* al regresar a la comisaría, recordó a Jack llamando a Wendy en *El Resplandor*. Y más de uno en la oficina y en los equipos que andaban por allí trabajando, se apartaron al verle entrar en tal estado de enajenación emocional. Turk daba miedo.

Carl tuvo que ponerse delante de él, y Turk estuvo a punto de tumbarlo de un empujón de no ser porque sus palabras fueron estas:

— ¡No está!

— ¿Qué cojones dices? —El inspector estaba rojo de ira. Una tensión física recorría sus músculos. Nadie sabía de lo que era capaz Turk en estas condiciones—. ¡Mientes! ¡Déjame pasar o te reviento...! ¡Esta tipa ha mandado a Sin a una trampa mortal! ¡Ellaaaaa...! —y continuaba en modo Jack, sacando su cabeza entre los hombros de Carl en dirección al despacho de la jefa.

— ¡Que no está, cojones ya! —y el grandote de Carl, le metió un empujón hacia atrás que lo hizo estamparse contra una mesa, tirando el ordenador que había sobre ella al suelo.

Turk se le quedó mirando. Levantándose del suelo con parsimonia, miró alrededor y en un tono más calmado, levantando ambas manos en señal de disculpa, insistió.

— ¿Y dónde coño esta? —babeó Turk la cara de Carl, pegando su nariz a la de éste con gesto furioso. No aguantaba a los pelotas, comeculos de los jefes. Y menos de esa tipa que había metido en un lío cojonudo a Ruddenskjrik, su único colega desde que comenzó en este caso extraño y retorcido.

—Se fue a la escena de la desaparición de Sinasias. A la librería Sally's Closet. Se llevó a John y a Max con ella.

— ¡Jooder, si vengo de allí! ¡Acabo de venir de esa puta ciudad de mierda! —y se cogió la cabeza con las manos. Comenzaba a tener un terrible dolor que le subía desde la zona occipital hacia adelante y le presionaba en las sienes.

—Mira Turk, sé que te importa lo que le haya pasado al doctor... ¡como se diga!, pero a ver si crees que a *Ella* no... creo que esto es un signo de que algo de razón tenía. A ver si me comprendes... Cálmate, coño. Si quieres le digo por radio que vas para allá.

—No... no. Me voy a casa. Tengo que descansar unas horas... si hay algo nuevo me avisáis—, y señalándole con el dedo, como increpándole, se marchó con aspecto cansado y andares poco firmes.

Repentinamente, la oscuridad fue agolpándose sobre él. Al volverse un segundo hacia atrás, Ruddenskjrik vio la linterna dando vueltas en el suelo... pero unos segundos nada más, porque inmediatamente todo se hizo negro, como el carbón más negro. Hasta el punto que se podía respirar oscuridad. Una voz que provenía de delante, al fondo de la gruta, y que parecía como un enjambre de abejas distorsionado y metálico se escuchaba decir repetidamente:

— Volguus Zildrohar, el Viajante, ha venido.

Entonces, Sinasias, se volvió hacia la voz múltiple y flotante. Pensó que venía de la esfera negra. Sabía que algo demoníaco se había apoderado de la situación. Él no controlaba nada, estaba siendo manipulado por fuerzas superiores e imposibles cuya intención, si es que la tenía, no podía si quiera llegar a imaginar en su mente de simple mortal. El libro en su mano izquierda estaba caliente y los símbolos en color rojo oscuro como la sangre se distinguían perfectamente. Y allí delante, percibió algo. Algo con entidad física le observaba, pero no se veía nada moverse ¿Era la esfera? El enjambre seguía con un cántico casi ultrasónico llenando el vacío de luz con su desagradable sonido.

— ¿Quién anda ahí? —Siniasias dijo algo completamente ridículo para el caso. Sabía que no tenía sentido preguntar por quién o quiénes estaban allí, en aquella gruta fría y oscura. Pero fue lo único que se le ocurrió decir por la ansiedad que tenía.

— ¡Abre el Libro! —fue lo único que pudo escuchar.

La voz era múltiple pero acompasada, cosa que él no esperaba. Sintió que una presencia se aproximaba en la oscuridad. No veía nada. Nada. Unas manos comenzaron a tocar su cuerpo, su rostro... y el miedo le encogió el corazón y el alma.

Pudo ver multitud de ojos rojos a su alrededor. Aquellas criaturas de la entrada, aquellos engendros repelentes, lo rodeaban. Y uno de

ellos le habló al oído en un susurro espectral, como una voz imposible, gutural, chirriante, perteneciente a algún ser maligno:

—Eres el séptimo hombre. Lee en voz alta. Volguus Zildrohar se acerca...

—¿Quién eres? — y acojonado, casi se hizo pis encima cuando escuchó la voz en su oído, con aliento pútrido, decir:

—Llámame Vera...

Sinasia obedeció al instante, comenzaba a darse cuenta de que su voluntad estaba siendo anulada. Su entero brazo izquierdo le ardía, y su cuerpo había dejado de responderle. Sentía que su espíritu y valor se consumían en una áspera brasa bajo su axila. Los cánticos seguían, y se descubrió abriendo el libro por el centro. Las letras garabateadas por una mano anónima eran rojas y se veían en la oscuridad. Con voz grave comenzó la lectura de aquellas palabras que se iluminaban conforme iba siguiendo con sus ojos lo que estaba escrito en aquel ensalmo:

—Yo te conjuro, Gran Volguus Zildrohar, para que penetres en el mundo y reines en él sobre los hombres. Te conjuro para hacerte poseedor de los poderes supremos de Amot. En su nombre y por Él, actuarás esclavizando a todo ser viviente sobre la Tierra. Todo lo vivo y fértil perecerá a tu paso... Junto con los seis, que son tus siervos, y yo, *el séptimo* siervo, me encomiendo a ti. Ahora vendrás a mí, y en la hora de nuestra muerte y resurrección en la nueva vida seremos uno contigo. La oscuridad será eterna, y tú, el todopoderoso...

Cuando iba a terminar aquellos párrafos, un golpe seco en su cabeza le interrumpió bruscamente haciéndole perder el conocimiento. Ruddenskjrik se desplomó en el suelo de un lugar oscuro, rodeado de seres demoníacos. Nadie sabía dónde se encontraba...

Hacía dos días que no sabían nada de él. Pero el tiempo allí adentro era otro. El libro se le cayó de las manos y se apagó su fulgor

bruscamente. Un grito horrendo se escuchó en la gruta. Miles de almas parecían ser torturadas a un mismo tiempo.

Pero Sinasias esto ya no pudo vivirlo.

La esfera interrumpió su invocación haciendo manifestarse a una mujer cuyo cuerpo entero parecía compuesto de lava ardiente. Los seres empezaron a sentir sus fuerzas vitales oscuras vibrar dentro de sí, al punto de que su roja carne rebosaba entre el vidrio negro y espinoso de sus pieles como una plastilina derretida. Sus formas se retorcían a la luz del intenso fulgor de la bella y roja piel brillante de Álex, la autoproclamada ante el mismo Ruddenskjrik como Maestra de las Llaves durante su casual encontronazo de un par de semanas antes...

Amot había intervenido, y su plan no era, ni mucho menos, dejar que su odiado hijo reinara en el mundo.

Al menos por el momento...

Turk Robinson se largó a su casa completamente desconcertado, sus ideas bailaban en su cerebro aturdido de manera aleatoria pasando, a través de imágenes, desde Sinasias muerto a palos tras ser asaltado, en algún callejón, hasta a la idea de estar retenido por una secta ocultista que lo utilizaría para sus rituales de misas negras. Estaba saturado de información contradictoria que incluso podría volver majareta al más cuerdo de los inspectores de la comisaria. Era hombre de acción, aunque siempre dejaba momentos en los que, con un buen caldo en su copa, ponía en orden sus impresiones y decidía el rumbo de las investigaciones.

Llegó a casa. Quiso dormir y no pudo. Bebió una copa de whisky añejo, solo y sin hielo:

— ¡Nada de mariconadas! —se dijo en voz alta— ¡¿Cómo coño voy a dejarle tirado de esta forma?! Es el único con el que podría

resolver el caso... El caso... o más bien los casos. Debo ser sensato, y atar cabos... Sinasias mandado por la *Waters* a buscar un libro de ensalmos o brujería, y a mí me come la bola con la bola parlanchina... algo no anda bien en todo esto, lo sé.

Turk se tocaba la cabeza para calmar su dolor y tensión psíquica. Su barba de tres días y su incipiente delgadez, le hacían parecer un pobre desgraciado insomne, que es lo que era... como buen policía. Creía que algo fallaba en todo aquello, pero no sabía cómo conectar los casos, ni siquiera estaba seguro de que los asesinatos de Los Cauces fueran producto de un solo asesino o de una organización criminal ocultista y ritualista. Nada hacía que pudiera decantarse por una opción u otra. ¿Qué tienen en común? Hasta ahora, nada. Sólo tienen en común la conexión que *Ella Waters Gilmur* dice que existe entre ellos. ¡*Ella Waters Gilmur!*

“¿Será hija de...? Sin es el único que pensó en un origen sobrenatural de los asesinatos, avalado por sus autopsias, sé de sobra que se puso a investigar por su cuenta, aunque él piense que no me entero de nada... y por eso mismo le dio crédito a todas las majaderías de la tipa... ¡Ella le mandó, sabiendo lo que le pasaría! ¡No busca la resolución del caso, busca deshacerse del único miembro del equipo, y de toda la comisaría, que creía que algo más que humano, fuerzas sobrenaturales, estaban implicadas en las muertes! ¿Por qué si no le mandó a una librería que andaba cerrada desde hacía tanto tiempo? Porque no me creo que eso ella no lo supiera... ¿Ha sido una trampa para el palurdo de Ruddenskjrik, habrá sido hipnotizado por la belleza y sensualidad de la jefa? Bueno, eso no encaja con él...”, pensaba Turk, a solas, incrustado en su sillón y dándole vueltas al vaso vacío entre sus dedos, con las sienas retumbándole y planteándose el rellenarlo. Reconocía que su paranoia y el rencor injustificado hacia “la generala” estaba dirigiendo sus pensamientos de una forma un tanto irracional, pero al mismo tiempo sentía que había una certeza en todo ello... fuera la que fuera.

En aquella vieja y abandonada librería no parecía que nadie hubiera entrado desde hacía tiempo, y por eso y porque el Chrysler

del forense aparecía destartalado y saqueado, Turk había supuesto que unos simples maleantes de barrio lo habrían asaltado, con funesto destino para Ruddenskjrik, al cruzarse casualmente con ellos. Pero ahora... Comenzaba a pensar que no era así, comenzaba a barruntar otras opciones.

— ¡Bien, vamos a estudiar, Turk!

Sin moverse de su casa, con su terminal, indagó a través del servidor de la policía y del FBI todo lo relacionado con Vera Stevens, y ahí estaba, ante sus narices. De nuevo se repetía una y otra vez la misma idea: un libro llamado Tomo Oscuro, de brujería (decían algunos), de ocultismo (creían otros), de mitología arcana sobre dioses antiguos (decían los eruditos), de putos chiflados (decía Turk Robinson)...

La única conexión entre los padres desaparecidos, Vera, Sinasias, el caso de los Cauces, la bola (esto él lo ponía en duda, pero era un dato que había salido a la luz y no podía descartarlo en absoluto, debía ser exquisito en sus deducciones) y *Ella* era ese libro, y quizás era lo que “la generala” buscaba, obtener el libro. Porque, aunque no se había interesado en absoluto por los detalles, estaba claro que la aparición de una novata sustituyendo al viejo y corrupto Michael Boudelaire precisamente en aquellos momentos era algo no sólo sorprendente, si no además impensable. ¿Qué coño podía estar pasando para que las sanguijuelas con mayor poder de la ciudad, en especial el mismo viejo comisario, cedieran el control de la segunda comisaría más importante de la ciudad a aquella... auténtica advenediza, aquella inútil?

Revisando por encima los detalles oficiales del currículum “online” de *Ella Waters*, parecía que la tipa había sacado adelante una meteórica carrera a base de trabajo constante y muy consecutivos éxitos, resultando ascendida muy rápidamente en los cuerpos policiales rurales... Pero todo eso no daba para poder siquiera especular con cuál era la clase de respaldo que se necesitaba para acabar de la noche a la mañana colocada en su misma comisaría, por

mucho que el tema de Los Cauces apremiara presión por la opinión pública...

Suspiró y se levantó quitándose su terminal de sobre las rodillas. Necesitaba otro trago, definitivamente. Todo lo que tenía que ver con “la generala” le tenía hasta los huevos. Iría de nuevo a la librería en busca de *Ella*, pero antes tenía que saber qué había sido de la esfera negra parlanchina...

En la comisaría, sus colegas, al verle entrar tan pronto (hacía dos horas que se había marchado y cuando Turk hacía esto no aparecía, como mínimo, hasta el día siguiente) rápidamente le interrogaron. Él contestó con la recíproca:

— ¿Qué haces aquí de nuevo Turk? —le espetó Carl con cara de fastidio y poniéndose en pie para ver si el inspector tenía ganas de revancha por el empujón tan feo que le había propinado.

— ¡Eso digo yo, cabrón! ¿Qué haces tú aquí?

— ¿Eh? —Se quedó sorprendido mirándole pasar de su cara, y seguir recto hacia el depósito de pruebas de la comisaria, en el sótano.

Aquel andrajoso poli del depósito que tiempo antes había dejado que el supervisor de administración Knightingale se llevara la esfera por 200 dólares ya no trabajaba allí, había sido trasladado a otra comisaría local de un barrio marginal, San Crisóforo, hacía ya casi un año. ¿Quién podía acordarse de aquella esfera?

El encargado buscó en los documentos y, efectivamente, estaba registrada su llegada, pero no su salida. Nadie se había preocupado por eso, y aunque era grave que los objetos desaparecieran del depósito de pruebas, aquel artefacto era irrelevante para la resolución de un caso tan simple y claro: un loco que mata a su mujer porque no la aguanta y le echa la culpa a otra cosa, en este caso a la esfera... Era casi de risa si no fuera porque había muertes como consecuencia de estas locuras esquizoides.

Pero nadie sabía que Knightingale, el administrativo que se dedicaba a reparar los programas informáticos en la comisaría, se la

había llevado, así como tampoco nadie podía sospechar las terribles consecuencias que este acto había desencadenado...

Página 19, Tomo Oscuro

~A~ Él, que es el centro del gran círculo de lo existente, no ha intervenido a lo largo de la historia del mundo, en los asuntos menores de los hombres, ni de los semidioses:

sus hijos e hijas.

Pero ésta intromisión de Volguus Zildrohar, a través del Libro Sagrada, será un asunto de la mayor importancia.

Supondrá revivir una lucha antigua, la del hijo de la envidia contra el padre y su poder.

Amot el impasible, el perfecto, el inmutable, el absoluto e inmóvil, el todopoderoso, ha sido molestado.

A Él, el mundo de los hombres no le perturbaba, ni le influía en su quietud y equilibrio infinito.

Pero a través de este mundo, Volguus Zildrohar, Gozer, quiere imponer su voluntad sobre el padre y optar a reinar la Tierra ... y desde ella, el universo entero.

Amot deberá impedirlo, por su propio bien, y el de sus otras hijos e hijas.

Envía pues Amot a sus dos hijas, la Maestra de las seis Llaves de Gozer y la Guardiana de la Puerta, a resolver el "asunto" por

Él ~ ~A

Ella Waters hizo que tiraran el muro hueco que tapaba el angosto paso que, al fondo de la librería estrecha y oscura, impedía la entrada a la profunda cueva. Una cuadrilla de obreros fue llevada “ad hoc” para tal menester. Tardaron un par de horas, nada más, en tirar abajo aquel muro superpuesto y frágil, al fondo de la librería. Mientras, *Ella* observaba, junto con los dos compañeros que se había traído con ella hasta allí, cómo se venía abajo aquel muro. Parecía abstraída, y miraba cada cierto tiempo hacia el techo, como si algo le llamara la atención. Los dos policías, Max y John, hablaban entre sí sobre toda aquella locura.

Max era un hombre bajito, calvo y cincuentón, que se había hecho policía hacía unos 30 años por aquello de tener un trabajo estable. Nunca había tenido pretensiones de ser algo más que un simple poli, sin más ambición que llegar a casa para ver la televisión, zampando patatas fritas y hamburguesas. No entendió nunca eso de la ambición personal. Más bien carecía de toda pretensión, hasta el punto de que se conformaba con pagar cuando le apetecía a Lissa por un amor fingido. Vivía con su madre viuda, una anciana que cobraba una pingüe pensión de viudedad y cuyo marido, algo borrachín, había trabajado siempre de peón, viajando de un lugar a otro del país sin más ambición que tener un trabajo que le diera para beber y para mantener una mujer y un hijo.

John, cuarentón, casado y con tres hijas, tenía como prioridad tener un empleo fijo para mantener a su familia y con un horario estable, para poder estar con sus niñas y mujer. Un trabajo que le dejara tiempo libre. Cuando era joven, sin embargo, soñó con llegar a inspector, pero aquellos sueños se truncaron cuando ella se quedó preñada inesperadamente, después vino la boda y dos bebés más. Con esta familia tan numerosa, que requería mucho tiempo y dedicación, su sueño dejó de importarle. No sería un sueño muy firme, claro. Su mujer, Lucía, trabajaba como cajera en los

supermercados ALPINO, muy conocidos por haber crecido como la espuma por todo el país durante el último año, ya que gestionaban todo su negocio con marcas blancas, baratas pero de calidad. John estaba siempre deseoso de salir de su trabajo para cenar con su familia. Y, en el día de hoy, *Ella Waters* le había jodido el monótono pero deseado plan.

— ¡Pero qué jodida mala suerte tengo! —se quejaba John en un susurro, mientras miraban, apartados de *Ella*, el trabajo laboriosamente incesante de los obreros— ¿Es que esta tipa no podría haber traído a otro como tú, sin familia?... ¡No, claro, me tiene que elegir a mí...! ¡En serio que comienzo a pensar como el inspector Robinson! ¡Esta mujer es insoportable y le faltan tornillos en esa hermosa cabecita de Barbie pelirroja! ¿Qué se supone que estamos buscando? ¡No será el cuerpo de Sinasias, porque cómo coño se supone que va a estar detrás de un muro construido hace años! Aquí no se ven signos de que haya sido manipulado. ¡Hasta un memo como yo es capaz de entender eso!

—Ya, ya... —le contestaba (sin perder ojo del trabajo de los obreros armados de mazas, palas y carretillas) Max a su enfadado compañero de penurias, al cual no prestaba realmente atención pues estaba cavilando sobre si no habría sido mejor para él haber seguido los pasos de su difunto padre, y haberse conformado con ser un peón de albañil porque, en realidad, eso de construir y destruir “cosas” era más divertido que soportar a todos aquellos jefes y compañeros presuntuosos y narcisistas, o a los pestilentes delincuentes y asesinos, igualmente presuntuosos y narcisistas. Max parecía el típico abuelo “mira-obras” que en las calles tapizan los lugares que son, cual hormigas laboriosas, construidos y deconstruidos por obreros una y otra vez.

Mientras, se acabó de tirar y desescombrar aquella pared. Entonces, *Ella* decidió entrar junto con sus dos compañeros y tres agentes de policía local que habían sido avisados por pertenecer la librería a su jurisdicción. Igualmente se había personado un agente judicial, dado que se estaba interviniendo en una propiedad privada,

para esclarecer un posible caso de desaparición, pero se retiró al exterior a despedir a los obreros y solicitarles sus firmas en unos permisos... Aquella propiedad era inviolable, al fin y al cabo, ningún heredero había reclamado la propiedad de la librería ni de la casa, y las propiedades de la familia Stevens habían pasado a manos del ayuntamiento local hacía menos de un año.

Afuera, otro grupo de agentes, estaba revisando el vehículo del forense. El coche había sido despedazado, literalmente; estaba destartado, destrozado, tanto por dentro como por fuera; los asientos habían sido rajados de tal manera que parecía que, con grandes cuchillos, alguien se había dedicado a romperlos como intentando encontrar algo en su interior; la puerta de la guantera y la radio estaban arrancados de cuajo; las ruedas habían sido rajadas y pinchadas con algún objeto punzante de al menos 10 centímetros de largo y unos 5 de ancho, con lo que el coche debería ser arrastrado por la grúa para poder moverlo de allí; la carrocería presentaba arañazos largos y profundos, hechos con algún objeto metálico grande y fuerte; el maletero abierto y todos los objetos que Ruddenskjrik llevaba acumulados, sin ningún orden, tirados por el suelo alrededor del coche, y el fondo del maletero rasgado igualmente. Estaba claro que alguien había estado buscando algo en el vehículo. Pero no se encontraron siquiera huellas.

Cuando *Ella Waters* y los cinco restantes miembros del equipo entraron en la gruta, un olor pútrido, húmedo y, aunque no sabían cómo era posible, a quemado, invadió sus narices, por lo que todos se pusieron las mascarillas suministradas antes como precaución. Avanzaron sin encontrar nada hasta el lugar donde había una bifurcación del camino en dos grutas distintas. En la de la derecha se observaba una tenue luz en el suelo. Al acercarse comprobaron que era una linterna tirada en el suelo, a la que se le estaban acabando las pilas. Debía llevar encendida más de 24 horas y se recogió como

prueba para comprobar las huellas de quien la hubiera metido allí. *Ella* pensaba que era de Sinasias, por supuesto, pero no dijo absolutamente nada. Más adelante encontraron algo que nadie esperaba: un gran charco de sangre, ennegrecida y quemada, cuyos cuajos eran de un color más oscuro de lo habitual. Aquel engrudo olía muy mal, como a huevos podridos, y mezclado con una especie de rocas negras de cristal, como ascuas de un volcán; parecía que alguien se hubiera dedicado a cocinar allí dentro usando un lanzallamas.

Más adelante, una prueba crucial apareció ante la atónita mirada de Max y John, que se miraron sorprendidos y asustados: el sombrero de Sinasias estaba tirado en el suelo, en la oscuridad. Otro aspecto o hallazgo inquietante, y que mantuvo a *Ella* un tiempo inspeccionando la zona, era que parecía que un cuerpo había sido arrastrado. Siguieron el fino rastro de sangre seca, que subía inesperadamente por la pared de aquella cueva profunda. ¿Y luego qué? ¿Por dónde había desaparecido el cuerpo? Era como si las paredes se lo hubieran tragado todo.

La gruta desembocaba al alcantarillado del pueblo, pero nadie podía haber salido por allí pues una abertura de medio metro de alto y poco más de ancho, cerrada con una reja que nadie había movido de allí, era el único final de aquel agujero.

Ella se quedó otro rato más husmeando todo aquello, junto con John. Los otros, se marcharon con Max, que se sintió importante en aquel momento: fueron a recorrer la otra gruta, la de la izquierda. Pero fue frustrante ver que estaba completamente cerrada. Era una gruta sin salida y poco profunda. No había ni rastro de pisadas. No parecía que nadie se hubiera adentrado por ella nunca. Tras aquellas largas horas de intensiva investigación de campo, todos los miembros del cuerpo de policía, tanto locales como *Ella* y sus dos hombres, se dispusieron a salir de la librería.

Turk Robinson estaba plantado en la puerta, y enseguida Max y John se adelantaron para ir a hablar con él; sabían que el tipo andaba

de mala hostia por no saber dónde andaba su incauto compañero, aquel viejales que nunca debería haber salido de su sótano de cadáveres... Pero sólo pudieron ver su figura a contraluz durante unos segundos. Una ráfaga de disparos acabó con la vida de los dos policías que, como en una ratonera, fueron acribillados sin piedad por *Ella Waters* y los tres policías locales desde atrás, cogiendo a los dos hombres por la espalda y completamente a su merced.

La figura de Turk desapareció en el suelo, tras el escritorio húmedo y maltrecho que separaba el local en dos mitades, mientras sacaba su arma rápidamente sin saber qué estaba pasando, pues no esperaba nada así y no sabía de dónde ni de quién o quiénes procedían los disparos que acabaron en segundos con la vida de sus dos compañeros. Tanto hijoputa corrupto que había para matar en el cuerpo, y se le acababan de morir dos de los policías de verdad... de los buenos. Su rabia se transmutaba en un sudor que no hacía que se le resbalara su pistola semiautomática porque sus tensos dedos la apretaban al punto de que se le ponían blancos los nudillos.

— ¡Alto! ¡Dejad de disparar...! —pudo oír Turk que *Ella* les gritaba a los policías locales—. ¡Inspector Robinson, déjelo, váyase de aquí! No tiene ni idea de dónde se está metiendo...

— ¿Dónde ha quedado el trato informal, puta de mierda?! —gritó Turk sin asomarse, percatándose por el ruido de que alguno de los agentes recargaba su pistola.

— ¡Esto es una guerra, Turk, y hay que tomar partido! —le gritó la comisaria, con un deje intenso de rabia en la voz— ¡Tú no puedes ni hacer eso, porque ni siquiera eres capaz de comprender cuáles son los bandos, ni por qué luchan!

—Sí... ¡Conozco un bando, tarada...! ¡El mío!

— ¡Acabad con él!

A la escueta orden de “la generala”, los policías locales reanudaron el fuego de sus armas reglamentarias contra el escritorio. Turk sintió que una bala le pasaba a unos centímetros de la cabeza traspasando

de parte a parte la destartada mesa. No podía seguir oculto tras ella. Asomó la mano diestra, armada, y empezó a disparar a discreción, sabiendo que en tan estrecho y oscuro lugar los tipos no tenían modo de protegerse como él. Uno de ellos se tumbó en el suelo al sentir el fuego recíproco, y otro se apretó contra las podridas estanterías de su lado, pero el tercero recibió los disparos, uno en la cara y otro en el pecho consecutivamente, a pesar de lo cuál sólo había perdido el conocimiento. Los demás le daban por muerto.

Turk oyó los gritos de sorpresa y de dolor, y se sintió revitalizado sabiendo que se estaban acojonando, mientras que él no sentía ningún miedo, sólo una mala leche épica por no entender una puta mierda de lo que estaba pasando y tener sin embargo la seguridad de que “la generala” era la culpable de que así fuera...

Muy apremiado de tener la certeza de que más allá encontraría a su amigo Sinasias Ruddenskjrik, Turk pasó de disparar hasta vaciar el cargador a incorporarse mientras empujaba y levantaba el viejo escritorio ante sí con tal ímpetu y furia, que pudo cargar con él sobre uno de los polis que aún disparaba en su dirección. Turk, casi sin ver nada, sintió el peso y la fuerza que proyectaba con el mueble estrellarse contra el tipo y caer sobre su torso al seguir él mismo empujando, hasta arrollarle y ponérselo encima. Saltó sobre el frontal del mueble, que ahora quedaba arriba, y se sacudió dos veces encima para acabar de aplastar todo lo que podía al policía corrupto o lo que cojones fuera esa sanguijuela a las órdenes de *Ella*. El agente local aulló de dolor, sintiendo que se le escapaba el aire pero que no podía recuperarlo, y el compañero que le quedaba aún en pié, terminó de recargar su revólver y empezó a disparar hacia Turk a lo loco, quizá desesperado por salvar al menos a uno de sus compañeros, o puede que asustado ante la violencia del recién llegado inspector Robinson.... El caso era que no estaba dando ni una.

Turk saltó furioso de sobre el mueble podrido, dándole el remate final al tipo de debajo al pisotearle la cara sin ningún reparo, desencajándole la mandíbula y arrancándole un par de dientes, y lanzándose a la carrera contra el tercer sicario de *Ella*. Éste intentó

defenderse sacudiendo ante sí el cañón de su revólver, como soltando un puñetazo con él contra la cara de Turk, pero él dejó pasar casi entero el brazo del agente de uniforme por encima de su hombro izquierdo, esquivándolo por poco, soltándole de inmediato un fortísimo puñetazo ascendente contra su barbilla. El agente de *Ella* sintió sus dientes inferiores casteñetear contra los superiores tan fuerte que incluso se mordió el paladar, y ya caía derrumbado, pero Turk enseguida le cogió por los hombros, atrayéndole hacia sí, y cogiéndole de los pelos para liarse a consecutivos rodillazos contra su cara. El tipo, aturdido, aún sintió el intenso dolor de los golpes, cómo se le reventaba un ojo de un impacto directo, y el tabique nasal se le partía a base de tres repetidos y precisos golpes. Ya estaba escupiendo y espirando sangre cuando Turk dio el asalto por ganado, dejándole caer de costado por sí solo. Avanzó hacia el fondo de la librería, persiguiendo a *Ella*, deteniéndose antes en quitarle al policía corrupto su linterna del cinturón. La encendió y examinó brevemente el estrecho paso, parecido a una gran vagina de piedra, tras el que se abría una redonda y amplia galería...

Policías, de los que estaban en el exterior, ya estaban asomándose con precaución para ver qué estaba ocurriendo, pero cuando se decidieron a entrar ya había pasado todo. Y Turk iba con paso sigiloso en busca de *Ella*, al interior de la gruta. Su figura se perdía en la oscuridad progresivamente pues el cambio de luz producía cierta ceguera momentánea a quien entraba en la abandonada y oscura librería de Vera.

Turk se paró y recogió algo del suelo. Un pedazo muy doblado de papel... había caído de las garras de *Ella*.

Página 19. Tomo Oscuro

Cuando nació, su madre sintió que le arrancaban un tumor de dentro del cuerpo. Lo parió con dolor pero sintió un alivio tremendo como cuando, tras días de estreñimiento, se produce una evacuación de heces abundante. Alivio y vacío.

¿Nueve meses en su interior? No. Un año entero escondida con su vientre creciendo, encerrada en los sótanos del Instituto Wise de Parapsicología. No era humano el hijo que acababa de traer a este mundo, y *Ella* sabía que su misión acababa ahí. Su cuerpo sin vida, exhausto, claramente envejecido, fue cremado en el especializado horno de pirólisis del mismo centro por las unidades paramilitares que se habían contratado para proteger y mantener la firmeza de las directrices durante aquella operación...

El crío fue adoptado por el hermano de su padre legítimo, ya que Sinasias Ruddenskjrik había pasado a otra dimensión. No en vano, Almiak Ruddenskjrik, el nuevo director del Instituto Wise, siempre había querido tener hijos...

La misión de Sinasias culminó con la inseminación de aquella mujer adoctrinada desde muy temprana edad por Industrias Wise, *Ella Waters*, en realidad nada más que un cuerpo mortal necesario para traer al mundo al verdadero señor del tiempo y de la oscuridad. Y a partir de su nacimiento, sólo quedaba esperar a que madurara y su poder se manifestara de alguna manera, y nadie mejor que el mismo director actual del proyecto, Almiak, para cuidar y supervisar al niño hasta que eso ocurriera...

Volguus Zildrohar había logrado, a pesar de los esfuerzos de Amot por evitar el ensalmo e invocación, introducirse en este mundo, pues todas y cada una de aquellas palabras que se requerían para que se produjese el milagro fueron leídas en voz alta por Ruddenskjrik en aquella cueva, rodeado de los seis espectros.

Le fue concedido el don de la fertilidad de Volguus en este mundo, en cuerpo de hombre, para traer esas otras dimensiones a la Tierra. Su hijo, criado por el matrimonio Ruddenskjrik, fue llamado con el nombre de Elmer.

Su historia familiar duró solamente cuatro años.

Dentro de la gruta, sucedieron cosas que nadie vio:

—*Ella, Ella...* vamos, déjate ver, puta cerda...

Turk avanzaba con sigilo, susurrando para sí las palabras, con el arma recargada y alzada ante sí, junto con la linterna en la otra mano. No parecía haber dónde esconderse en aquella cueva, pero él sacudía a ambos lados, y arriba y abajo, el haz de luz, asegurándose de que no hubiera aberturas hacia otros pasajes, o meros huecos en los que esperar en la oscuridad a que él los dejara atrás para atacarle... pero nada. Sólo unas largas sombras proyectadas por los irregulares bordes de las paredes y techo circulares, pero insuficientes para ocultar a una persona.

Parecía que la oscuridad avanzaba hacia él a la par que se internaba más y más, pero tenía que ser un efecto óptico, a causa de mirar tan seguido el límite donde su linterna llegaba a revelar el camino. Pero... no... No cabía duda, su linterna estaba perdiendo alcance... ¿Se le acababan las pilas? Turk la sacudió y se la dirigió hacia la cara. La luz era tan intensa como cuando la encendió. ¿Qué estaba pasando? La dirigió de nuevo al frente, y realmente parecía que tenía una pared negra a medio metro. Intentó avanzar y tocarla, pero nada, su mano se perdía en una oscuridad etérea que la linterna no lograba traspasar... Se estaba acojonando.

— ¡Me cago en la puta...! —exclamó, tapándose la boca y la nariz con la manga de su chaqueta, convencido de que estaba rodeado de humo tóxico.

—Eres un puto subnormal, Turk... —oyó que decía la voz de *Ella* desde algún lugar, más allá de la oscuridad.

— ¿Dónde estás? ¿Dónde está Ruddenskjrik? Más vale que me lo digas ya, porque si lo tengo que volver a preguntar, ¡me lo vas a decir mientras escupes los dientes...!

—Yo no sé dónde está... se lo han llevado.

—Sabes bastante más de lo que me quieres hacer creer, majadera...

—Turk... Esa página que llevas en la mano, junto a la linterna... la necesito... así le encontraré.

— ¿El qué? ¡Uy! ¿Esto? —Turk hizo una filigrana con sus dedos meñique y anular de la mano izquierda para hacer asomar la arrugada hoja de papel que había hallado al seguirla allí dentro, la página 19 del Tomo Oscuro— ¿Lo quieres? Pues ven a por ello... ¡puta!

Lo siguiente que sintió Turk fue una serie de disparos. Reaccionó rápido y al primer disparo errado soltó la linterna tirándola a rodar ante sí. Otros cuatro disparos siguieron al primero, y él respondió abriendo fuego así mismo hacia delante. La linterna daba vueltas como un objeto fluorescente, sin que su haz de luz fuera capaz de extenderse más allá... Se percató de que no olía a nada en el aire, salvo levemente a humedad... Si no había humo, ¿qué estaba pasando? Detuvo sus disparos, sin saber si le había dado a la comisaria... Escuchó mientras caminaba agazapado, a oscuras, sin poder quitar la mirada del único punto de referencia, la parte delantera de la linterna, como a ocho metros, en el suelo. Se movió hacia su izquierda, esperando poder apoyar la espalda contra la pared de ese lado, evitando así al menos que le sorprendieran a tuestas por detrás. Se sentía más furioso que temeroso, pero no quería correr riesgo de ser cogido por sorpresa por la taimada tipa. No veía nada, no escuchaba nada. Los latidos en las sienes... esos sí los sentía, ¡los oía! “Vamos, cabrona, haz algún ruido, hazme alguna señal, joder, vamos, puta inútil de mierda...” la animaba Turk mentalmente, arrastrando su mano izquierda, con el puño apretado, por delante de sí por la pared, sin dejar de caminar muy lentamente, con el arma junto el pecho para evitar que la mujer se topara con él de improviso y se la quitara... Pero no era eso lo que debía temer.

Casi oyó el silbido en el aire del metal antes de recibir el fortísimo golpe en su mejilla derecha. Pero en realidad sólo era todo su cráneo vibrando, y haciéndole creer que el chasquido contra su cara era un

recuerdo. Cayó sobre la rodilla izquierda sin soltar el menor gemido, pero con la cara ardiéndole con intensidad como si un incendio se propagara a la velocidad del dolor desde su mitad derecha. Se llevó por instinto el dorso de su mano derecha bajo el pómulo, esperando sentir su propia sangre cálida, pero parecía no haber herida, y justo en ese momento un tremendo golpe, de algo redondeado pero penetrante, le alcanzó en la parte alta de la oreja izquierda, un poco detrás de la sien. El golpe en sí no le derribó, pero el dolor era tan intenso que se dejó desplomar muy lentamente hacia su derecha, hasta quedar tumbado, con las piernas encogidas. Seguía callado, pero soltó un largo bufido como de gato acorralado. El segundo golpe le había hecho trizas. Se estaba estrujando la oreja con la hoja de papel de su zurda, cuando sintió que unos dedos revolvían entre los suyos nerviosamente e intentaba quitarle el papel.

Lo logró, pero antes de que se retirara del todo, Turk, poseído de nuevo por una rabia incontenible, alcanzó a agarrar de la muñeca a la mano intrusa, y tiró de esa persona hacia sí... Como sospechaba era *Ella Waters*, claro, ¿quién podría ser?, pero salió de dudas al sentirla caer aparatosamente sobre él, desequilibrada inesperadamente, y notar rebotar contra su cara los pechos bajo la camisa. La mujer no perdía el tiempo y ya mientras se caía encima de él intentaba machacarle la entepierna a rodillazos. No lo entendía, parecía como si “la generala” pudiera ver perfectamente. Estaba claro que sí, porque sentía su pequeño pero firme puño izquierdo golpeándole alternativamente en el bazo y la cara, donde poco antes le debía haber golpeado con el cañón de su pistola.

— ¿¡Te has quedado sin balas, puerca! —le rugió Turk, casi sin aire al intentar resistir pese a los golpes, y empujó contra su cuerpo, bajo el pecho, la boca de su pistola, y disparó a tuestas.

Sólo dos disparos, y se le quedó descargada. *Ella* gritó, o más bien soltó un gemido ahogado, tras el segundo balazo, dejándose rodar a un lado de Turk. Él podía oírla arrastrándose, quizá gateando. La oía balbucear, o susurrar algo... ¿estaba rezando? Sonaba a ruego o maldición pagana. Intentó orientarse pese al continuo martilleo del

dolor por todo su cráneo, y arrastrarse hacia donde la escuchaba alejarse. Seguía sin ver nada... y súbitamente, unos brillos blancos empezaron a recortar relieves negros ante sus ojos... miró a su izquierda, la linterna recuperaba el poder de su fulgor, la cueva de pronto era el lugar más y mejor iluminado que recordaba haber visto en su vida... La increíble variedad casi infinita de tonalidades de negro que estaba viendo le hacía sentir como un ciego que viera por primera vez en su vida. Estaba convencido de que el probable patadón que la mujer le había dado en la cabeza le había dejado bien tocado del ala... Miró a su alrededor, y con cierto alivio pero mucha frustración, vio que no había rastro de *Ella Waters Gilmur*... No podía haber ido muy lejos ni muy rápido con esos dos tiros en el cuerpo... ¿Dónde estaba? El dolor... tan intenso. Sentía todo irreal, como una alucinación durante unas tenaces fiebres.

Decidió volverse sobre su espalda y esperar tumbado a que se le pasara el dolor.

Nadie supo jamás lo que había ocurrido en aquella librería. Sinasias no volvió a aparecer. Cierta olor a sangre quemada. Restos de una especie de carbones cristalizados, con una carne rosada y grasosa, algo gelatinosa, pegada a ellos... Eso y el delgado rastro de sangre que recorría un trecho la cueva, por suelo, pared y techo... y que resultó ser de Sinasias Ruddenskjrik, como confirmó el ADN.

La página 19 del Libro, el sombrero y la linterna del médico fueron los únicos objetos que quedaron como pruebas. Se investigó a los policías locales que habían respaldado a *Ella Waters* durante su personal incursión en aquella extraña cueva: no había nada extraño en sus expedientes ni en sus trayectorias personales que explicara el por qué habían abierto fuego contra Max, John y Turk. Uno de ellos, el tiroteado por Turk, permanecía en coma... los otros dos presentaron informes y declararon durante la vista de investigación que habían seguido órdenes contradictorias y confusas, y que si habían abierto

fuego había sido temiendo por sus vidas. A los tres se les acabó proporcionando la baja por incompetencia, sin mayores consecuencias...

Ella, había desaparecido, como el forense, en la gruta.

Nunca nadie supo que había desaparecido con el forense, que ya no era tal, y su cuerpo había sido trasladado a un mundo que intersectaba con este, allí mismo. Y en aquellas paredes, dentro de aquel agujero, se obró el inicio de un posible fin del mundo:

Y es que... en un lugar sin luz ni aire, pero donde a pesar de lo cuál él podía sentirse vivo, el anciano doctor se reconoció desprovisto de todo lo que no fuera su carne, que era sostenida en la más absoluta oscuridad por una legión de lo que sentía como viscosas manos que no dejaban de magrearle, sacudiendo y masturbando compulsivamente sus genitales. No encontraba lugar donde apoyarse ni modo de ofrecer alguna resistencia. Era capaz de removerse, pero las manos invisibles cedían o arreciaban su impulso a tenor de sus movimientos para dejarle siempre vencido, haciendo inútiles sus pretensiones de buscar algún equilibrio u orientación... No tardó mucho hasta que sintió que un cuerpo de carne como la suya se apretaba contra él, y en verdad que lo recibió muy agradecido, tras lo que había sentido como una eternidad pasando soledad, frío y miedo. Creyó reconocer el aroma del perfume de *Ella*, y aunque no oyó su voz ni él se sentía capaz de hablarle, quiso creer que en verdad era ella, y que su sexo era el que estaba envolviendo el suyo propio de aquella manera tan fresca y cálida a un tiempo... Las intrusivas manos hacían a ambos cuerpos apretarse y sacudirse, quisieran o no, pero Ruddenskjrik no tardó en abrazarse a la mujer, y apretarla fuerte, sintiendo sus firmes pechos contra el suyo, y la mejilla de la mujer junto a la suya.

Ruddenskjrik olvidó todo lo pasado y quién era, y simplemente se entregó al placer, que parecía que sería eterno...

Durante más de una semana se perforó por todos lados aquella cueva o portal a otro mundo. (O lo que mierdas fuera aquello, según Turk)

El estupor de los asesinatos de Max y John, perpetrados por *Ella*, fue tan importante que la comisaría quedó incapacitada durante un mes para rendir al cien por cien. Tuvieron que ayudarles con personal cualificado de otras comisarías de distintos distritos, y el caso paso a manos de los federales.

Turk dejó momentáneamente el caso de Los Cauces y el de las desapariciones de sus colegas. Primero debían investigar los federales y asuntos internos. Aquello que acababa de ocurrir era más que anormal. Dos efectivos desaparecidos y, supuestamente, *Ella* había ordenado asesinar a sus compañeros delante de sus narices, así sin venir a cuento, y eso, antes de disparar directamente contra Turk en la misma cueva... Sin embargo, el arma encontrada y utilizada por *Ella* era un arma ilegal y no la reglamentaria, por lo que el testimonio de Turk perdió peso en el curso de las investigaciones.

El inspector declaró ante ambos equipos de investigación, durante largas horas:

— ¡Yo sabía que la tipa no era lo que parecía! Andaba convencida de que todo esto tenía tintes sobrenaturales, ¿saben?, eso no es normal en un poli. No llegué a conseguir que me soltara nada, pero... ¡Está claro que ella sabía lo que estaba haciendo! ¡Y qué le ha pasado al doctor Ruddenskjrik!

Abría los ojos y enfatizaba sus palabras con gestos de sus manos, brazos y hombros, se le veía claramente afectado, y no era para menos, pero sus declaraciones no sirvieron de mucho.

Asuntos internos concluyó que Robinson había sometido a su superior a un trato vejatorio y que había desequilibrado a la mujer, sobre todo por culparla de la desaparición del forense. Y sin saber muy bien cómo, se comió un marrón de un par de cojones. Todos en la comisaría recordaban ese día en el que, fuera de sí, despotricó contra la comisaria e incluso cómo Carl había tenido que pararle los pies.

—Si se hubiera dado la oportunidad—explicó Carl—, el inspector hubiera agredido a *Ella*, se veía que venía a eso. Menos mal que ya había salido de la comisaría, pero parecía que soportaba una gran presión por la desaparición de Ruddenskjrik... la pobre estaba desconsolada.

Carl y otros compañeros, testificaron sobre la animadversión que Turk mostraba hacia la comisaria aparentemente sin ningún motivo, desde el principio. Pero tampoco se pudo probar nada contra él. Al cabo de unos meses Turk se reincorporó a su trabajo, de mala gana, desde luego.

— ¡Menudos hijos de puta, lameculos estos compañeros! —se repetía cada día, durante años, cada vez que entraba por la puerta y veía los rostros de aquellos mierdas.

Pero como todo, poco a poco, muchos de aquellos compañeros fueron trasladados, o se jubilaron... o dejaron el cuerpo. Y así, poco a poco, Turk volvió a ser ese inspector que había sido siempre: un auténtico sabueso descastado, pero con olfato.

Era un bonito chalet. Más de doscientos metros cuadrados de casa, pero más de mil de terreno adornado con un gran jardín, una piscina, y una pista de tenis.... Era algo de lo que se sentía realmente orgulloso. También había estudiado medicina, pero, al contrario que su hermano mayor, Sinasias, Almiak Ruddenskjrik optó por una rama de la medicina que daba mucho dinero y pocos quebraderos de cabeza. Había sido muchos años representante de un gran laboratorio farmacéutico, PHARMAT S. A., antes de acabar siendo reclutado por Industrias Wise para dirigir su Instituto de Parapsicología...

Pragmático y dinámico, nunca se interesó demasiado por nada que no fuera su propia persona y su amada y bella mujer. Cinco años casados y, a pesar de su buena salud, su forma física excelente y su

dinero, Melinda no conseguía engendrar un hijo. Andaban con los trámites de la adopción, papeleos interminables, exámenes de idoneidad de tipo psicológico, económico y social. Todo apto, pero habían escasos niños sanos que adoptar. Tal era el deseo de Melinda de ser madre que estaba dispuesta a aceptar un niño con alguna tara física o psicológica.

Era una noche cálida. Melinda esperaba a su marido Almiak para una nueva noche amorosa (insistía en seguir intentándolo cada día de su vida), cuando unos quejidos como de gatito se empezaron a escuchar desde fuera de la casa, aproximándose... Ella salió al porche, a tiempo de recibir a su marido... y a lo que traía entre sus brazos.

Un moisés. Un niño. Un regalo del cielo, pensó ella. Y lo adoptaron, cómo no... Lo llamaron como al padre de Melinda, Elmer.

Su rostro... era una puerta al infierno...

Pero eso...

Ya es otra historia.

¿FIN?

EL PURGATORIO

por María Larralde

Dedicado a Fernando Terol...

Salía de casa. La tarde era fría y gris. Todavía no había comenzado a anochecer, pero la sensación de que pronto el sol se iba a ocultar entre los grandes edificios, invadía a cualquiera que mirara al cielo con esperanza de ver el astro suspendido en él. Las prisas me producían la extraña sensación de que olvidaba algo. Llegaba tarde, muy tarde.

El sopor de la sobremesa tras la comida casera, los cigarros y el humo, que se mete en los ojos, en la nariz y en los pulmones, me aturdieron de tal manera que me quedé dormido si querer dormir. La monótona voz de la televisión y el vino de la comida hicieron el resto.

La cabeza me daba vueltas de manera que me sentía medio flotando en una nube de neuronas que derramaban, en mi cerebro, serotonina y endorfinas hasta sofocarme en un sopor del todo inadmisibile.

¡Llegaba tarde a mi propia exposición de pintura!

De cualquier modo yo no era un tipo demasiado formal. Los marchantes de arte me conocían suficientemente. Sí, definitivamente no era muy formal.

En mi interior sentía que esa tarde las cosas no me iban a salir demasiado bien. Siempre me anticipo a las malas experiencias. Siempre.

La cosa suele sucederme como sigue: el día en que algo "malo" va a sucederme, alguna tragedia, alguna mala acción de alguien contra mí, algún accidente o mala noticia, ese día me despierto enfermo. Me encuentro mal. No sabría decir qué es exactamente lo que me ocurre, pero me siento fatal: cansado, decaído, triste, desanimado, apagado, incapacitado para el trabajo, sin hambre y con ganas de meterme en la cama para no salir en todo el día de ella.

Nunca me falla la intuición. Y aunque en raras ocasiones el mal agüero se confirma el mismo día, en la mayoría de ellas la tragedia se produce un día o dos después del presagio.

Sin embargo, en esta ocasión la cosa se produjo casi de inmediato.

Bajé las escaleras del edificio donde vivo desde hace veinte años, lentamente, ya que acostumbro, por esas viejas manías de loco cuerdo, a no bajar por el ascensor. Quizá mi intuición me hacía más precavido, si cabe, de lo normal en mí.

Me vino a la cabeza la imagen de mi representante de arte, allí sola, esperándome en la sala Galería de Arte Moderno Altamira. Eran las seis de la tarde en mi reloj de pulsera. Ya no iba a llegar a tiempo. El móvil comenzaría a sonar en cualquier momento: Elvira estaría hecha una furia.

La Sala Altamira seleccionaba muy bien a los artistas que exponían en ella. Era una sala de Arte Moderno, Postmoderno e Irracionalista. Esto último nunca entendí por qué lo añadían en el rótulo. Cosas que la racionalidad "normal" del sentido común, no puede comprender.

Mis mejores rivales ya habían expuesto en ella mucho antes que yo. Mi representante tenía una espinita clavada en el pecho cuando a *Luis Ribero* le montaron, hace un par de años, una exposición por todo lo alto. Esto le hacía perder los estribos pues, para Elvira, yo

daba mil vueltas, como pintor, a Luis Ribero. Así es esto. Los apadrinamientos funcionan en el arte con muchísimo más rigor que en las demás profesiones.

Mi interés, sin embargo, era puramente comercial. Necesitaba dinero, como todo hombre moderno. La fama ya era otra cosa. Preferí siempre pasar desapercibido, es mucho más llevadero para un artista cuya personalidad es más bien reservada como la mía.

¡Pero quién le reprocha a un representante que quiera hacerte un "*best seller*" de la pintura! Es normal, la pobre Elvira no se merecía lo que ocurrió.

Al salir de la portería noté un frío intenso y me puse mi gabardina negra, pero no me alivió en absoluto la sensación febril que comenzaba a recorrer de arriba abajo todo mi cuerpo. Iba con mi cigarro, recién encendido, en la boca y mis andares cansinos, riéndome internamente de la cara de susto que Elvira me pondría al verme llegar con más de una hora de retraso.

La cosa era seria, las autoridades de la ciudad, de la provincia e incluso del país estaban invitadas a mi evento. El Ayuntamiento y su alcalde, Gonzalo Puig, el concejal de cultura Roberto Merino, la Diputación y su presidente Alberto Caso, marchantes de arte de todo el país, medios de comunicación, los mejores y más críticos, críticos de arte, pintores amigos y enemigos míos, como Carlos Abelardo, internacionalmente conocido por haber realizado el mejor fresco moderno en la Basílica de Nuestra Señora de Linares.

Sin embargo, todo me quedaba lejos.

Comencé mi caminata —porque voy andando siempre que no tengo que salir fuera de la ciudad— hacia la Avenida de Malsonare cuando, a lo lejos, en la misma esquina de la manzana de mi edificio observé una figura parada de pie, mirando hacia mí. Aquel sujeto iba enfundado de pies a cabeza por una especie de abrigo negro como boca de lobo, con capucha, que le cubría completamente el rostro y

que, por abajo, le llegaba a los tobillos. Los pies parecían ser enormes y sorprendentemente, ¡iba descalzo! Me sobrecogió aquella visión extraña y quise mirar más de cerca aquel fenómeno, pues dudé de lo que veían mis ojos. Fue entonces, ¡sí!, entonces aquella figura gris y amorfa me dio esquinazo y, ¡poniéndose a cuatro patas comenzó a correr!

Me quedé estupefacto, sin saber muy bien lo que había pasado. ¿Pero qué era aquello? Mi cuerpo comenzó a sentir escalofríos febriles. Alucinaciones espantosas me invadían la cabeza en una avalancha de irracional terror. Literalmente me había acojonado hasta el tuétano. Me acerqué despacio a la esquina, asomé la cabeza para otear el horizonte de la avenida.

El surrealista *ser* se encontraba en la otra punta del edificio, mirándome y con una mueca en su boca que quería ser una sonrisa pero reflejaba —muy a mi pesar— una especie de burla grotesca que me congeló el alma.

El engendro parecía un ser salido de las más terribles pesadillas que el hombre haya podido imaginar en toda su andadura por la historia.

De nuevo *aquello* se posó sobre sus patas delanteras y echó a correr por la avenida con velocidad tal que, enseguida, me pareció imposible seguirlo. Porque a pesar del miedo, yo, en ese instante hubiera querido alcanzarle. Hubiera querido cogerlo del cuello y, apretando firmemente sobre sus carótidas, hubiera deseado cambiar esa malvada sonrisa por un dolor intenso producto de la asfixia y la muerte.

Sin embargo, en lugar de perseguir aquella cosa informe, mi cuerpo entero se vino abajo del terror. Tuve que apoyarme en la pared del edificio para no desmayarme. Mis piernas no me respondían y fue entonces cuando el miedo se apoderó realmente de mí. En las calles no se veía a nadie. Nadie paseaba con prisas, como siempre ocurre en una gran ciudad como esta. No había tráfico, el silencio absoluto se apoderó de todo lo que me rodeaba.

Mientras, aquella bestia infernal, que me había introducido en el mundo oculto de la locura, se desvanecía en el horizonte de asfalto ante mi absorta y alucinada mirada.

Busqué alrededor algún signo de vida. Nada. Silencio y cielos grises e infinitos se imponían como una siniestra pesadilla. Fue entonces cuando me di cuenta: ¡Seguramente estaba dormido! ¡Era una pesadilla y tenía que despertar!

Desgraciadamente para mí, Elvira se cansó de llamarme. Y su enfado, fruto de mi legendaria falta de consideración hacia los eventos sociales, le hicieron tomar la equivocada decisión de no mandar a nadie a por mí. Unos minutos antes y...

La exposición se inició sin la presencia de su artista. O sea, yo mismo. Todos pensaron que era la típica "*conducta inapropiada*", propia de un excéntrico. Mi representante tuvo un pálpito, porque sí, yo era un tipo raro pero ella sabía que necesitaba el dinero. En un taxi se acercó a mi casa tras atender a todo el mundo en el evento. Me iba a echar la bronca del siglo. ¡No había ninguna justificación para aquel desplante! Sin embargo, pensaba darme un gran abrazo. Había vendido un par de cuadros, uno a mi amigo el famoso pintor. Otro, a un adinerado filántropo burgués, coleccionista de cuadros "raritos". El tipo quedó prendado del "*Gran Azul*", un cuadro de enormes dimensiones, abstracto y azul. Desde luego, una decisión muy elegante.

— ¡Este hombre es un genio! ¡Llegará lejos! Me gustaría conocerle algún día. — Le dijo a Elvira el adinerado, orgulloso de haber adquirido una de mis más queridas obras.

Mis cuadros se revalorizaron rápidamente. Sus precios se desorbitaron. Mi hermana, con la que no me hablaba casi desde la adolescencia, y sus hijos, pasaron a convertirse en millonarios y, por supuesto, comenzaron a coleccionar arte de todo tipo. Entraron a formar parte de ese estamento social tan mezquino de los ignorantes con dinero al que yo siempre había despreciado.

Pero ya no se podía hacer nada: un accidente cerebrovascular me había llevado al otro Barrio, donde el miedo es eterno.

Me empeñé durante un tiempo en buscar una salida. ¡Me quedaban tantas cosas por hacer! Recorría la ciudad en busca de una puerta que me devolviera a la vida.

Desde las ventanas de los vacíos edificios, observaba las miradas de aquellos seres odiosos, mezquinos y repugnantes, demonios que me asediaron con una intensidad tal, que mi cabeza perdió la noción del tiempo.

El frío ha sido, desde entonces, mi único compañero y ahora he decidido enfundarme en un abrigo que encontré dispuesto en el armario ropero de mi propia casa y que me cubre todo el cuerpo, que oculta mi deforme rostro y me ayuda a estar algo más caliente mientras busco, olisqueando su rastro por el suelo, a aquellos hombres cuyo miedo a morir les obliga a perderse en el laberinto del eterno Purgatorio.

EL GUSANO

por María Larralde

— ¡Perdona, lo siento no te he visto! —le dije a María al chocar circunstancialmente con ella.

Por supuesto, la había visto. No le quitaba ojo, ni de día ni de noche. Pero esto formaba parte de mi secreto más íntimo. Ella, ella... jamás me había visto. Nunca había cruzado una sola mirada conmigo. Mi presencia era como el aire para María. Transparente, inexistente, pero ahí estaba yo, siempre alrededor de esta mujer que me obsesionaba hasta la náusea. Y no, no es que fuera la más bella de entre todas las mujeres del mundo pero su presencia eclipsaba todo cuanto la circundaba. Su forma sensual de mover el cuerpo, sus andares de bailarina, su mirada altiva, de gata en celo. Todo en ella hacía prever que su compañía podía ser el cielo para cualquier hombre en la tierra...

— ¡Ufff... no... no te preocupes! —me contestó en “modo disculpa”, creyendo inocentemente que tenía la culpa del encontronazo que yo había provocado, para poder iniciar una conversación con ella.

— ¡No yo...! —dije—. ¡No te vil, —irónico ¿no?—. ¡Perdona por tirar tus libros, enseguida los recojo! —continué como un caballero.

—No importa, iba hablando y... ¡no... no, no te preocupes! —me gritaba sin alzar demasiado su voz, para que no me agachara a coger

TOMO OSCURO

sus libros de 2° Curso de Biología.

— ¡Ya está...! Aquí tienes... ¿cómo te llamas? —le contesté mientras, agachado delante de su imponente y esbelta figura, contemplaba sus esculturales piernas blancas como la leche, sus delicados pies, con deditos de niña enfundados en unas sandalias de colores rosas y azules, su falda azul con estampado floral combinada con una camiseta básica de color rosa pálido que mostraba unos pechos redondos, uniformes y aún diría que duros y turgentes. Unos pechos grandes sin desmesura.

—Gracias... me llamo María, y... ¿tú? —y me miró de frente, arreglando sus libros y carpetas recién recuperados. ¡Eso es lo que yo deseaba! Mirarla de cerca. Sus ojos verdes, intensamente verdes... contrastaban con su pelo negro. ¡Esa palidez en su piel...! ¡Dios mío, se apreciaban algunas venitas a nivel de sus sienes, gracias a la translucidez de su epitelio!

—Alonso —le dije algo más secamente, mientras la contemplaba con tal devoción que sus cuatro compañeras comenzaron a reír de manera un tanto histérica, quizás por entender que yo estaba propasándome con la mirada. O por pura envidia de mujeres eclipsadas.

—Bien Alonso, ya nos veremos, ¿ok? —dijo comprendiendo que la situación era suya, y que podía manejarla como el viento a una hoja de árbol caída.

—Ok, María —le respondí con mi mejor sonrisa, mientras comenzaba a alejarse—. ¡Seguro que nos veremos... pronto!

En clase éramos sobre 100 alumnos, y María era una alumna sobresaliente, ella se alojaba en un piso de estudiantes. Todas mujeres, para mi mayor tranquilidad. Pero se veía con un chico, o más bien un hombre. Un hombre que para nada estaba a su altura. El tipo era mecánico de automóviles. Lo conoció cuando ella desayunaba en una cafetería enfrente del piso. Pablo —así se llamaba — trabajaba en el taller de al lado. Estaba “tremendo” el tipo, fuerte y musculado, un hombre duro, moreno, con barba cuidada que le daba un aspecto muy varonil. Era como un boxeador, producía

miedo aquel individuo. Era de esos a los que les gusta que las mujeres los observen, pensando que ellas desean estar con un “macho de verdad”. Pero tenía 30 años, mujer e hijos pequeños.

Ella no lo sabía, por supuesto, pero yo sí.

Quedaban por las noches, al salir él del taller. Ella lo esperaba unas calles más arriba. Iban juntos hasta la puerta del cementerio que queda a unos diez minutos de allí. Saltaban la valla. Él la aupaba, metía sus manos bajo su falda, y la sobaba todo lo que podía. Era como si no fuera a pegarse un festín en pocos minutos. Y yo les seguía, noche tras noche.

Ambos habían conseguido abrir un panteón muy espacioso. Allí aquel tipo tiraba su chaqueta en el suelo y, sobre ella, la preciosa María comenzaba a desnudarse ante la lujuriosa mirada de aquel cerdo. Y ante mi atónita y no menos impúdica mirada. Su cuerpo de porcelana era recorrido sin solución de continuidad por el bastardo, con sus labios y sus manos en un frenesí tal, que parecía que se la iba a comer. Más que sexo era canibalismo lo que aquel engendro cometía, noche tras noche, con la delicadísima María. Ella gozaba tanto con aquel puerco que me excitaba a mí. No me sentía celoso, yo acababa al mismo tiempo que ellos. Y sentía que era yo quien la poseía cada noche.

Un día me acerqué tanto que podía notar el calor de sus cuerpos copulando. Pude matar a aquel individuo, pero me pareció más interesante acabar con aquello de otra forma. Una carta anónima a la mujer de Pablo, fue suficiente para que éste dejara a María sin amante nocturno.

Por eso, aquel día, me atreví a acercarme a ella. Sabía que estaba apenada, sabía que sus noches estaban vacías. Le faltaba la compañía de un semental. Yo no soy un tipo atractivo como Pablo, pero tengo mis encantos. Rubio, alto, ojos azules, complexión delgada, cara aniñada. Siempre he tenido éxito con el sexo femenino, pero nunca me he enamorado. Hasta ahora. Al verla a ella, supe que debía hacerla mía. Al verla en sus ansias amorosas con aquel perro, supe que aquel

placer tenía que experimentarlo yo.

Durante varias noches María no salió de su casa.

Aquella noche fui a espiarla, como de costumbre, pero ella no salió. No sé por qué me quedé allí, creía que ella ya no saldría. Para mi sorpresa, Pablo se presentó en su portal. Aquel hombre había cambiado. Algo demacrado y con aspecto cansado, tocó el timbre de María. Ella bajó. El hombre intentó besarla, tocarla, ella le rechazó. Lo apartaba mientras él intentaba aproximarla con todas sus fuerzas. Era un hombre fuerte pero ella se zafó y le insultó. ¡No lo deseaba! ¡Aquel desgraciado comenzó a llorar!

Yo gozaba con todo aquello y creía que era el autor del drama, pero nada más lejos de la verdad.

El pobre demonio se arrodilló delante de ella, le suplicaba que no le dejara... le explicaba entre gimoteos que dejaría a su mujer. María no se inmutaba. Parecía una estatua de porcelana. La tenue luz de la portería iluminaba a la preciosa mujer que, en su impasible actitud, se tornó en un ser frío y extraño. Ella estaba tan distante del pobre hombre, postrado a sus pies, que se diría que me encontraba contemplando un cuadro de una Diosa del Olimpo recibiendo los tributos y plegarias de un suplicante siervo.

Lo que vino a continuación me dejó perplejo. María lo levantó del suelo y repentinamente lo besó con intensidad. Él parecía satisfecho y su cuerpo se relajó, era como una droga. Me dio la sensación de que aquel infeliz estaba recibiendo su dosis de placer. Inesperadamente se separó de ella, asustado. Comenzó a tambalearse y salió del portal. Se cogía el cuello con las dos manos. ¡Se ahogaba!

María volviendo su dulce cara, miró hacia donde yo me encontraba y después miró al tipo. Me sorprendió su conducta. ¿Por qué no le ayudaba? ¿Por qué me miró? Yo estaba oculto en la oscuridad de una callejuela enfrente de su portal, había coches, contenedores de basura, ¡no podía verme!

¿O sí?

María se dio media vuelta y subió a su casa. Como si nada.

Mientras, Pablo, el ardoroso amante de mi deseada María, seguía luchando contra su asfixia. Se escuchaban unos estertores terribles. Desde aquella garganta colapsada, surgían jadeos guturales. Su tráquea estaba obstruida por algún elemento u objeto extraño. Si no se ponía remedio a aquella agonía, el tipo iba a morir. Andaba con los ojos enloquecidos, en busca de ayuda y socorro, pero nadie pasaba por aquella calle. Vacía y solitaria, era el peor sitio de la ciudad para pedir auxilio. Solo yo le vi caer en medio del asfalto. Yo, y la sombra de María desde su ventana. Estoy seguro de que le vio caer. Seguro.

Mi desconcierto era tal, que me sentí arrepentido de haber delatado a aquel sujeto. Pero nada podía yo intuir sobre la naturaleza de lo que había sucedido y, ni mucho menos, sobre lo que había de acontecer más adelante.

Yo me creía un tipo obsesivo y enfermo. Mi deseo por aquella mujer me había llevado a mantener una vigilancia continua sobre ella, y ahora que veía que mi camino estaba libre, comencé a pensar más si cabe en ella, solo quería tocarla, hacerla mía. Era una afectación tal, la que me aquejaba, que dejé de comer, de estudiar... solo la perseguía.

Aquel pobre infeliz murió asfixiado. Yo me alegré. Sentí una inmensa felicidad rayana en el placer por la muerte de aquel imbécil. Pero no me preocupé por saber nada más. ME MARCHÉ DE AQUEL LUGAR DE UNA MANERA TAN INSENSIBLE, como insensible había sido María con su amante nocturno.

Ahora mi camino estaba allanado. Mi primer encuentro había sido un tanto infantil, pero ella había captado el mensaje. Y eso era lo fundamental. El mensaje.

En clase comencé a sentir los ojos de María sobre mí. Yo, por supuesto, me sentaba dentro de su campo visual, pero nunca antes ella se había percatado de mi existencia. Ahora me miraba todo el tiempo. Su mirada era algo perturbadora, fija, fría, sin sentimiento o pasión. Pero, ¿qué más podía pedir un infeliz enamorado como yo? ¿Estaba imbécil o qué?, ¿me estaba arrepintiendo? No, ni pensarlo.

Pero ahora que sabía que mi deseo se iba a hacer real, tenía miedo. Estaba acojonado.

Cuando le devolvía la mirada, ella me sonreía. ¡Sus labios eran tan perfectos y rosados! Ella se metía el bolígrafo en la boca, lo toqueteaba con su lengua roja, en un gesto que pasaba por infantil, pero que a mí me resultaba tan excitante que me veía obligado a salir del aula. Ya no iba a dejar pasar por más tiempo mi oportunidad. Ella se vendría conmigo a mi casa. Hoy mismo.

Al salir aquel infausto día de clase la busqué por el pasillo del aula. No la veía. Me crucé con una de sus compañeras.

— ¿Sabes dónde está María? —le pregunté sin saludarla previamente,

—Hola Alonso —me dijo algo molesta por haber irrumpido con tal falta de educación—. María nos ha dejado el siguiente mensaje: “Te espero esta noche donde tú sabes”.

Y esas cucarachas se reían mientras me canturreaban, al unísono y con caras de furcias, el inesperado mensaje de mi obsesión. Algo me dolió en las entrañas y ese algo me decía que esto era un juego para ella. ¿Podía ser que María supiera que yo había sido el delator de su amante? ¿Estaba preparándome una venganza? Comencé a desconfiar. María sabía que yo la había espiado. ¡Eso estaba claro, por su mensaje, por su mirada en el callejón oscuro de su calle!

Ya, de por sí, me considero paranoico y obsesivo. Me pienso mucho las cosas, las medito y rumio constantemente. Desconfío de todo el mundo, incluidos mis amigos personales. Pero ¿cómo no presentarme allí? ¿Dejar pasar por alto mi gran oportunidad? Me había costado meses, había soportado verla en brazos de otro hombre, había espiado sus hábitos, sus gustos, sus aficiones, lo sabía todo sobre ella, pero no tenía su sabor, su olor, su tacto. Y lo quería ya. Ahora.

Me presenté aquella misma noche en mí, tanto tiempo, deseado escenario macabro: el muro que rodea el cementerio. No había nadie

esperando, me apoyé contra la valla. Casi al instante apareció ella. Iba con una faldita corta, con vuelo, ligera como un tutú de bailarina. Una camiseta de tirantes rosa mostraba su esbelto busto, que se balanceaba suavemente acompasando sus andares de niña. ¡Estaba feliz! Venía a mi encuentro, y se mostraba entusiasmada. Su rostro estaba radiante. ¡Más bella que nunca! ¿Era yo el objeto de aquella alegría?

Mi corazón comenzó a latir con tal fuerza, que sus pulsiones me subieron a la garganta. Me iba a ahogar yo solito de la excitación. Cuando estuvo cerca, yo ya estaba a punto de explotar. Y ni siquiera la había tocado.

No me dijo nada. Solamente se acercó a mí sonriendo levemente. Sus absorbentes ojos verdes me dejaron atónito. Acercó su frágil y perfecto cuerpo al mío. Me acariciaba en cada roce con su cuerpo, su suave fricción era casi imperceptible pero me producía tal placer que creí que no podría llegar a consumir. Pero entonces ella me dijo:

—Vamos, ayúdame a subir.

—Si, vamos.

Susurré a su oído, extasiado. Viéndome, proyectándome a mí mismo como sustituto de Pablo, en aquellos quehaceres amorios que tanto había deseado. La cogí por debajo de su falda, y como él, no pude evitar manosearla como un auténtico viejo verde. Era un tacto tan suave que creía estar tocando con mis dedos el mismísimo cielo.

Diréis que estoy loco pero quise comenzar a comérmela allí mismo. Deseé morder su culo perfecto, pero todavía me aguanté. Salté tras ella. Me escondí junto a ella en aquel mausoleo. Ella se quedó mirándome, me sonrió, me acercó hacia su cuerpo. Entonces comencé con mi festín caníbal, le desgarré la ropa, no podía más. Ya no. No podía ser delicado. Yo no era Pablo. Me bajé los pantalones casi enfurecido, sin soltarla a ella. Agarrada de la muñeca para que no se me escapara.

Se dejaba hacer. María colaboraba con mi agresión. Y cuando la tiré al suelo y brutalmente me eché sobre ella para penetrarla, abrió su boca y me besó. Entonces supe lo que ella hacía con los hombres.

¿Un gusano? ¡Un gusano penetró por mi garganta! Como una sonda alargada, blanda pero consistente, llegó hasta mi estómago. Vacío mi fluido estomacal, ¡se comió el contenido de mi estómago! Y sin embargo nunca, jamás en toda mi vida, con ninguna otra mujer, había sentido un orgasmo de tal magnitud. Creí morirme de placer. Aquel gusano era su lengua. Ella estaba completamente extasiada, su gozo la hacía contonearse bajo mi cuerpo. Cuando terminó, sacó aquel helminto de mi cuerpo. Y yo saqué el mío del suyo. Se relamió con placer y me dijo, secando de sus comisuras labiales los restos de alimento licuado que me había extraído:

—Te necesito — y me sonrió ligeramente. Aun diría que de manera coqueta, mientras se arreglaba la hermosa melena acicalándola como un gatito después de comer.

Yo estaba atónito, intentando asimilar lo que me acababa de ocurrir. Y ella continuó su breve explicación poniendo su mano en mi boca abierta en señal de silencio.

—Nadie lo puede saber. Ahora eres mi alimento. Yo tu placer infinito. ¿Vas captando Alonso? Cuando otro me siga, será el momento de tu final. No es nada personal. ¿Lo entiendes, verdad amor?

Estas palabras salían de su bella y pequeña boquita, esa boca que minutos antes me estaban parasitando. Creí volverme loco. Asustado quise levantarme de su lado, pero María me retuvo con suavidad.

—Mañana a la misma hora, en el mismo sitio, ¿ok? —me dijo con dulzura infinita.

No pude si quiera contestar. Nos marchamos. Saltamos la valla del cementerio y ella, besándome dulcemente y tocándome mis partes íntimas, se dio media vuelta y se marchó. Sus pasos de bailarina, su esbelto cuerpo, sus andares sensuales...

TOMO OSCURO

Día tras día acudo a su encuentro. Ahora solo pienso en satisfacerla y cuidar mi alimentación al máximo de lo posible. Ella me lo agradece con el placer de su amor. Solo espero que ningún otro la esté observando con deseo enfermizo, pues sé que ese será mi final.

ODIO

por María Larralde

"Si alguien comenzara a odiar una cosa amada, de tal modo que su amor quede enteramente suprimido, por esa causa la odiara más que si nunca la hubiera amado, y con odio tanto mayor cuanto mayor haya sido antes su amor."

Ética. Benito Espinosa.

Uno

Después de todo, ahora lo miraba con otros ojos:

— ¿Qué pudo atraerme de este abyecto ser? —se preguntaba una y otra vez nuestra pobre mujer mientras le observaba aquel domingo.

Las horas transcurrían cansinas. Arreglar el jardín, cortar las malas hierbas, leer sin mucha atención una novela. Dormir un rato tras la copiosa comida. Ver alguna película intrascendente en la tele. Era lo que siempre había soñado, ella deseaba una vida armoniosa, tranquila, plácida...

Ahora miraba su pelo —el de él—, incluido el corte, con esos minimalistas ricitos morenos que si hubieran sido rubios parecerían de muñeca pepona. Su piel —la de él—, con unas finísimas patas de gallo en los ojos, que en cualquier otro varón le hubiera parecido

atractivo, por ser un signo externo de madurez. Sus manos poco masculinas, por falta de trabajo rudo con ellas, más bien eran manitas con apariencia infantil — y no hay nada peor en un hombre, que tener las manos finas, pequeñas o muy cuidadas—, se decía ella al mirarlas. Todavía no ha nacido mujer que soporte ese suave tacto en su cuerpo, sin pensar que en lugar de un hombre, le acaricia un niño, o peor todavía, otra mujer. Su cuerpo —el de él— demasiado proporcionado, y que por serlo, carecía de gracia o de algún tipo de atractivo especial o singular —el horror de la perfección—. Su sonrisa, sin empatía y bobalicona, como de buena persona, con su típica mirada inocente que a ella llegaba a parecerle estúpida...

Ahora, mirando todo aquello que, en resumidas cuentas, era él, sentía un odio atroz, profundo, una aversión inmensa que sobrepasaba, con mucho, cualquier capacidad humana para disimular o disfrazar la verdad de aquel afecto.

—Ojalá ya no sintiera nada por él —se decía una y otra vez, intentando inútilmente auto convencerse de que aquello podría cambiar si ella se lo proponía.

Al menos, no sentir esa terrible repulsión por el hombre que había elegido para compartir "el resto de su vida". Y cuando se decía estas cinco palabras a sí misma, el odio hacia él era infinitamente mayor: "el resto de mi vida".

A veces se preguntaba:

— ¿Qué me impide salir corriendo? No tenemos hijos, no quisimos tenerlos, pues los dos estábamos de acuerdo en que era mejor primero vivir la vida, viajar, tener un buen coche, la casa de nuestros sueños, salir a cenar con amigos cada semana, ir al cine, realizarnos profesionalmente... ¡Qué vida tan ideal! —se decía burlonamente a sí misma, mirándose al espejo con asco.

Y cuanto más le miraba, sobre todo cuando estaban con amigos y él se mostraba distraído, alegre, como con gran vida interior, más odio crecía en ella. Tanto, que ya no pudo mirarle más.

A veces su odio se transformaba en asco, un asco psicológico, provocado por todos estos signos externos... de felicidad.

Ella no entendía cómo podía odiarle tan profundamente, ya que, a cambio, solamente recibía de él amor. ¿No sería algo más normal que se ablandase? ¿No sería lo natural que ese profundo desprecio se disipara, al ver aquel afecto tan positivo hacia ella? ¿No debería comenzar a amarle a su vez, por el simple hecho de sentirse amada...?

Pero hay ocasiones en que, ciertas personas inmensamente crueles odian, cada vez con más fuerza, al estúpido ser que les ama. El desprecio y crueldad, cuanto más amor recibe más odia a su vez.

¡Pobre hombre, tenía una perfecta mujer!

Ella estaba preciosa para su edad. Era la envidia de todos los amigos, pues al no haber tenido hijos, como las demás mujeres, y al cuidarse diariamente en el gimnasio, gozaba de una figura espectacular para ser una mujer madura. Las mujeres desconfiaban de ella, los hombres la deseaban. No pasaban desapercibidos para nadie.

La visita de su madre —la de ella—, la revitalizaba. Y aunque esas semanas que pasaban juntas eran perfectas, ella temía el día en que su madre se fuera de nuevo a Valladolid, de donde era toda su familia. Pero claro, ellos vivían en Madrid, la capital. Su vida tenía que estar en el centro de España, ya que no podía transcurrir en el centro del Universo.

Su madre, en la última visita le dijo:

—Hija, ¿por qué no habéis tenido hijos? Se te ve muy triste y sola...

—Mamá— contestaba ella—. Ha sido el gran error de mi vida. Pero con 46 años ¿Cómo voy a tener un hijo?

—Lo sé hija, lo sé, pero al menos deberías cambiar de vida. Deberías dejar de trabajar tanto, y deberías dejar de pagar tanto por todo. Puedes cambiar todo este lujo, por una vida más sencilla. ¡Vuelve al pueblo!

El tono de su madre, al decir estas palabras, era como de broma. Sin embargo, ambas sabían que era la única solución posible. Su madre bajaba la cabeza esperando la contestación de su infeliz hija. Pero ella solamente la miraba con ojos, esta vez, de profundo amor. Y cuando sentía este amor, se decía a sí misma:

—Nadie sentirá esto por mí, nunca... —y su desesperación aumentaba.

Ahora recordaba, cada vez con más intensidad, el tiempo en que todo era distinto y, con ganas de comerse el mundo, se decidió a estudiar en la universidad para ser abogado. Tras largos años de duro esfuerzo, logró su meta. Y con muy buenas calificaciones, por lo que en pocos meses, consiguió un puesto en el buffet de abogados

"Sánchez e hijos". Allí fue donde conoció al que hoy era su "ideal" marido. Se fue forjando una relación basada en compartir los mismos objetivos de vida: dinero, prestigio, poder... Ella quería dejar de ser una paleta de pueblo... ¡Y vaya si lo había conseguido!, lo había superado con creces. Ahora, su vacío interior y el profundo desprecio por su marido, la habían convertido en una especie de marioneta inerte.

Había visto mucho mundo, y también, por su trabajo, muchos casos donde marido y mujer se odiaban a muerte hasta llegar a matarse, y alguna vez pensó:

—Lo que yo daría, a veces, por vivir algo así.

Pensaba que hasta eso era mejor, porque al menos era "algo vivo", y no esta vacuidad... este vacío tan desesperante. La vida empezaba a resultar una autentico tedio.

Ella se había esforzado durante los últimos años en mantener "el barco a flote". Ahora sabía que el barco estaba hundido desde que salió del puerto, y que no había un destino al que llegar. Cuando un barco queda a la deriva, parece un animal muerto. Está inerte, es llevado por las olas hacia cualquier lugar, sea inhóspito o agradable y fértil. Todo puede suceder cuando no se tiene un rumbo claro.

Pero, ¿por qué no salía corriendo? Podría ir a casa de su madre, después podría ir a cualquier parte del mundo. Tenía dinero, podría estar al menos unos meses sin trabajar, y después podría buscar algún trabajo menos ambicioso, podría tener tiempo libre para lo que quisiera hacer... Pero entonces se preguntaba:

—¿Qué quiero yo hacer que no haya hecho ya, sino amar a alguien y formar una familia de verdad? Eso ya no será nunca posible.

Hace tiempo, ella le había comentado a él estas cosas, y él simplemente le decía:

—Hemos hecho lo que queríamos: somos muy felices porque estamos libres de ataduras, no vamos a volvernos convencionales ahora. Eso que te pasa debe ser algo hormonal, que todas las mujeres

que no tienen hijos sufren, como sufrís cuando tenéis la regla, o como cuando os llega la menopausia. —Era un tipo rematadamente imbécil. El asco que ella le tenía, en esos momentos, se transformaba en una especie de odio mezclado con impotencia, eso la reventaba por dentro.

Hace tiempo que ella no le habla de nada de esto. No por sus respuestas, sino porque le daba totalmente igual lo que él opinara al respecto.

A veces deseaba que él tuviera una amante, y que la abandonara. O mejor aún, que se muriera de un ataque al corazón, un infarto cerebral, un accidente o algo así rápido y contundente. Y lo peor era que no sentía ninguna culpa cuando deseaba estas cosas, más bien era una especie de esperanza que latía en su interior. Pero sabía que no por desear algo se iba a cumplir. Más bien al contrario, como la pena la invadía y el vacío era cada vez mayor, sabía que en el fondo todo aquello más bien le terminaría ocurriendo a ella antes que a él. Entonces venía la peor parte, ¡no podía ni por un momento imaginarse a aquel repulsivo hombre cuidándola amorosamente! ¡Eso era lo último que quería que ocurriera! ¡Antes la muerte!

Pero en realidad: ¿por qué lo odiaba a él de esa manera tan profunda e intensa, si nadie le obligaba a estar con él?

Una conocida le dijo una vez:

—Solo podemos odiar a quien hemos amado, y cuanto mayor haya sido el amor, tanto mayor será el odio hacia esa persona.

Esta afirmación la conmocionó, y fue a partir de entonces cuando comenzó a comprender que su amor interesado hacia aquel hombre, había pasado a ser odio, pero que su interés, en el fondo, permanecía intacto. En realidad, menos su potentísimo deseo tardío de ser madre, todo lo demás seguía igual. Y si esto era así, seguramente a él le podía estar pasando lo mismo. Seguía amando el poder, el lujo, el glamur, el prestigio...

Un día le confesó a su mejor amiga, Judith, que creía que en

realidad nunca había amado a ese hombre. Parecía como si el hombre al que había amado, hubiera desaparecido...

— ¡Qué penoso es oírte decir eso!— le reprochaba Judith— ¿Por qué te casaste si sabías que no le amabas?

—Pura convención social. Puro márquetin. ¡Yo qué sé! ¿Tú crees que pensé en el amor?

—Jamás haría una cosa así, te lo aseguro —le decía su amiga con cara de tristeza.

—Lo sé, por este mismo motivo eres mi amiga, porque eres una buenísima persona. Jamás harías nada por puro interés, todo lo haces con el corazón. No entiendes que el mundo funciona de otra manera, eres el contrapeso que necesito para llenar el gran vacío de mi vida.

Pero la buena amiga Judith, nunca pensó que el odio atroz que envolvía a su amiga la llevaría a la locura, sobre todo porque ella siempre estaba pendiente de su estado de ánimo. Le hablaba sobre el odio, y le decía que nunca puede ser bueno odiar a alguien, pues te produce impotencia, malestar y te vuelves peor persona... en general, y no solo hacia la persona odiada.

—Es del todo mejor transformar ese odio, al menos, en indiferencia. Porque puedes ahogarte en él y dejar de vivir.

Pero este tipo de consejos son muy fáciles de decir y muy difíciles de escuchar. Sobre todo, porque ella se había propuesto eliminar al imaginario causante de todos sus males...

Dos

Eran ocho años, sufriendo un desafecto atroz por él. Eran veintitrés años juntos, primero el noviazgo larguísimo. Después una ostentosa boda, con dos familias encantadas de haberse conocido. La de ella por el logro alcanzado por su niña. Había logrado salir de una clase social humilde y meterse de lleno en la clase media acomodada. La de

él, porque comprendían que una mujer tan bella, que había logrado un nivel de estudios a base de becas, con unas calificaciones altísimas, con una visión conservadora de la familia, fiel y sumisa con los hombres, era un partido que no encontraría en las mujeres de su misma clase. Mujeres soberbias, sin frescura, sin convicciones, y dadas a todo tipo de vicios y perdiciones. Ambas familias ganaban "algo", todos en realidad ganaban "algo"....

La mañana del 3 de septiembre de 1995, parecía una mañana normal. Águeda se levantó con un fuerte dolor de cabeza. Las ojeras en su rostro eran más que evidentes, tanto, que Felipe se lo comentó durante la taza de café del desayuno:

—Quédate a descansar si no has dormido bien, yo me voy al despacho. Tengo el juicio de José Luis Olcina a las once de la mañana, y me gustaría repasar el expediente. Ya les digo a los demás, que hoy vas más tarde, ¿de acuerdo?

Ella entonces le miró, le miró mientras le hablaba... Miró su rostro detenidamente, se fijó en sus ojos, en las cejas y sus movimientos al hablar. Se fijó en su boca, y en cómo las comisuras se balanceaban de arriba hacia abajo o viceversa, según lo que fuera diciendo. Miró el color de su piel, los poros de la nariz...

Repentinamente se dio cuenta de lo que sucedía, y en voz baja, pero audible para él, dijo:

—¿Cómo no me había dado cuenta antes? —y lo miró con cara de espanto.

En aquel momento sintió tanto terror, que salió corriendo mientras él terminaba de hablarle, y se escondió en la cama.

Felipe, atónito ante la respuesta de ella, le siguió.

—¿Pero qué haces, qué te pasa...? —le decía asombrado.

Y desde debajo de las sábanas, escuchó a su mujer susurrar algunas ininteligibles palabras:

— ¡Sabía que no era yo el problema, sabía que algo estaba pasando...! ¿Cómo es posible?

— ¿Qué te pasa Águeda? ¡Me vas a hacer que llegue tarde! ¿Estás enferma? —y al tiempo que él le decía esto a media voz, tiraba de las sábanas bajo las que su mujer se escondía.

— ¿Quién eres tú?, ¿dónde está mi marido?, ¿desde cuándo te estás haciendo pasar por él? —le decía ella gritando y llorando al mismo tiempo, en un estado tal de enajenación en el que él no reconocía a su mujer.

Ella era una persona tranquila, ella era una mujer modosa, sosegada y que pocas veces alzaba la voz... Ahora tenía un aspecto deplorable, como de loca, como una alcohólica o algo peor.

— ¿Qué significa todo esto?, ¿estás de broma?, ¿es el día de los santos inocentes?, ¿pero qué te pasa Águeda? ¡O me contestas, o te juro que llamo a la policía! —dijo Felipe con firmeza, no sabiendo, en realidad, qué hacer en aquella insólita situación.

— ¡Yo voy a llamarles! —gritó Águeda enloquecida. Y levantándose en un instante, salió corriendo hacia la planta inferior. Se encerró en la cocina y desde el teléfono que tenían en la pared, llamó a la policía:

— ¡Ayúdenme! —decía desconsolada— ¡Un extraño se hace pasar por mi marido! ¡Quiere matarme!

Desde el otro lado de la puerta, Felipe, conmocionado por la situación, no hablaba. Escuchaba lo que increíblemente su mujer le estaba diciendo a la policía. Se quedó paralizado por el miedo y la confusión...

Decidió abrir la puerta poco a poco, ella había tirado el teléfono al suelo y se oía la voz del policía, que desde el otro lado, preguntaba insistentemente la dirección donde se encontraban.

Felipe le gritó perplejo:

— ¿Pero qué coño estás haciendo? —Y comenzó a acercarse a ella lentamente.

Águeda, detrás de la encimera del centro de la espaciosa cocina, y con un cuchillo de cocina en la mano gritaba:

— ¡No te acerques a mí, no te acerques, por favor! ¡No me hagas daño! —y su rostro desencajado mostró a su marido que no estaba en su sano juicio.

Él, no soportando la situación, se dio la vuelta, y entonces Águeda, la mujer tranquila, fiel amante y perfecta esposa, abalanzándose como una loca furiosa le asestó una puñalada en el costado, entre abdomen y costillas.

Felipe sintió un profundo dolor, sin embargo, su cara se desencajó solamente cuando escuchó a su mujer decir gritando:

— ¿Quién eres? ¿Dónde está Felipe? ¿Qué le has hecho a mi marido?

Felipe cayó al suelo y se desvaneció de dolor... Se desangraba por la mortal puñalada que Águeda le había asestado a traición. Oía, desde su inconsciencia, a su mujer gritándole, insultándole... creyó notar patadas y golpes por todo su cuerpo pero, poco a poco, dejó el mundo de los vivos y se adentró en las tinieblas.

Le dijeron que Águeda había sido ingresada en el psiquiátrico. Y también que por poco se muere. Estuvo tirado como un perro durante horas. Ella le dejó en el suelo, subió al segundo piso, se duchó, se cambió para ir a trabajar y llegó, como si nada, al despacho de abogados.

Alfredo le preguntó por él.

—Pero, ¿cómo?, ¿no ha llegado?, ¡si salió de casa antes que yo! ¡Me dijo que se venía al despacho porque tenía el juicio de José Luis Olcina a las once de la mañana! —dijo sorprendidísima.

Tres

Al principio pensaron en un accidente. Ella misma llamó a la policía esa tarde, ya que Felipe no se presentó al juicio.

Después, ya en la casa, la primera impresión fue la de un atraco en

su domicilio. Pero, ¿cómo podía ser que ella no se hubiera dado cuenta?

Al llegar a la casa, junto con la policía, encontraron a Felipe tirado en medio de un gran charco de sangre ya coagulado, por las horas. Estaba muerto, o al menos eso parecía.

La policía le preguntó a Águeda:

— ¿Es este su marido?

Y ella con total convencimiento contestó:

—No, este es un doble, como un clon de mi marido. Estaba conviviendo conmigo desde hacía años, y solamente hoy me he dado cuenta. Tienen que buscar al culpable de todo esto y devolverme a Felipe, aunque ya no sé si estará vivo, creo que hace al menos 8 años que este hombre se hace pasar por él.

El policía, completamente atónito, la cogió por los brazos y le dijo:

— ¿Ha apuñalado usted a este hombre?

—Sí, me perseguía por toda la casa, enloquecido. ¡Tuve que defenderme!

El compañero de patrulla sacó las esposas y cogiéndole por las muñecas la esposó, leyéndole sus derechos. La ambulancia llegaba en ese momento, los padres de él y los compañeros del bufete de abogados, llegaron casi al mismo tiempo.

Todo el mundo quedó conmocionado al verla a ella salir esposada, y a él en camilla.

Águeda solamente se dirigió a los padres de él sin inmutarse emocionalmente:

—Ese de ahí no es vuestro hijo. Pedid una prueba de ADN. ¡Tenéis que encontrar a vuestro hijo! —decía gritando una y otra vez.

Y metiéndola en un coche de policía, la llevaron a comisaría.

TOMO OSCURO

Águeda, por fin era libre...

LA CONFESIÓN DE MARIANO BIZANCIO: DIONAEA INSIDIAS

por María Larralde

Un sótano. Lúgubre, mal cuidado, desordenado y cubierto de años de polvo sin limpiar. Un hombre se dispone a realizar una grabación. Una confesión. Su aspecto cansado no elimina de su rostro unas facciones fuertemente masculinas de hombre maduro, que revelan un pasado ilustre. Tiene aspecto de hombre eminente. Su grisácea barba, ya mal cuidada, rememora la sabiduría pretérita. Vestido con traje de chaqueta color azul marino, algo pasado de moda, parece un caballero de fina estampa. Pero hoy, este hombre tiene que expiar una culpa.

Comienza la grabación.

Mariano, sentado en una modesta silla de madera, comienza a hablar con su cansada vista puesta en el objetivo de la cámara web de su ordenador.

“La ciencia de la botánica nos enseña que las plantas –en sus diversas escalas clasificatorias-, a pesar de que presentan las virtudes propias de todo ser vivo, no poseen la capacidad de la locomoción. Al menos, eso estudié en la facultad como un hecho completamente demostrado e indiscutible. Claro está, que el movimiento forma parte de su naturaleza, pues crecen, incluso oscilan poco a poco y, de

manera imperceptible para el ojo humano, hacia la luz solar. Abren y cierran los pétalos y sépalos de sus florecillas en las noches, o viceversa según la especie. Y algunas, pueden tener “algo” parecido a contracciones musculares, cuando cierran las hojas transformadas en fauces, y el insecto que quiso probar el sabroso néctar queda atrapado en una especie de celda que hace las veces de órgano digestivo.

Pero fuera de estas excepciones a la regla general, las plantas, los vegetales... ese reino antiquísimo y primigenio de la vida en la tierra, no necesitan moverse para buscar su alimento. Y esto es debido primordialmente a que están en contacto directo y permanente con su fuente de nutrientes. El suelo.

Soy botánico. He estudiado a estos maravillosos y serenos seres vivos, durante más de treinta años. Mis colaboraciones en trabajos de investigación sobre diversas especies raras de las selvas tropicales, ha merecido algún que otro reconocimiento a nivel científico.

(El botánico Mariano Bizancio, para unos segundos su alocución rememorando aquellos tiempos de juventud y éxitos profesionales)

Pero ahora que estoy en el final de mis días, no por vejez o enfermedad, sino porque así lo he decidido, tengo que desvelar el secreto que he guardado durante muchos años: soy culpable de la aniquilación de la especie humana sobre la tierra. Ya no hay vuelta atrás. Podría haber evitado esta situación hace tiempo, pero mi amor por el saber científico me impedía amar a los hombres por encima de cualquier otra consideración.

Todo sucedió en un viaje de investigación por el pacífico. Ponape es el lugar exacto donde hice mi descubrimiento. La expedición no estaba formada por biólogos, sino que era un equipo multidisciplinar con un paleontólogo, un antropólogo, un biólogo marino, un servidor como botánico y un arqueólogo. Nuestra misión era estudiar aquella isla y las colindantes, en todas sus facetas: culturas arcaicas humanas, sus construcciones arqueológicas, fauna y flora actuales y pretéritas. Los ecosistemas del lugar... Aquello costó mucho tiempo, esfuerzo y grandes colaboraciones económicas públicas y privadas. Y eso hicimos.

Pero no todo el conocimiento es un BIEN en sí mismo. Y en aquel alejado e inhóspito archipiélago hice, de manera fortuita y

furtiva, un descubrimiento atroz.

Era una mañana veraniega e hicimos una inmersión submarina, pues se decía que había una ciudad antiquísima, sumergida en el océano. Eran puras leyendas, pero como todas ellas, podía haber algo de verdad en esos mitos tribales. Contaban los nativos, que la isla estaba literalmente sobre una ciudad arcaica de roca y metal. Allí habían habitado seres que quizá no tenían linaje con la especie humana, pero que eran inteligentes y que su dominio sobre la tierra se esfumó sin explicación ninguna. Los nativos no pisaban aquella isla, allí no se reproducía la vida humana. Todos habitaban islas cercanas, pero nunca nadie se atrevió a repoblar aquella tierra de nadie. El peso de la maldita leyenda era superior a las ansias expansivas de nuestra especie.

Fue todo un impacto para nuestro equipo científico descubrir que, efectivamente, aquella isla se sostenía o había crecido, por acumulación de materiales orgánicos e inorgánicos a lo largo de milenios, sobre construcciones de metal y de granito que, cual columnas inmensas, sostenían el atolón superior. Por debajo había cuevas y túneles que, deteriorados por la erosión del mar, la sal y el tiempo, parecían naturales pero que examinadas más de cerca, evidenciaban que eran construcciones geométricas perfectamente construidas por una mano inteligente. Aquellas construcciones tenían un diseño estructural con un fin clarísimo: su habitabilidad.

Varios de nosotros nos sumergimos en varias ocasiones por aquellos pasadizos que habían sido la guarida de seres de otro tiempo. En una de aquellas inmersiones, cuando ya íbamos a volver a Europa dado que no se podía mantener económicamente el proyecto, y siendo poco atractivo desde el punto de vista comercial, hice mi última expedición.

Llevaba bombonas de oxígeno para dos horas, y mi compañero Jackes me haría de guía. Él era el verdadero profesional, pues era el biólogo marino. Ambos nos resistíamos a irnos de aquel sorprendente lugar. Creíamos que debía seguir investigándose hasta

extraer de sus entrañas sus más escondidos secretos. Y ambos estábamos equivocados. Radicalmente desacertados en nuestra apreciación.

A la media hora ya estábamos los dos solos, sumergidos en aquél atolón cavernoso. Sus habitáculos eran espaciosos, sin embargo, los túneles estrechos entre ellos dificultaban nuestros aparatosos movimientos de submarinistas, obligándonos a ir uno tras otro en fila de a uno. A pesar de no ser especialista en animales, aquello tenía todo el aspecto de una madriguera. La luz iba desapareciendo conforme nos adentrábamos en la guarida, pero teníamos potentes linternas. Con aquellas luces, el aspecto tétrico y aún diríase que terrorífico de túneles y cámaras, se acrecentaba. El fitoplancton rellenaba por completo el espacio acuoso de las oquedades. Las paredes de las cuevas estaban cubiertas por algas y líquenes, sin embargo no observamos rastros de vida animal.

De manera fortuita, rocé una de las paredes en uno de los laterales de la cueva más profunda de todas a las que habíamos conseguido llegar. Aquella pared desprendió sus capas de materiales sedimentados, produciéndose una nube de material denso que se diluía en el agua circundante. Enfocamos con las linternas hacia aquella zona. Debajo de los materiales de desecho flotantes se veía, con dificultad, un material metálico sin corrosión ninguna a pesar de que el agua lo había estado lamiendo quizás durante millones de años. Nos acercamos. Me quedé completamente sorprendido.

Aquello era la puerta de una especie de sarcófago incrustado en la pared de la cueva. Ambos comenzamos a limpiar las paredes con nuestras propias manos. No había solamente una, se podían observar más de cincuenta puertas de habitáculos perfectamente adheridos a los muros de la estancia. Pequeñas bisagras y unos pestillos simples, facilitaban su apertura, cuya dirección era hacia el interior del receptáculo. Con esfuerzo y sin apenas visión, abrimos el primero de ellos. Dentro había un ornamentado cofre. Sus dimensiones eran casi idénticas a las del contenedor de la pared, y estaba encajado casi al milímetro en él. Me parecía casi imposible el poder sacar aquel cofre

de allí. Pero Jackes, mirando minuciosamente aquella autentica obra de arquitectura, encontró un pulsador en el lado derecho. Al tocar aquel interruptor la sala se iluminó completamente. Pero lo más impactante de todo fue que, mientras los halógenos repartidos equidistantemente en la cueva la saturaban con luz artificial, el agua comenzaba a evacuarse por los conductos por los que nos habíamos adentrado. Una gran fuerza de succión que no comprendíamos de dónde podía provenir acabó por vaciar la sala. Los dos nos mirábamos estupefactos. Conmocionados, mientras el lento descenso del volumen acuático nos depositaba finalmente en el suelo de la estancia.

Aquello era descomunadamente grande. Lo que habíamos interpretado como una gran cueva submarina era en realidad una gran sala destinada a clasificar aquellos cofres metálicos por todas sus paredes. Parecía que alguien se había tomado muchas molestias por preservar aquel secreto celosamente ocultado, durante milenios, por seres inteligentes. Jackes y yo nos quedamos paralizados ante la asombrosa visión. Sin esperar, nos desprendimos de las escafandras pues queríamos tener libertad de movimientos para inspeccionar todo aquello. No pensábamos en las consecuencias, solo en el descubrimiento.

Entre ambos conseguimos, tras un análisis minucioso de los receptáculos, descubrir un singular mecanismo de extracción de los cofres. En el centro de la cueva-habitación de almacenaje, había, escondido también bajo algunos quilos de material de desecho, una central automatizada del más alto nivel tecnológico. Aquello comenzaba a recordarme a un laboratorio. Jackes pensó lo mismo. Pero de nuevo nuestro afán por comprender lo que era todo aquello se impuso a la prudencia.

Limpiamos aquella centralita. Había una pantalla central, que parecía haber sufrido daños por el agua. La toqué con mis manos. Sorpresivamente aquello comenzó a iluminarse. Al principio nos costó entender su funcionamiento pero era debido a nuestra deformación profesional. Estábamos convencidos de que sería un

mecanismo complejo, lleno de algoritmos y fórmulas matemáticas, pero nada más lejos de la realidad. En aquella pantalla táctil, aparecía representada la misma sala, con cada uno de los agujeros soporta cofres debidamente clasificados por color y un nombre. Entonces comprendí. Era un almacén de seres vivos.

Los nombres estaban escritos en un idioma desconocido, y no éramos capaces de descifrar sus reglas semánticas. Dimos una vuelta por la estancia y nos asomamos al túnel por el que nos habíamos adentrado en aquella sala. Ni rastro de agua marina. Volvimos a la torre de control. Después de pensarlo un rato, decidimos tocar uno de los recuadros con un extraño nombre en medio. Era de color marrón claro por lo que dedujimos que no sería un organismo dañino el que tenían preservado en aquel cofre, ya que había una diferencia clara con otros que tenían colores chillones y rojos bermellón. En cualquier idioma los colores chillones indican peligro. Nos dijimos.

Podríamos haber intentado salir a por ayuda, podríamos haber actuado correctamente, siguiendo los protocolos ante un descubrimiento de tal magnitud. Pero tomamos la peor de las alternativas. Le dimos al botón marrón.

Se activó de inmediato un mecanismo automático de extracción de los cofres, de todos los de ese mismo color. Todos fueron depositados en el centro de la sala por unas frágiles e invisibles cintas que salían de los receptáculos. Los cofres tenían inscripciones idénticas, por lo que dedujimos que se trataba del mismo organismo clasificado y documentado por seres inteligentes que ya no existían en la tierra desde hacía, quizá, millones de años. Los sarcófagos tenían forma casi ovoide, pero no dejaban de ser rectangulares a un mismo tiempo...

(Mariano para un minuto su relato pero sigue mirando la cámara. Su rostro, descompuesto con el recuerdo de lo que iba a continuación, era el mismísimo rostro de la decepción y la pena profunda)

Jackes, él fue realmente el que insistió en abrir el cofre número uno. Yo comenzaba a mostrar mi reticencia a seguir desentrañando aquel misterio sin ayuda del equipo e incluso de las autoridades del archipiélago. Algo me decía que aquello podía ser peligroso, pero en ningún momento podría haberme llegado a imaginar lo que sucedería en aquel laboratorio intraterrestre. La excitación que ambos colegas estábamos experimentando nos llevó a equivocarnos nuestras decisiones. Mi corazón galopaba en mi interior desbocadamente, mi pulso acelerado llegó a más de 160 ppm. Mis manos presentaron un temblor fino, debido al exceso de adrenalina que, desde mis glándulas suprarrenales, comenzaba a fluir en cantidades tóxicas a través de mi flujo sanguíneo. El descubrimiento podría cambiar el campo de la biología de hoy en día, sus paradigmas principales, sus teorías más asentadas y contrastadas.

Me encomendé a Dios. Me santigué. Jackes me miraba pasmado. Le dije que solo Dios podía conocer lo que allí dentro había escondido con tanto celo. ¿Y si era algo incontrolable? ¿Y si aquello había sido almacenado y olvidado con el fin de hacerlo desaparecer para siempre? Al fin y al cabo, ¿a quién se le ocurre buscar debajo de una isla?

Mi compañero se rió a carcajada limpia de mis locuras, aquella risa retumbó en las paredes del amplio laboratorio. Me entró a mí también la risa, pero a diferencia de Jackes, mi risa era producto del miedo y la excitación.

Juntos nos agachamos frente al primer cofre, un sencillo mecanismo de cierre permitía abrir manualmente aquel sarcófago. Jackes dedujo que algo tan fácil de abrir no podía contener nada potencialmente peligroso. No era congruente. Abrimos el cofre. Era un sarcófago, efectivamente, es decir, un ataúd. Pequeño, pero indudablemente eso era aquello pues dentro había un ser momificado. Aquel ser tenía un aspecto híbrido. Mis conocimientos de botánica me inclinaban a pensar que era una planta mutada. La cosa estaba en perfecto estado de conservación, por lo que le sugerí a Jackes que más que una momia, era un estado de letargo o

hibernación, en el que se encontraban aquellos seres.

Lo examinamos de cerca. El ser tenía raíces de colores ocres y tallo grueso con hojas, éstas parecían las de un palmípedo, por lo que no sabía si pertenecía al reino vegetal o al animal. Al final del tallo presentaba un apéndice cefálico alargado, parecido a las cabezas de los caballitos de mar, que estaba equipada con boca repleta de dientes, y ojos! Los párpados del ser estaban cerrados. Calculamos que medía unos 50 cm. Al ser completamente desconocido para nosotros, no sabíamos si se trataba de un individuo adulto o era una cría de la especie.

El impacto emocional para un científico como yo, ante un descubrimiento así, fue bestial. No comprendía nada. Aquello parecía más dormido que otra cosa. La realidad de nuestra situación comenzó a imponerse. Jackes se mostraba asustado. Él sabía más de fauna que yo. Me miró a los ojos y me dijo que aquello era un ser en estado casi embriológico. Por las proporciones calculaba que el adulto podría medir más de dos metros. Parecía un ser en un estado evolutivo intermedio entre planta y animal.

Entonces, no sé muy bien por qué, mi colega comenzó a arrepentirse de haber abierto el ataúd de preservación del ser. Me quería convencer de que seguramente este ser no necesitaba a ningún congénere para multiplicarse. No entendía por qué se ponía de aquella manera, este descubrimiento nos catapultaría a lo más alto de la cúspide científica. Me pidió que dejáramos todo aquello allí y que nos marcháramos.

Pero yo no iba, bajo ningún concepto, a hacer aquello que él me pedía. Cerré el sarcófago, puse el seguro para que no se abriera, y mintiendo y engañando a mi amigo, diciéndole que dejaríamos allí todo aquello, le convencí para que se pusiera el traje de buzo. Nos adentramos en los túneles y a los cincuenta metros aproximadamente aparecía el nivel del agua de nuevo. Ambos nos sumergimos, no nos quedaba mucho oxígeno, el suficiente como para salir a superficie. Hice que Jackes fuera delante de mí. Nos

iluminábamos de nuevo con las lámparas. Miré hacia atrás y todavía podía ver el resplandor de la luz de la sala del laboratorio prehistórico. Me volví hacia mi colega, me acerqué desde atrás. Tiré con fuerza de sus bombonas de oxígeno y las desgarré del traje de buzo. Jackes se volvió espantado. Sus ojos abiertos expresaban sorpresa y pánico. Entonces lo agarré del cuello con mi brazo. Murió a los cinco minutos.

Volví. Cogí el sarcófago. Apagué la luz de la sala. Todo quedó en oscuridad total. La sala se volvió a cubrir de agua. Nadie podría sospechar lo que allí abajo se escondía. Mi descubrimiento estaba a salvo del mundo.

El barco estaba en su lugar, esperándonos. Ahora tenía que inventar un plan para escapar de la responsabilidad sobre el asesinato de Jackes, cuyo cuerpo estaba perdido en los túneles infinitos de debajo de la isla misteriosa. Escondí mi tesoro biológico. No se lo diría a nadie. Me lo llevaría conmigo y descubriría de qué se trataba. Una vez que estuviera seguro de lo que era aquel ser, desvelaría el secreto. Pero la victoria sería mía. Y de nadie más.

Por supuesto, la historia que conté coló completamente. Habíamos salido imprudentemente los dos solos a realizar una inspección submarina. Jackes había quedado atrapado, se desgarró el traje, se asfixió intentando salir de las grutas. Yo intenté ayudarle, pero no pude hacer nada. Fui una víctima. Me apartaron de la expedición y me trajeron a casa. Tuve que estar dando testimonio a las autoridades, pero el cuerpo nunca fue hallado. Buzos de las fuerzas armadas entraron por aquellas grutas, pero no encontraron su cuerpo. Sin embargo, girones de su traje y las bombonas de oxígeno fueron recuperadas. Conclusión: depredadores marinos habían dado buena cuenta del cuerpo de Jackes. Caso cerrado. Familia indemnizada.

Una vez en España, en mi propio laboratorio, en mi casa de campo comencé a examinar el cuerpo de la que ya había sido apodada por mí como: *Dionaea insidias*. Para que se entienda,

aquella planta-animal... debía pertenecer a un eslabón perdido en la evolución. Su estructura celular era de vegetal, pero su fisionomía y anatomía estaba a caballo entre los dos reinos. La saqué del sarcófago con sumo cuidado y la puse en una mesa de disección bajo focos de luz potente. Con una gran lupa de aumento la miré de cerca, aquello tenía pelitos por todo el cuerpo excepto en cabeza y hojas. Las raíces eran más bien como patas de un *sepiído*, *del orden de los moluscos cefalópodos*, vamos, las sepias. Pero tenía sus estructuras generales organizadas como las plantas y no como un animal. Seguramente era cazador. Y seguramente hacía la fotosíntesis al mismo tiempo. Era, sin duda, el mayor descubrimiento en biología desde Darwin.

Aquel mismo día sucedió la catástrofe. *Dionaea* despertó de su plácido sueño milenario. Imperceptiblemente tomó color. Sus tonalidades se encendían. El verde de tallo y hojas era más intenso. El ocre de las raíces se oscureció, la cabeza beige se tornó rosada. Pero mi gran sorpresa fue cuando aquello abrió los ojos. El espécimen parecía algo aturdido. ¡Comenzó a mover la raíces y las hojas como estirándose, desentumeciéndose después de un largo periodo de inmovilidad! Me retiré un poco. Me sentía contrariado. ¿La metía en alguna jaula o en una urna? Me senté enfrente a ver qué pasaba. Aquello comenzó a moverse cada vez con mayor brío. ¡Se puso de pie sobre las raíces que ahora tenían todo el aspecto de patas, como las de los ciempiés! Me quedé estupefacto, paralizado por el milagro que mis ojos estaban observando. *Dionaea* me miró y abrió su boca. Sus dientes eran afilados. Emitió un gruñido desafiante hacia la dirección donde me encontraba. Eran dientes de depredador. Sus hojas eran como las patas de las ocas, con membranas entre una especie de garras o dedos con pinchos al final. Pero sin embargo no habían perdido su aspecto de hoja.

Jackes tenía razón. Aquello podía ser peligroso. Y cuando me levanté para alcanzarlo y meterlo en una de las jaulas para gatos que tenía en mi laboratorio, eso salió corriendo de manera veloz, ágil y rauda. Se escondió entre las estanterías. Miraba con cara de pocos amigos hacia donde yo me encontraba. Me acerqué sigilosamente. Al

hacerlo, aquella cosa, se escabulló por debajo de la estantería y se me enredó en el tobillo izquierdo, con sus tentáculos-raíz se agarró con fuerza. Sus hojas-garra me hacían jirones el camal del pantalón vaquero y el calcetín, mientras con sus dientes y sus fauces abiertas de par en par me mordía desgarrándome la carne. El dolor fue tan grande que me caí al suelo. Aquello comió un pedazo de mi carne. Salió corriendo hacia la puerta y, como si además estuviera dotada de una alta inteligencia, salió por la puertecilla del gato. Quise seguir su rastro pero las graves heridas que me había propinado *Dionaea insidia* me impidieron seguir más allá de cien metros. Aquello ya no se veía por ningún sitio. ¡Se me había escapado!

(Mariano Bizancio respira con dificultad antes de seguir. Ha tomado barbitúricos en grandes cantidades, pronto se dormirá para siempre. Pero todavía le quedan fuerzas para seguir un minuto más su confesión)

El resto es conocido. Un mes después aquel engendro de otro tiempo había crecido hasta alcanzar más de dos metros de envergadura. Había sido capaz de reproducirse en millares de individuos. Las esporas son el medio que utiliza para ello. La tierra ha sido invadida. Los humanos y demás seres vivos somos su alimento. Esta confesión está siendo emitida en directo para todo el mundo.

Yo, Mariano Bizancio Gutiérrez, he acabado con la vida humana en la tierra. *Dionaea insidia* es el ser perfecto. Animal, vegetal, hongo... parásito. He descubierto que, cuando no encuentra fuentes de energía proteínicas, este ser sumerge sus patas-raíces en la tierra y mediante la absorción de agua y minerales, realiza la fotosíntesis con sus hojas disponiéndolas hacia el sol. Es capaz de vivir bajo tierra, en cuevas, en el mar.

¡Y éste monstruo de la naturaleza, era catalogado por aquellos seres inteligentes, en su laboratorio de la isla secreta, Ponape, como “poco peligrosos” o eso creí entender yo!

FIN DE LA EMISIÓN.

LA TRANSFORMACIÓN DE ASHLEY GORDON

por María Larralde

Cuando el niño Ashley nació, a su madre se la llevó una eclampsia. Y este trágico suceso fue considerado por todos sus parientes como un auténtico estigma para el recién llegado a nuestro mundo. Su padre, Robert Gordon, era un hombre hecho a sí mismo y consideró, en contra de la opinión generalizada, que su hijo sería feliz. El primer paso fue ponerle el nombre que su madre deseaba para él, en contra del criterio de su propia madre, que le recomendaba no traumatizar a su hijo con el recuerdo permanente a esa madre ausente, a través del nombre. Pero Robert Gordon quería que su hijo fuera valiente, y le enseñó a afrontar las desgracias con fortaleza y algo de resignación. El segundo paso fue dejarle crecer conforme a sus propias inclinaciones temperamentales, cosa que su hermana criticó por hacer del niño un ser caprichoso con tanta libertad. Pero Robert Gordon deseaba que su vástago no se despreciara a sí mismo y que apreciara la oportunidad que la vida le daba al vivirla, por lo que lo dejó en casa hasta los diez años. Ashley Gordon ingresó en la escuela en su pre adolescencia. Y no, no tenía ningún trauma. Sin embargo la opinión adversa de la familia directa, que consideraba retraído e infantil al chico a pesar de que no lo era, no cesó hasta el siguiente paso de la vida del muchacho.

Ashley Gordon heredó el amor por la lectura y las armas de su progenitor. Su paso por la escuela fue completamente normal, salvando el inquietante hecho de que no tenía apenas amistades de su edad. Pero Robert Gordon hablaba con su hijo a diario y éste le confesaba que su aislamiento social no era por timidez o por incapacidad, sino que los gustos e intereses de los demás niños no coincidían con los propios, por lo que no sentía ninguna necesidad de relacionarse con ellos. Pero su padre se preocupaba por él y fue a hablar con la tutora del niño, la cual achacaba todo el problema de Ashley a la timidez y reserva propias de un niño frágil, que había crecido sin madre. Nunca más Robert Gordon se acercó por el colegio. Y feliz entre libros y fines de semana de caza, Ashley creció hasta convertirse en un joven fuerte, con una mente brillante y un cuerpo sano.

Ashley tenía una vocación. El Ejército. En concreto, la Armada. Más específicamente la USMC. Porque en su tierra, Filadelfia, ser Marine era un honor. Pero su padre se lo hizo meditar. Acabaría sus estudios y si después su afán por formar parte de las fuerzas armadas se mantenía con el mismo ímpetu, Robert daría su visto bueno. Ashley se alistó con 16 años. La Escuela Naval le dio la formación como Subteniente de Infantería Marina. Paso siguiente... La Escuela Básica en Quántico por un período de trece semanas.

Su vida, sin embargo, parecía no haber cambiado, salvo en que ya no residía en la casa familiar y que podía disfrutar de las armas, su verdadera pasión, a diario. Nadie diría que un hombre acostumbrado a decidir libremente cada uno de los pasos que había dado en su vida, se adaptara tan sencillamente a una vida comunitaria tan austera y agresiva. Pero así fue. Ashley era valiente como su padre quería.

Y sí, hizo amistades. Por fin podía disfrutar de la compañía de ciertas personas con sus mismos gustos. Ashley era un hombre comunitario. Además, como todo Marine “es un fusilero”, Ashley estaba encantado del nuevo lugar que había elegido para estar en el mundo. Porque las armas y la guerra estaban hechas para él.

Joshua era la persona de mayor confianza para Ashley, en sus primeros tiempos como *marine junior*. Por fin encontró a un verdadero amigo. El afecto que surgió entre ellos se consolidaba mes tras mes. Su conexión era perfecta, casi como hermanos. Joshua se le declaró una mañana. Estaban de permiso y ambos disfrutaban saliendo al cine, o visitaban librerías donde Ashley podía pasar horas inspeccionando libros de historia, literatura fantástica, de ciencia ficción e incluso algún que otro compendio de filosofía clásica. Tomando un café, el amigo no pudo soportar más la tensión que sufría desde que conoció a Ashley. En verdad, su amistad era una sublimación de su amor, de su deseo sexual prohibido.

Ashley no había pensado sobre el asunto. Sí, sabía que Joshua le deseaba. Y esto quedaba patente cuando se duchaban juntos en el cuartel. Era evidente que su deseo, el de Joshua, se hacía cada vez mayor, sin embargo Ashley era más amigo de la verdad que de Joshua y, aunque sentía curiosidad por mantener una relación sexual, no sentía atracción por su amigo y se lo hizo saber en esa cafetería.

Ahí terminó todo.

La negativa de Ashley sumió en una profunda depresión al bueno de Joshua y, aunque siguieron viéndose, ambos se alejaron paulatinamente. Entonces fue cuando Ashley se marchó en Operación Especial a Irak. Esa era su verdadera pasión. La guerra.

La emoción del trayecto ya le pareció a Ashley lo suficientemente emocionante como para sentirse en un estado de desrealización psicológica importante, abstrayéndose de nuevo de sus compañeros. No era completamente autista, pero se preparaba para enfrentarse a una situación real de muerte, de lucha, de combate. Ya no eran maniobras que simulan la guerra. Ahora iba a disfrutar de verdad. Dejó todo su pasado guardado en el cajón de los recuerdos, y ni siquiera se acordó de su padre. No pensaba regresar. Y nadie sabría por qué.

Conoció a un recluta muy parecido a él, un tal Harvey. Compartían gustos de lectura e intereses parecidos en música, cine...

y aumentó la camaradería entre ellos. Sin embargo, tampoco este muchacho era del gusto de Ashley. No hubo sexo, pero había amor. Harvey se comportaba como un verdadero protector. Unos años mayor que nuestro protagonista, Harvey consideraba que este muchacho era un auténtico superdotado intelectual. Solo había que escucharle hablar con su típica grandilocuencia y sabiduría naturales, cosa harto difícil, ya que era poco amigo de mantener conversaciones de más de dos personas a un mismo tiempo. Y Harvey lo intentó. En el mismo viaje hasta Irak, mostró todo el candor del que es capaz un hombre que se muere de deseo. Pero Ashley, a pesar de las caricias furtivas que disfrutaba en el cine o en la biblioteca, nunca pasó de ahí.

Y sí, llegó a plantearse si realmente le atraían los hombres. Dos rechazos eran suficientes para demostrárselo a sí mismo, sin embargo, lo que sabía con total certeza, es que no le atraía ninguna mujer. Eso era seguro. Y lo tenía claro desde su niñez. Jamás se deleitó con el cuerpo de las hembras, no sintió el más mínimo interés por ese sexo ajeno a su identidad.

En Irak deberían llegar a Mosul, al campamento de operaciones al norte del país, donde los kurdos tenían una base sólida. Ocupaban un territorio extenso, aunque estaban perdiendo terreno, la misión de las fuerzas internacionales era recuperar aquellos territorios perdidos en la segunda guerra de Irak. Y Ashley deseaba meterse de lleno en materia. En un mes de combate avanzaron 560 km. El Primer Batallón de Reconocimiento Blindado Ligero junto con las baterías de artillería del 11º Regimiento de Marines, habían perdido 22 hombres en éste mismo periodo de tiempo. Pero no a él. Y en las montañas del norte, cerca de Mosul, rodeando la ciudad cuya toma iba a suponer un retroceso de las fuerzas enemigas, se asentaron el 23 de Marzo. Esperaban a la aviación de las fuerzas internacionales que desde Bagdad llegaría en unos días.

Ashley estaba observando las montañas. Con sus prismáticos vio una cueva, no muy grande pero lo suficiente para observarla con claridad, en lo alto de un cerro lejano. Le pareció ver un movimiento en la oscuridad de aquella oquedad horadada en la caliza montañosa.

Preguntó a su superior. Aquella zona debía ser inspeccionada, y él se ofreció voluntario. Su heroísmo era constante, y el Teniente — confiando en él— lo mandó inspeccionar aquellos cerros y cuantos agujeros hubiera en ellos. Antes de ponerse en marcha, junto con cuatro hombres más, incluido Harvey, tomó unos prismáticos de mayor aumento... Algo se movía en esa cueva, lo estaba viendo ahora con mayor claridad. Harvey observó el lugar, al mismo tiempo que él. Pero Harvey no observaba ningún movimiento mientras que Ashley sí. Hicieron una comprobación más objetiva del asunto. Tommy, Johnson, Teodoro, Cameron... uno tras otro miraron aquel lugar y nada. Ashley se enfureció por primera vez con sus compañeros, éstos comenzaron a dudar de él por primera vez en toda su vida militar. Pensaba, muy en serio, que debían tomarle el pelo. Cada vez podía describir, con mayor nitidez, lo que veía moverse dentro de la cueva, asomando un tanto el cuerpo y volviéndolo a introducir a los pocos segundos. Le parecía una bestia de grandes dimensiones. Cada vez los compañeros se miraban más perplejos, incluido Harvey, y con mayor estupor ante la imposibilidad de constatar lo que Ashley describía. Comenzaba a mostrarse inquieto y sudoroso, y su fiel amante platónico Harvey, lo agarró del brazo y lo separó del grupo.

— ¿Ashley qué coño te pasa?, me estás jodiendo tío. ¿Qué paranoia te ha dado? ¿Te encuentras mal? Nadie, salvo tú, observa nada en ese puto agujero.

— ¡Ve algo, Harvey, y no entiendo qué está pasando! No parece un hombre, sus movimientos son de animal cuadrúpedo... pero no logro distinguir qué es. Entra y sale de la cueva. Parece mover su cabeza buscando algo. ¿Cómo puede ser que nadie lo vea?

—Allí no hay nadie, no hay nada Ashley... —y en tono un tanto jocosos le dijo—: Somos cinco contra uno. Mayoría absoluta, mira de nuevo, debes haber confundido la silueta de algún saliente o...

— ¿¿Me tomas el pelo?! —gritó fuera de sí, metiéndole un empujón a su, hasta ahora, mejor amigo en aquel inhóspito lugar,

marchándose sin mediar palabra con nadie.

Todos quedaron paralizados: ¿se trataba de una broma macabra?, o ¿era que estaba sufriendo algún tipo de trastorno psiquiátrico tras el largo tiempo de estrés de la guerra, las malas condiciones de vida, el miedo permanente a un atentado, o el calor intenso de los días y el frío profundo de las noches de Irak?

Tommy se acercó al colapsado Harvey, que no entendía el irracional comportamiento de su amigo, y poniéndose frente a él, le dijo:

—Mira Harvey, creo que sé lo que pasa.

—¿Lo sabes, tú? —contestó algo mosqueado.

—Sí. ¿Recuerdas el poblado que cruzamos hace unos días?

—Sí, ¿por?

—Pues porque los que íbamos en retaguardia estuvimos conversando con las gentes del lugar. Como sabes son pastores, llevan a sus rebaños a pacer a las montañas cuando hay escasez de pastos en las zonas bajas. Pues bien, Omar nos tradujo las palabras de un anciano. Un viejo muy arrugado, casi seco. Creo que vosotros estabais ocupados con el Teniente Ricardo... —hizo una pausa leve como queriendo recordar exactamente las palabras de aquel viejo pastor—. Bueno, el caso es que yo no le había dado importancia hasta que... hasta ahora.

—Sigue joder, ¿qué os dijo el viejo? —replicaba Harvey con desesperación al soldado pelirrojo.

—En fin, son cosas de gentes supersticiosas... el caso es que nos pidió que no nos acercáramos a las montañas. Dijo que allí habitaba *Pazuzu, el dios-demonio del viento*. Se esconde en las grutas de las montañas, aquí en el norte de Irak, y transforma su imagen para engañar a los hombres. Solo aquellos que serán sus presas, solo ellos, los elegidos, pueden verle. Y una vez que se deja ver por su víctima, ésta es poseída. Toma cualidades sobrenaturales y muere asesinando a todo el que está a su alrededor. ¡Por eso me ha conmocionado lo de

las visiones de Ashley! Me he acojonado vivo... ¿Y si es Pazuzu?!

—Para... para... ¿de qué cojones hablas Tommy? Estás peor que él —y poniendo cara de asco, se dio media vuelta y se marchó a hablar con el médico de campaña.

Ashley estaba ya hablando con el Teniente, organizando el equipo de inspección. Harvey miraba callado y le dejó hacer. Saldrían a la mañana siguiente. Serian unas cuatro horas de ida y vuelta, no había más tiempo.

Ashley no habló más del tema. Se negó a que el médico le viera. Harvey no se fiaba del estado mental de su amigo. Algo pasaba con él, y no parecía muy estable, por lo que aquella noche se acercó a la cama de Ashley.

Esta vez, no le rechazó. No sabiendo muy bien el motivo, sentía un deseo sexual irrefrenable, y Harvey no pudo contenerse. Comenzó a besar a su camarada con autentico morbo. Su lengua rozaba los labios de Harvey, entraba en su boca y buscaba las húmedas caricias del otro. Desnudos, echados en aquel catre pequeño uno al lado del otro, rodeados de compañeros durmiendo, no podían darse el lujo de gemir si quiera, no porque su relación estuviera mal vista, sino porque los soldados llegan muertos de cansancio y el descanso es sagrado. Pero en su afán amorio, Ashley quería o necesitaba llegar hasta el final. Acariciaban sus cuerpos por pura intuición táctil ya que en aquella oscuridad casi no se veían. Hacía frío y unieron sus cuerpos. Las pelvis vibraban mientras se besaban intensamente. Harvey y Ashley rozaban sus sexos eréctiles, y ambos rezumaban efluvios seminales. Aumentó la agitación... la penetración estaba a punto. Pero Ashley quería comerse el semen de su amante, lo deseaba. Y se deslizó hacia abajo para comenzar a lamer el pene enhiesto de Harvey.

Harvey tenía la sartén por el mango, era experto en artes amatorias desde su más tierna juventud. Sin embargo, de repente, y sin que ni él mismo supiera por qué, Ashley se detuvo abruptamente, subió de nuevo hasta arriba, poniéndose a la altura de su compañero y acercó

su boca al oído de Harvey, que estaba concentrado en el sexo, y le dijo con una voz gutural:

—Mañana vas a morir.

El sobresalto del pobre Harvey fue como un mazazo en su cabeza y en el corazón. Sin poder contestarle verbalmente, se separó de su amigo. Se levantó del catre. Se quedó mirándole paralizado de terror, en estado de estupor y perplejidad. Ashley, por su parte, mostraba una sonrisa sádica en su rostro y comenzó a masturbarse con saña.

— ¡No me puedo creer esto de ti!, ¿Qué coño te pasa?, ¿estas pirado o qué?, ¡hijo de puta, cabrón...!

—Mmmm... ven y chúpamela.

— ¡Estás loco Ashley, hemos terminado!

Y mientras Harvey se vestía a toda prisa y se marchaba, Ashley culminaba de una manera agresiva con su propio cuerpo, haciéndose daño a sí mismo. Parecía estar en otro mundo y sus gemidos de placer se hicieron sonoros para los demás compañeros, pero ante sus quejas y risas, la única respuesta del joven fue decirles que pronto todos callarían la boca para siempre. Los demás no lo tomaron como una amenaza, sino como una expresión de defensa, fruto de haber sido descubierto en su onanismo.

Harvey no durmió en toda la noche, sintió que algo grave le estaba pasando al bueno de Ashley. Él lo conocía bien. No era típico de su personalidad ese comportamiento aberrante y gore. Y comenzó a plantearse si no sería verdad aquello que Tommy le había insinuado el día anterior. ¿Estaría enfermo o estaría sufriendo algún tipo de influencia espiritual maligna? Pensaba hablar con el médico y el Teniente.

Ashley tampoco durmió. Dedicó la noche a escribir una carta y a algo más:

A las seis de la mañana tocó diana. Todos en pie. Todos menos Ashley, porque había desaparecido y nadie lo había visto marchar. No era posible, el asentamiento estaba vigilado a toda hora, nadie podía

entrar ni salir sin ser visto. Pero Ashley no estaba. Se dio la voz de alarma, y se reagruparon las tropas. Un grupo de soldados de infantería con el subteniente Harvey le buscarían por los alrededores. Harvey encontró una carta manuscrita por su compañero y amante accidentado, dirigida a él. Allí, sentado en el catre de Ashley, la leyó de principio a fin.

Mi estimado Harvey,

Siento lo ocurrido ayer noche. Parece que no era dueño de mí mismo, no puedo explicar qué era lo que me sucedía porque ni yo mismo lo sé. Sin embargo, cuando te fuiste me quedé en un estado de trastorno mental tal, que ni yo mismo podía reconocerme. Comencé a sentir que tenía la obligación de eliminaros a todos y cada uno de vosotros. Os odié a todos. Algo maligno anida en mí. Tengo que saber qué es lo que me ha pasado; por otro lado debo evitar cometer una locura. Debo confesarte algo, lo que vi en la cueva de las montañas del norte me dejó paralizado y completamente perturbado. No pude explicar lo que era pues no tuve una visión nítida del ser que allí arriba veía moverse, hasta esta misma noche. Tras tu marcha, tras contener mi instinto asesino, me recosté un momento en la cama para intentar calmarme. Pero en lugar de eso, unas atroces visiones demoníacas comenzaron a perturbar mi mente. ¡Veía con claridad al ser de la cueva, asomando su cabeza y mirando hacia donde me encontraba con los prismáticos! Y no me vas a creer: ¡el ser de la cueva era YO!

Sin embargo, mi aspecto no era exactamente el habitual. Harvey, lo que vi allí arriba, era una copia monstruosa de mí mismo. No puedo describir el horror que sentí al ver mi propia imagen transformada en un ser monstruoso y aberrante. No tengo explicación para nada de lo que está ocurriendo, pero mientras me quede algo de cordura, debo ir a ver qué extraño ser mora en aquella cueva. Me costó mucho entender qué me ocurría. Pero de repente comprendí que debía buscar la solución: o estoy completamente loco o estaba en dos lugares a un mismo tiempo.

Tras las visiones, volví a perderme en un abismo de locura psicótica... ¡Mis ansias de asesinaros a todos se multiplican a medida que pasan las horas! Así pues, me marché a la cueva. Te pido que no me sigáis, creo que puedo llegar a ser muy peligroso. Y dada la naturaleza extraordinaria y morbosa de los

acontecimientos, ¡no creo que las armas humanas sirvan de nada!

Si logro comprender y sigo vivo, yo mismo pediré vuestro auxilio. Si no tenéis noticias, ¡NO ME BUSQUÉIS! Harvey, sabes que no bromeo, marchaos cuanto antes de este maldito lugar.

Tu hermano más que compañero, Ashley.

P.D: Por favor, si no regreso, que mi padre crea que caí en combate. No me perdonaría a mí mismo haber desperdiciado la exquisita educación que me dio por una simple locura. No deseo que se avergüence de mí...

Harvey informó a sus superiores sobre la carta de Ashley y sobre el lugar donde creía que Ashley había ido: la cueva de la montaña. Le dieron permiso para adentrarse en ella. Si el pobre Ashley había perdido la cabeza había que enviarlo de regreso a casa. Muchos soldados no soportan la guerra, la crueldad, las muertes de niños, las mujeres destrozadas o violadas con brutalidad animal, las aldeas y pueblos arrasados. Algunos creen que lo soportarán pero después su sensibilidad o fragilidad les impide adaptarse psicológicamente a estas situaciones de estrés extremo. No es nada raro ver cómo se derrumban hombres que aparentaban fortaleza, decisión y preparación.

Harvey y sus compañeros salieron en cuanto un poco de luz asomó tras las montañas, allá en el horizonte dorado. Iban decididos hacia la cueva. No tenían duda. Tommy estaba convencido de que o el anciano de la aldea tenía razón, o Ashley se había vuelto loco de remate. Efectivamente, encontraron el rastro de Ashley. Eran sus pisadas las que se dirigían hacia las montañas a través de aquel terreno semidesértico. Sin embargo, algo extraño había en su trayectoria pues el rastro zigzagueaba sin sentido, parecía que las huellas volvían una y otra vez sobre sus pasos, se movían en círculos... Era evidente que Ashley no estaba en buenas condiciones, era como un animal herido buscando cobijo o, peor aún, como una fiera enloquecida incapaz de encontrar un rumbo claro. Pero poco a poco la dirección del rastro del subteniente se centraba y al final,

justo al pie de la ladera de la montaña donde la cueva estaba ubicada, el rastro era verdaderamente lineal e inequívoco. Había escalado aquellas montañas.

Ya de buena mañana, el calor para los cinco hombres comenzaba a ser agobiante. Sus uniformes, con chaleco antibalas incluido, casco, armamento cargado al hombro... todo era una pesada carga. Estaban soportando temperaturas de 35 °C a las ocho de la mañana, y en subida continua.

A mitad de escalada, cuando quedaba medio km todavía, se vieron sorprendidos por un desprendimiento de rocas provocado desde el repecho donde se encontraba la oquedad en la vieja roca. Un grito gutural y animalizado les estremeció, llegando a ponerles literalmente los pelos de punta. Sonaba a advertencia, lo que estuviera allá arriba les avisaba del error que suponía seguir subiendo. Cada uno de ellos se resguardó y se colocaron instintivamente en disposición de tirar, tres de ellos con sus M16 y los otros dos, con ametralladoras M240. Tommy, Harvey y Johnson en el centro. En retaguardia, abriéndose en abanico, Cameron y Teodoro. No se movió ni un alma, estuvieron en esta tesitura un cuarto de hora.

¡Nada! No se escuchaba ni un pajarillo cantor de la mañana. Todo aquello estaba muerto. Ni vida animal ni vegetal.

Arriba no había movimientos. Harvey, tirado en el suelo detrás de unas rocas, hizo el ademán de seguir adelante. Con mucha mayor cautela que hasta ese momento, avanzaron lentamente otros 500 metros más. No se escuchaba nada extraño. Llegaron al lugar desde donde alguien había preparado la trampa de las piedras contra ellos. Las habían acumulado y las habían arrojado premeditadamente. Aún quedaban unos pocos metros para llegar al repecho de la cueva maldita. Pero Harvey y sus compañeros pensaron que aquello podía ser una emboscada de sus enemigos. Pero entonces, ¿era Ashley el señuelo? Ahora comenzaba a encajar todo. ¡Eso era! ¿Cómo podían, siquiera, haber considerado la posibilidad de la posesión de Ashley? Casi al mismo tiempo, a Harvey le parecía, si cabe, mayor locura la

posibilidad de que su compañero fuera un traidor a su patria y a su ejército. No sabían qué pensar, pero si era una trampa lo sabrían enseguida, pues decidieron llegar hasta el final. Sin refuerzos.

El repecho o saliente tras el que estaba la cueva era de fácil acceso, a pesar de lo cual decidieron ir lentamente pues no se observaba movimiento alguno, cosa sospechosa después de haber sido atacados con una avalancha de rocas que casi hiere a Johnson en la cara. Al fin tomaron el lugar. Harvey y Tommy se quedaron de pie ante la cueva. Los otros tres vigilaban las posibles vías de ataque de la zona. Ambos se miraban estupefactos. ¿Pero qué coño había pasado allí? ¿Era aquel agujero negro una cueva? No lo parecía, por cierto. Al menos a ellos les pareció no poder catalogar aquello con ese nombre o acepción común.

El silencio era tan estremecedor en aquel lugar, que les parecía que los oídos se les habían embotado de repente. El agujero era más bien como un pozo negro horadado en la misma pared vertical de la montaña. Y la oscuridad era total adentro. Tan extrema era, que con las potentes linternas enfocaban hacia dentro y la luz era absorbida, desapareciendo ante la vista de Harvey y sus compañeros. Las ropas de Ashley, incluidas las botas, tiradas de cualquier manera y hechas jirones ante la cueva. No había rastro de sangre y parecía que, efectivamente, Ashley se había adentrado en la gruta opaca. ¿Desnudo y sin armas?

Se agruparon. No sabían qué hacer. Tommy estaba verdaderamente acojonado y planteó que debían volver. ¿Cómo iban a enfrentarse a algo sobrenatural sin ayuda? El anciano tenía razón, aquellas montañas estaban malditas o eran la morada de algún antiguo demonio de Irak.

—Harvey, yo no pienso entrar. Y creo que tú tampoco deberías—le decía, muy nervioso y sin quitarle ojo al agujero negro—. No puedes obligarnos, si entramos moriremos como creo que le ha pasado a Ashley. Debemos regresar, hazme caso... debemos volver con un equipo de espeleología. Yo no tengo ni puta idea de lo que

hay dentro, pero no es nada bueno...

—Si nos vamos podría morir—le cortó Harvey enfadado—, quizás esté vivo aún. ¿Puedes irte con la conciencia tranquila? ¿Simplemente por los cuentos de esas gentes taradas y supersticiosas del desierto? ¿De verdad me dices que le dejemos ahí adentro? ¡Joder Tommy, no nos han preparado para abandonar a los nuestros! ¡No a mí!

Los cinco hombres estaban nerviosos, sobre todo cuando comenzaron a sentir que algo o alguien les observaba desde dentro. Y sin esperarlo, la voz quejumbrosa de Ashley comenzó a pedir ayuda ahí adentro.

— ¡Por favor, Harvey! ¡Dios Santo qué es esto... ohhh nooo! ¡Me están comiendo vivo...! ¡Aghgggggh... !

Harvey, al oírlo, no se lo pensó dos veces, decidió entrar. Desapareció tras la oscuridad de un salto, sin mediar palabra con ninguno de los camaradas que se quedaron afuera apuntando con sus armas aquel pozo vertical, con el temor en sus corazones de que algo macabro saldría de allí para atraparles. Inmediatamente después, se escuchó una risa muy fuerte, grave y profunda, como si el sonido saliera a través de una tubería metálica. Se escuchaba un crujir de huesos y los gritos de muerte del desafortunado y leal Harvey. Allí dentro había algo monstruoso y grande, y estaba agazapado en la oscuridad total. El espanto de los cuatro hombres fue tal, que corrieron montaña abajo dejando todo, menos las armas, tirado en su atolondrada huida. Una vez al pie de la montaña recobraron la compostura. Parecía que aquel influjo maligno y terrorífico se atenuaba con la distancia. No podían creer lo que acababa de sucederles. ¿Volvían a ayudar a Harvey? No. Decidieron regresar al campamento. Tardaron solamente una hora en avistarlo, pues se apresuraron al máximo de sus posibilidades físicas al comprobar que nadie respondía a las llamadas de socorro desde la base de operaciones asentada en la planicie.

Los cuatro quedaron desolados al contemplar lo que allí abajo

había sucedido. Habían sido atacados, pero ¿por quién? El campamento estaba arrasado. Los blindados, camiones, jeeps y tanquetas... todos rotos en pedazos y desarmados, como juguetes maltratados por un niño malcriado. Los barracones y tiendas de campaña, aplastados como auténticas piltrafas. Cuerpos mutilados y medio comidos, por todos lados. No parecía que nadie hubiera sobrevivido a la masacre. No habían tenido tiempo ni siquiera de pedir ayuda. Aquello había sido un ataque inesperado. Una tormenta de arena había cubierto por completo el campamento, y todo quedaría oculto en unas semanas si no se producía la intervención de ayuda externa. Los cuatro hombres buscaron supervivientes por todo el campamento y alrededores. Ni uno vivo. Pero lo más inquietante era que de los doscientos hombres asentados en el campamento, solamente un cuarto de ellos aparecían parcialmente desmembrados y abandonados a su suerte. Los telecomunicadores, ordenadores y demás aparataje, destruidos e inservibles. Y en aquella locura, buscando congéneres vivos o alguna forma de poner en marcha algún vehículo, la noche se les iba a echar encima. La mayoría de cuerpos habían desaparecido ¿Dónde estaban los cuerpos? ¿Qué ser o seres podían haber cometido aquella extraña tropelía? Nunca obtuvieron respuesta...

Y llegaron las tinieblas. Y desde aquel agujero, a unos diez kilómetros de distancia, en la siniestra montaña, se oían aullidos monstruosos, gritos horribles, alaridos de algún ser imposible de concebir para la mente humana. Tommy, Cameron, Johnson y Teodoro se sentaron dentro de una tienda de campaña que pusieron de nuevo en pie para resguardarse del frío de la noche. No dormirían, pensaron en mantenerse todos despiertos. Tommy no paraba de rezar.

— ¡Rezad conmigo, es nuestro último día en este mundo! Sé que vendrá a por nosotros. Lo dijo el anciano... —y lloraba como un niño.

—Yo no quiero morir así, no quiero morir así, no quiero morir así, no quiero morir así... —Repetía en total estado de estupor

enfermizo Johnson, un tiarrón de casi dos metros de envergadura, fuerte como un mulo. Preparado y mentalizado para la guerra, sí, pero no para esto.

Cameron y Teodoro ni siquiera pronunciaban palabras, solo lloraban a moco tendido sin consuelo, tan asustados que parecían ángeles caídos por la palidez de sus caras.

Repentinamente, tras más de una hora en esta surrealista situación, en la que aquellos valientes soldados esperaban su muerte, comenzó a escucharse un sonido afuera de la tienda. Alguien husmeaba y reía al unísono, era como el rebuzno del asno pero tenía algo de humano. Los cuatro hombres sabían que era Ashley, él debía haberse transformado en una especie de *demonio antiguo y siniestro*. Pero ahí no acabaría su sorpresa macabra, su terror aumentó al comprobar que aquellos sonidos aberrantes y antinaturales comenzaron a emitirse desde todas las direcciones a un mismo tiempo. Los cuatro hombres se miraron y, todos a una, con sus espaldas unidas para evitar un ataque imprevisto por la espalda, comenzaron a disparar en todas direcciones, provocando agujeros en todas y cada una de las paredes de la carpa. Entonces fue cuando toda esperanza se alejó de sus corazones.

Sus ojos pudieron ver durante un solo minuto, un minuto eterno, antes de ser devorados por una masa de seres mutantes, aquellos engendros aberrantes, malformados, mezcla de humano con perro — en algunos casos—, combinación de puerco con león —en otros—, aleación de lagarto y caballo en muchos más casos, que se cernieron sobre ellos sin misericordia. Y mientras sus cuerpos eran devorados vivos, podían distinguir, entre los grotescos rostros de aquellos monstruos, atisbos de aquellos otros que un día fueron sus compañeros del ejército estadounidense de misión en Irak. Tommy pudo alzar su mirada sobre todos ellos, unos segundos, y murió contemplado el deforme rostro de Ashley Gordon liderando aquel ejército de las sombras. Y Pazuzu, hijo del dios Hanbi, demonio de los vientos de Irak, portador de la peste y las plagas, acabó su misión.

Aquel destacamento desapareció sin que nunca se supiera qué había pasado con él. Y por supuesto, nunca se contó la verdad.

Abraham Lázaro, antropólogo de la Universidad de California en Berkeley realizó su trabajo de campo el año 2008, para El Ejército de los Estados Unidos de América. Nunca fue publicado.

FIN

LA ESCALERA NO TIENE FINAL

por Elmer Ruddenskjrik

Dedicado a Stephen King

Y ahora, que comience la función...

Hora de pasear al perro. La misma hora de todas las tardes, con un estupendo tiempo, el sol radiante en el cielo. Abre la puerta de su piso, el último de la escalera, el ático. El perro, como siempre, sale raudo, con la lengua colgando, las orejas altas, el rabo zarandeándose, todo afeite y felicidad, todo anticipación. No se molesta en llamarle, lo sabe inútil, tan sólo baja detrás de él tan rápido como es capaz, cerrando la puerta al salir. Lo alcanzará en el portal, como siempre, le enganchará la correa al collar, y, castigados cada uno con la unión al otro, seguirán el recorrido habitual, en el tiempo acostumbrado.

Puede oír las pisadas presurosas del animal, el sonido líquido de las pezuñas resbalando en el suelo de los escalones. Pareciera que no llega nunca al portal, y él se imagina al perro dando vueltas sobre sí

mismo ante la puerta cerrada, como si quisiera cogerse el rabo. Pero al seguir bajando, paso tras paso, escalón a escalón, se da cuenta de que el tamborileo de las uñas del perro parece estar alejándose cada vez más de él con el ritmo algo irregular y titubeante del animal que baja todavía los escalones. Acelera el paso, extrañado e inquieto ante la posibilidad de que el portal estuviera abierto y el animal se haya lanzado a una inconsciente y peligrosa aventura en solitario por las calles. Pero no, las pisadas conservan el leve deje reverberante de los tramos de escalera. Sigue bajando, y tras doblar el descansillo del primer piso, se detiene en seco.

Ante sus ojos, delante de la puerta del primer piso, al final de ese tramo de escalera que se ha parado a estudiar, no está, como debería, la puerta de cristales ahumados del portal del edificio. En su lugar, un descansillo más, que no debería poder existir, invita, entre penumbras, a seguir descendiendo; algo imposible, por lo que él mismo sabía desde la mañana de este mismo día. En ese descansillo no hay ventana, como en el resto de los que hay en los pisos superiores, y claro, no parece venir luz de más abajo, lo cual es lógico, pues esa parte ya tiene que estar bajo tierra.

Se vuelve para mirar el letrero sobre la puerta de ese piso. El primero. No hay duda, ahí lo pone. Y además, está seguro de no haberse quedado corto descendiendo, ni largo, claro está. Vuelve a mirar a la incipiente negrura de la escalera descendiente. Las pisadas del perro se alejan hasta un punto inimaginable. ¿Hasta dónde baja esto?

Llama al animal por su nombre, a voz en grito. Le da tiempo a oír su voz reverberando, ese instante en que oye la última letra de sus propias palabras. El perro le da dos ladridos espaciados por respuesta, desde una profundidad que se le antoja demencial. Se dispone a bajar a buscarlo, absurdamente apremiado por el daño que pueda sufrir el perro en un lugar oscuro y desconocido para él. Pero esa ignota oscuridad le amedrenta, no por propio miedo a la ausencia de luz, sino por correr el riesgo de acabar rodando sobre los escalones y partirse el cuello, por ejemplo.

De manera instintiva, sus ojos se posan sobre el pulsador de la luz de la escalera. Es absurdo creer que, si no hay ventanas en el repentino tramo de escaleras, sí vaya a haber luz. Pero da al pulsador, y la luz se hace allí abajo, se vislumbra el apagado brillo anaranjado de las bombillas que hay sobre la puerta de cada piso. ¿Hay puertas allí abajo?

Y es dar al pulsador y bajar corriendo escaleras abajo, llamando al perro a voces, esperando que le oiga y empiece a subir de vuelta al encuentro de su dueño, y así se encuentren en un punto intermedio.

No hay puertas en los descansillos, ni pulsadores; sólo las bombillas desnudas (¿de sesenta vatios?) establecen alguna similitud con los pisos superiores, los que siempre habían existido. Sigue y sigue bajando. El descenso es fácil, es sólo dejarse caer, con la precaución de acertar con los pies en los escalones, para no estamparse de morros. No llega al final, no parece ir a ninguna parte; un tramo, un descansillo, un tramo, un descansillo con bombilla, un tramo, un descansillo, otro tramo, otro descansillo con bombilla.... ¿Qué está pasando aquí?

Empieza a jadear. Se está agotando, y no por la rapidez de su descenso, no. Ansiedad. Todo es igual, y no sabe cuánto lleva descendido, ni cuánto le queda de luz. La luz de la escalera tiene una duración; no recuerda nunca haber comprobado de cuántos minutos. ¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? Llama al perro, jadeante. No hay respuesta. Salta los escalones de tres en tres, de cinco en cinco; se arroja más frenético que intrépido, saltando cada tramo por entero. La segunda vez se tuerce un tobillo. Tras la tercera, las luces se apagan.

Se queda apoyado contra la pared, la sien contra la pintura fría, jadeando, sin ser capaz de ver absolutamente nada. Su respiración se normaliza. Toma la determinación de descansar, recuperar aliento y descender un poco más, lentamente. O mejor subir. Sí, subir es más fácil, has visto cómo era el camino: todo igual. Y si tropiezas, no caerás al vacío incierto. Está tentado de llamar de nuevo al perro, pero, una vez recuperada su respiración normal, se percata del silencio que le rodea. No le apetece demasiado llamar al perro. Ni a nadie. Le parece mejor estarse calladito. Contiene la respiración. No se oye nada. No se ve nada. Su pulso, todavía algo acelerado, retumba en sus oídos, con la sintonía zumbante del silencio, esa especie de ruido rosa que captan los tímpanos en ausencia de otros sonidos, como compás.

Decide ponerse en marcha. Hacia arriba, por supuesto, hacia la añorada luz del día. Antes de hacer movimiento alguno, siente una vibración bajo los pies. La vibración se repite de manera más o menos regular, y se intensifica. Parece el impacto de alguien que suba

o baje las escaleras. Se pregunta si el perro vuelve. No, porque el perro haría su clásico ruido de arrastrar de pezuñas. Sin moverse, le parece que una ligera brisa, un levísimo movimiento de aire, viniera empujado desde el tramo que desciende hacia él. Alguien baja por ahí. No se mueve, se apretuja contra la pared, el pecho a punto de reventar de aguantar la respiración, los ojos desorbitados queriendo verlo todo en la absoluta negrura. Un sonido, algo viscoso y húmedo, una especie de "chap, chap", se escurre, oye cómo se acerca desde el tramo de escalera que asciende hacia él. Está rodeado. No dice nada. No se mueve. El "chap, chap" se arrastra hacia él desde arriba también. Del lado de abajo siente una bocanada de aire caliente, de un sabor nauseabundo, que se le pega a la lengua de su boca entreabierta, contraída en mueca que intenta ser silenciosa. Siente bajo sus pies el peso de lo que le rodea, que se acerca en lentas sacudidas. Siente, de sus ojos totalmente abiertos y ciegos, brotar lágrimas que se habían estado acumulando sobre los párpados inferiores. Siente cómo resbalan calientes por sus mejillas, pero más frías que el aire pestilente que le envuelve.

Siente una última cosa.

Dolor.

